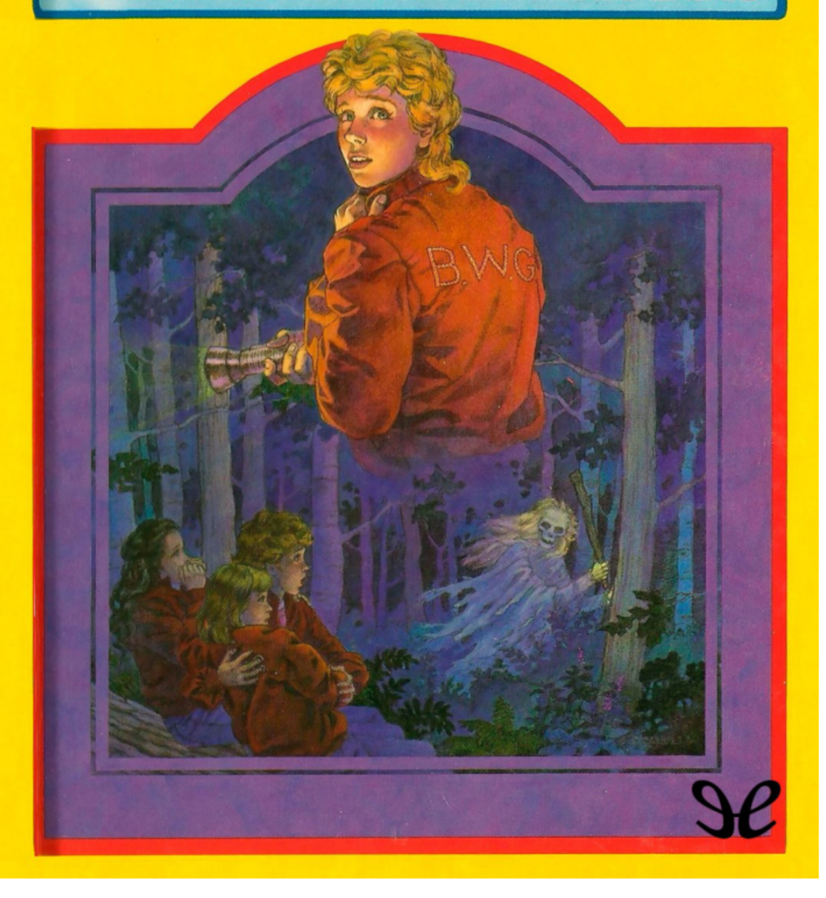
TRIXIE BELDEN

15

EL MISTERIO DEL CEMENTERIO INDIO



Al participar en una excavación arqueológica en un cementerio indio, Trixie sospecha que un estudiante universitario codicioso y buscador de tesoros ha robado en varias mansiones de la zona.



Kathryn Kenny

El misterio del cementerio indio

Trixie Belden - 15

ePub r1.1

Titivillus 23.11.2018

Título original: *The Indian Burial Ground Mystery*
Kathryn Kenny, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



El arqueólogo • 1

—BUENO —suspiró Trixie con tristeza—, supongo que no tendré que preocuparme por buscar un trabajo para el verano. Estoy segura de que me han suspendido el examen final de «mates», así que lo más probable es que tenga que asistir a clases en verano.

—¡Trixie Belden! —saltó su mejor amiga, Honey Wheeler, fingiendo estar enfadada—. Si me vuelves a decir que te han suspendido las «mates» una sola vez, no te volveré a dirigir la palabra hasta que no nos den las notas. Sabes perfectamente que siempre apruebas todo.

—Hasta ahora, sí —dijo la pelirroja de catorce años, en tono lastimero, cuando se internaron por el camino que llevaba a Crabapple Farm, donde vivía la familia Belden.

Quedaban unos pocos días de colegio, y las dos muchachas habían estado buscando algún trabajo para el verano. Les resultaría fácil encontrarlo, claro. Los últimos veranos, Trixie y Honey habían trabajado en el hospital de Sleepyside, y confiaban en hacer lo mismo este año.

—¿Qué crees que harán Mart y Brian este verano? —preguntó Honey, procurando esquivar el tema de las matemáticas con delicadeza.

—Están buscando algún trabajo de media jornada —respondió Trixie.

Mart y Brian Belden eran los hermanos mayores de Trixie. Brian, el primogénito de los Belden, estudiaba, como sus hermanos, en el Instituto de Sleepyside. Era serio, muy laborioso, y quería estudiar medicina. Mart era el hermano «casi gemelo» de Trixie. Sólo era once meses mayor que ella, y su pasatiempo favorito consistía en meterse con su hermana. Bobby era el benjamín de la familia.

El chiquillo, que tenía seis años, salió corriendo para recibir a las dos amigas. Tenía las mejillas sonrosadas por el calor y le

brillaban los ojos.

—¿Cómo habéis tardado tanto? —saludó jadeando—. Mamá dice que tenéis que ir enseguida a Manor House. Yo voy a tener un jardín para mí solito. Reddy y yo ya hemos empezado a trabajar en él.

Reddy era el setter irlandés de la familia.

—¿Y por qué hemos de ir a Manor House? —preguntó Honey, agachándose para besar a Bobby en sus cabellos rizados y húmedos —. ¿Hay algún problema?

—No lo sé —dijo Bobby. Se dio la vuelta y ejecutó una danza insólita—. Reddy y yo hicimos un agujero enorme, hoy. Según mamá, voy a tener mi propio jardín; Reddy me lo ha limpiado de rastrojos. ¿Me ayudaréis?

—Por supuesto —dijo Honey con una sonrisa.

—Pero antes —les interrumpió Trixie—, más vale que vayamos a Manor House, para ver lo que quiere la señorita Trask. Espérame un segundo, Honey. Voy a dejar los libros. Enseguida vuelvo.



La elegante señorita Trask, una mujer todavía joven, había sido la profesora de matemáticas de Honey en el internado, hasta que los Wheeler compraron Manor House, en la ciudad de Sleepyside, a la orilla del río Hudson. Entonces contrataron a la señorita Trask como institutriz de Honey. Cuando Honey creció y ya no necesitaba institutriz, la señorita Trask se convirtió en el ama de llaves de la casa de los Wheeler. Como los Wheeler viajaban a menudo, el sistema funcionaba a la perfección. Ella era alegre y eficiente… y Honey la adoraba.

Trixie salió disparada, dejando atrás la hilera de manzanos y el jardín vallado. Crabapple Farm, una casa de un piso, estaba situada al final de un valle con abundantes árboles. Subió apresuradamente los escalones del porche, dejó sus libros en el columpio, y se dio la vuelta para regresar junto a Honey.

—¿Trixie? —La llamó una voz melódica desde dentro—. ¿Eres tú?

—Sí, mamá —contestó Trixie.

—¿Te ha dado Bobby el recado?

—Sí, ya me voy.

—No tardes mucho. Esta noche te necesito en la cocina.

—Volveré en cuanto pueda —gritó Trixie por encima del hombro. Luego bajó los escalones de un salto y echó a correr. Honey y Bobby estaban escribiendo letras en el polvo cuando llegó, jadeante y colorada por el esfuerzo. Lanzó un suspiro al ver lo guapísima que estaba Honey con sus cabellos rubios, que le llegaban por el hombro, y con su blusa y falda a juego. Ella se pasó una mano por sus rizos cortos, indomables, pero no le sirvió de mucho.

—Lo tuyo es insultante —gruñó al levantarse su amiga—. Nunca vas hecha un desastre, como yo.

—Mira, primero, tú no vas mal. Y, segundo, yo no he estado corriendo arriba y abajo con todo este calor —replicó Honey riéndose—. ¿Lista?

—A punto —dijo Trixie—. Hasta luego, Bobby.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Trixie; las dos muchachas caminaban a buen paso por Glen Road; ahora enfilaban el camino privado de los Wheeler, que llevaba a Manor House.

—Ni idea —contestó Honey cuando la impresionante mansión

apareció ante sus ojos—, pero parece que tenemos visita.

Trixie y Honey vieron una furgoneta aparcada junto a la casa; no la conocían. Luego entraron por el mirador al espacioso salón. De la salita de estar les llegaban voces.

—Entrad, chicas —sonó la voz potente del señor Wheeler—. Quiero presentaros a alguien.

Trixie y Honey entraron con cierta timidez en la lujosa y enorme sala de estar. El señor y la señora Wheeler estaban sentados en el sofá, frente a un hombre robusto, algo calvo, que llevaba puesto un traje de tweed. Al ver a las chicas, esbozó una sonrisa.

—Víctor —dijo el señor Wheeler con orgullo—. Te presento a mi hija, Honey, y a su mejor amiga, Trixie Belden. Honey, Trixie… el profesor Conroy.

—Encantada —murmuró Honey, asintiendo con educación.

—Y yo quiero presentaros a mi ayudante, Charles Miller —dijo el profesor Conroy. Tenía una voz muy aguda, y acento británico. Señaló a los ventanales.

Al volverse, Trixie y Honey vieron a un joven alto y larguirucho, que tendría unos veinte años, de pie, tenso, en un lado de la sala. Era un joven apuesto, de facciones regulares y cabello castaño, pero no sonrió. Saludo a las dos amigas con una leve inclinación de la cabeza, y volvió a concentrar su atención en un cuadro que había colgado en la pared.

—¿Un Renoir? —preguntó con gran interés.

—Así es —respondió el señor Wheeler—. Es pequeño, pero me gusta, ¿a ti no?

—Una maravilla —murmuró Charles.

Sus labios parecieron iniciar un amago de sonrisa pero, al ver que Trixie le estaba mirando, se volvió hacia la exquisita obra de arte.

—Encantada de conocerte —dijo Trixie sarcástica, después de lanzar una rápida mirada a Honey. Pero Honey no parecía estar prestándole atención. Trixie se volvió hacia el grupo sentado en el centro de la habitación.

—El profesor Conroy es arqueólogo, y va a pasar el verano aquí, en la reserva forestal —estaba diciendo la señora Wheeler—. Va a traer a un grupo de estudiantes de doctorado, del primer curso, para realizar una excavación arqueológica.

A Trixie se le abrieron los ojos.

—¿En serio? —balbuceó Honey—. ¡Eso es fantástico!

—Eso creo yo también —dijo el profesor Conroy—. Tus padres han consentido amablemente y me han dado permiso para buscar todo lo que hayan dejado por aquí las tribus de los Algonquines y los Iroquíes.

—¿Aquí? —le interrumpió Trixie—. No sabía que hubiera indios por aquí.

—Toda esta área estaba poblada por indios —explicó el profesor Conroy—, aunque estoy seguro de que eso ya lo sabéis por el colegio.

Trixie se sonrojó; en efecto, recordó que sí había estudiado a los indios que vivieron en el Valle del río Hudson. Sin embargo, de alguna manera, había prevalecido el tópico de los indios del salvaje oeste. Miró de reojo a Charles Miller, esperando que no hubiese oído su estúpido comentario. Pero aquél no estaba ni siquiera atendiendo a la conversación. Iba de un lado a otro de la sala, muy agitado, y parecía examinarlo todo cuidadosamente.

—De hecho —continuó el profesor Conroy—, tengo razones para creer que en esta finca existe un importante cementerio algonquín. Gracias a los señores Wheeler, mis estudiantes y yo podremos estudiar las migraciones de las tribus indias en esta excavación.

—¿Y cómo es posible estudiar las migraciones de las tribus a partir de un cementerio? —preguntó Trixie perpleja—. ¡Si todos los indios están muertos!

El profesor Conroy se echó a reír, y Trixie se ruborizó.

Ay, ay, ay, ¿cómo se me ocurre hacer una pregunta tan tonta? —pensó angustiada. Pero antes de ponerse más colorada aún, el profesor Conroy explicó:

—Buena pregunta, jovencita —dijo—. Mira, cada tribu tenía un modo específico de decorar sus pertenencias. Por ejemplo, la cerámica, las hojas de los cuchillos, los abalorios, las canastas, las cazoletas de las pipas… todo esto tenía un diseño especial grabado, ya fuera por motivos decorativos, o para añadir un significado religioso especial.

Cuando un miembro de la tribu moría, normalmente enterraban con él todas sus pertenencias.

—Eso es lo que no entiendo —dijo la señora Wheeler—. ¿Qué

tienen que ver las decoraciones con las migraciones?

—Elemental, mi querida señora Wheeler. Las tribus iban de una región a otra según la estación, y con ellos llevaban a sus animales. En sus viajes, encontraban a otras tribus. Con ellas comerciaban, intercambiando bienes y regalos. Y yo puedo distinguir la cazoleta de la pipa de la tribu de los iroquíes de Virginia y de los del valle de Ohio.

—Y eso significa —saltó Trixie, incapaz de mantenerse callada ni un segundo más— que es un trabajo parecido al del detective.

—Exacto —dijo el profesor Conroy, que parecía encantado con ella—. Eso es precisamente lo que suelo decir a mis estudiantes.

—Así puede usted determinar a qué tribus han visitado —prosiguió Trixie— y qué tribus los han visitado a ellos.

—Eres una damita pero que muy lista —dijo el profesor Conroy, mirándola con aprecio.

—Ya lo creo que lo es —coincidió la señora Wheeler—. Una de las más listas de la ciudad. Estas dos mujercitas son unas buenas estudiantes, además de excelentes miembros de la comunidad.

—Ah, profesor Conroy —dijo Trixie entusiasmada—. No quisiera parecer descarada, pero ¿los estudiantes de bachillerato pueden trabajar en su excavación también? Estamos de vacaciones, y sería una experiencia fantástica. A mí me vuelven loca los misterios y las investigaciones.

Trixie calló de pronto y se llevó una mano a la boca, desolada. Lo había vuelto a hacer… hablar sin más, pedir algo a lo que no tenía ningún derecho. Ni siquiera conocía al profesor, y no sabía ni papa de arqueología.

—La verdad es que —dijo el profesor Conroy con una sonrisa amable, volviéndose hacia los padres de Honey— iba a preguntaros si conocíais a algún joven que pudiera estar interesado en trabajar en la excavación. Hay mucho trabajo, y duro, que hacer. No hace falta tener experiencia, ni conocimientos especiales… sólo entusiasmo y una espalda fuerte.

Al oír esas palabras, Charles Miller giró bruscamente sobre sus talones; parecía asombrado. Abrió y cerró la boca rápidamente. Frunció el ceño. Antes de poder decir nada, la señora Wheeler ya estaba hablando.

—Estoy convencida de que estas dos muchachas estarán

encantadas de ayudar. De hecho, creo que todos los Bob-Whites querrán hacerlo. Es una idea estupenda, como trabajo estival.

—No habrá paga alguna, naturalmente —dijo el profesor Conroy, tosiendo bruscamente—. Pero el trabajo tendrá un gran valor educativo.

—¡Bravo! —exclamaron al unísono Trixie y Honey, aplaudiendo entusiasmadas—. ¡Me muero de ganas por decírselo a los demás! —añadió Trixie.

El profesor Conroy se levantó de su silla sonriendo plácidamente.

—Hacedlo. Ciertamente, espero que todos sean tan simpáticos y tan listos como vosotras. Y ahora, Charles, tenemos que irnos. Ya les hemos quitado bastante tiempo a los Wheeler por hoy.

Trixie entornó los ojos apenas, observando que el joven se encorvaba. Charles lanzó una última mirada a la magnífica sala y, por un momento, Trixie pensó que componía un gesto de codicia. Pero éste se borró, y fue reemplazado al instante por la misma mueca de antes. Taciturno, siguió a la señora Wheeler y al profesor Conroy al salón.

Honey fue al sofá y se hundió en él, al lado de su padre. Mientras le agradecía, emocionadísima, la sugerencia de que los Bob-Whites trabajaran en la excavación, Trixie vio marcharse a los dos hombres.

Entonces Trixie les oyó hablar en voz baja.

—¿Cómo se le ocurre pedir a una pandilla de chiquillos que trabajen con nosotros? —Estaba diciendo Charles Miller en la puerta principal.

Trixie aguzó el oído para ver qué respondía el profesor, pero cerraron la puerta de golpe, y todo lo que le llegó fue un vago murmullo. El profesor Conroy parecía muy disgustado.

Rápidamente, Trixie fue a los ventanales, por si los veía. Por suerte, aquéllos daban al mirador, y pudo captar algo de lo que decían.

—Procura comportarte de un modo civilizado, mocoso —le recriminó el profesor Conroy mientras bajaban los escalones—. Este cementerio indio es un golpe de fortuna irrepetible para mí, en más de un sentido. No puedo permitirme el lujo de que eches a perder los planes que tan cuidadosamente he trazado.

Charles se encorvó más aún; ya estaban junto a la furgoneta. Trixie sonrió, contenta.

Desde luego —pensó al ver alejarse el vehículo—, *el profesor Conroy sabe distinguir a una persona inteligente en cuanto la ve. Charles Miller tendrá que aceptar la idea de que ser universitario no significa que lo sepa todo*.

—¿No te quedas a cenar, Trixie? —La invitó la señora Wheeler.

—No, tengo que ir a casa —se disculpó Trixie—. Mamá quiere que la ayude esta noche.

—Pues ven a cenar mañana —insistió la señora Wheeler—. Sabes que nos gusta tenerte con nosotros.

—Sí —respondió Trixie, despidiéndose—. Perfecto.

Bajó los peldaños del mirador pensando en lo maravilloso que iba a ser ese verano. *¡Una excavación arqueológica! ¡Espera a que se lo diga a Mart!* —pensó, y se sintió feliz. Entonces, al recordar a Charles Miller, frunció el entrecejo. Parecía muy antipático, pero a Trixie no le importaba. ¡No dejaría que un tipo como él se interfiriese en el estupendo verano que les aguardaba!

Cambio de planes • 2

—¡MAMÁ! —se lamentó Trixie al tiempo que se tiraba cuan larga era en el sofá, cómodo y gastado, de la sala de estar de los Belden —. Me parece increíble que no me dejes trabajar en la excavación con el profesor Conroy. ¡Increíble!

—Yo no he dicho que no, cuentista —dijo la señora Belden con una sonrisa forzada, observando el teatro que hacía su hija. Helen Belden no había oído nada más que «excavar, excavar, excavar» en los últimos cuatro días. Hasta Bobby se hartó de escuchar las historias de Trixie sobre lo «maravillosa» que iba a ser la excavación —. Sólo te digo que no está bien que renuncies a lo del hospital. Tú sabes lo necesitados que están de voluntarios todos los años. Me apenaría que mi propia hija no cumpliese con su palabra.



—Pero mamá —se quejó Trixie—. No quiero perderme la excavación. Brian y Mart van a participar, porque el trabajo en la Sociedad Histórica sólo les tiene ocupados por las mañanas. Y a Honey también le dejan sus padres.

—Bueno, tal vez consigas arreglártelas de algún modo, Beatrix

—respondió la señora Belden—. Pero hasta que no hayas hablado con la señora Beales, en el hospital, no creo que debas hacerte ninguna ilusión.

Pese al hecho de que su madre le hubiera llamado Beatrix (su verdadero nombre, el cual odiaba), Trixie se animó al pensar que quizás fuera posible algún arreglo. Haría cualquier cosa por trabajar en la excavación con el profesor Conroy. Había que ponerse en marcha enseguida, así que se levantó del sofá de un salto y fue al teléfono para llamar a la señora Beales. Mart, que dormitaba en la butaca, rascándole ociosamente la cabeza a Reddy, la vio salir de la sala. Al setter le colgaba la lengua; el perro disfrutaba no haciendo nada.

Honey estaba sentada tranquilamente junto a la ventana.

—Ojalá lo consiga —dijo balanceando la cabeza—. Si Trixie no puede trabajar en la excavación, yo tampoco lo haré.

—Brian y yo no tenemos la culpa de tener unas vidas tan envidiables —dijo Mart en voz muy alta, para que le oyera Trixie—. Supongo que es un don como otro cualquiera. Uno nace con él, o sin él, ¿eh, Trixie?

Un gruñido terrible llegó desde el pasillo; luego pudo oírse a Trixie marcando un número de teléfono.

—Lo hará —dijo Brian con calma—. Todos los Belden tenemos ese don.

—Tal vez —dijo Mart, tan altanero—, pero algunos de nosotros lo tenemos más desarrollado…

—… el ridículo —concluyó Honey—. Confía en Trixie. Siempre fue la favorita de la señora Beales, en el hospital. Por cierto, Jim no va a cambiar sus planes. Se ha empeñado en ir al campamento de verano, a trabajar. Según él, le servirá de experiencia.

—Pero él tiene objetivos más elevados que nosotros —dijo Mart, más en serio—. Al fin y al cabo, quiere fundar un orfelinato cuando acabe sus estudios universitarios, y necesitará acaparar toda la experiencia que pueda.

Jim Frayne era el hermano adoptivo de Honey. Sobrino de James Winthrop Frayne, había sido adoptado por los Wheeler después de que Honey y Trixie ayudaran a resolver el caso de su herencia. Eso ocurrió el mismo verano en que Honey había ido a vivir a Sleepyside.

Por aquel entonces, Honey era una muchacha tímida y frágil. Pero la amistad de Trixie la curó, y al final del verano ya era una chica rebosante de salud y mucho más abierta. Honey convenció a sus padres para que le dejaran ir al instituto con todos sus nuevos amigos. Los Wheeler estaban tan encantados con el cambio experimentado por su hija, que accedieron tan contentos.

Trixie, Jim, Honey, Mart y Brian habían organizado un club semisecreto… los Bob-Whites de la Cañada. Jim había enseñado a los Bob-Whites un silbido especial. Era la llamada del bobwhite, una codorniz de la región, y ese nombre les inspiró para bautizar así el club. El club tenía dos objetivos: ayudar a los demás y pasárselo lo mejor posible. Diana Lynch y Dan Mangan también eran miembros.

Di Lynch venía de una familia riquísima, que vivía en una mansión no muy lejos de Crabapple Farm. Era la más guapa del colegio, con sus cabellos largos, negros, y sus ojos violeta. Lo mismo que Honey, Di había estado muy sola hasta hacerse amiga de Trixie y de los otros Bob-Whites.

Dan Mangan, el más reciente de los miembros del club, era sobrino de Bill Regan, el mozo de cuadras de los Wheeler.

Dan Mangan trabajaba con el guardabosques de los Wheeler, el señor Maypenny; los dos vivían en una cabaña, en pleno bosque.

Trixie y Honey eran unas amigas muy especiales. Las dos querían ser detectives, y pensaban montar algún día la Agencia de Detectives Belden-Wheeler. Las dos formaban una buena pareja, porque se complementaban. Trixie tenía un genio pronto, y era impulsiva, en tanto que Honey era cauta por naturaleza. Juntas, ya habían resuelto unos cuantos misterios.

—Ah, y Di está que se muerde las uñas con lo de la excavación —dijo Honey—. Sus padres dicen que sólo tiene que cuidar de sus dos pares de hermanos gemelos medio día. Pero Dan no puede, así que, si Trixie y yo no vamos, tampoco será para tanto. Como no van a participar todos los Bob-Whites, no será una actividad del club.

—Eso me suena a autoengaño —dijo Mart.

De repente, un alarido triunfal se dejó oír, y Trixie irrumpió en la sala de estar segundos más tarde.

—La señora Beales ha dicho que podré trabajar media jornada —exclamó, feliz—. Claro que habrá que empezar a trabajar bien

temprano… a las ocho, y acabar a la una. ¡Yupiiii! ¡Nada menos que media jornada para las excavaciones!

—Ay, cuánto me alegro —dijo Honey, y lo decía de verdad.

—¡Magnífico! —exclamó Mart, y casi se cae de la butaca—. Lo que me recuerda que llevo casi una hora sin comer. ¡Comida!

—¿Cómo se las apaña para estar siempre comiendo y no ser más que un saco de huesos? —murmuró Trixie, viendo a Mart ir como un loco a la cocina.

—Su metabolismo debe de estar fuera de servicio —bromeó Brian.

—Y eso no será lo único que tenga fuera de servicio —añadió Trixie con ironía—. Pero cambiemos de tema. ¿Dónde está papá?

—Disfrutando de unos momentos de paz con su mujer, en el patio de atrás —respondió Brian—. Y aprovechando que ha dejado el periódico, voy a ponerme al día, si no os importa.

—Me importa —dijo Trixie, quitándole el diario de las manos—. ¿Me dejas que eche una ojeada antes? La señorita Wilson, una de las maestras de la escuela primaria, me pidió que le hiciera un favor y que le recortara fotos de comida, para usarlas en su clase.

—¿Y qué pretende? ¿Que se coman el periódico? —preguntó Mart Belden, estupefacto. Había vuelto a la sala masticando una hamburguesa.

—No, tonto —dijo Trixie—. Lo que quiere es que hagan un collage con los grupos básicos de comida.

—Ah, sí… los cinco grupos básicos de comida… comida rápida, dulces, frituras, pizzas y hamburguesas.

Trixie no le rio el chiste, y siguió leyendo con interés. Mart mudó su expresión burlona en una ofendida.

—Aquí nadie me escucha —se quejó.

—Eh, chicos —dijo Trixie muy despacio—, oíd esto… «Una banda asalta mansiones en Westchester». Según el artículo, una banda de ladrones se dedica a robar todas las mansiones y fincas ricas del área. La policía todavía no tiene pistas.

—El sargento Molinson los cogerá —dijo Honey firmemente.

—Eso es —añadió Mart, entre bocado y bocado—. Él siempre captura a su hombre. O, mejor dicho, Trixie siempre le captura a su hombre.

Mart se refería al hecho de que Trixie había resuelto unos

cuantos casos que el sargento Molinson y el Departamento de Policía de Sleepyside se habían mostrado incapaces de solucionar. Al sargento no le gustaban sus intromisiones, pero hasta él tenía que admitir que la jovencita, a sus catorce años, tenía un buen olfato para el crimen.

—Me pregunto… —murmuró Trixie.

—¡Oh, no! —protestó Brian—. ¡Ya estamos!

—… ese Charles Miller —continuó Trixie, sin hacer caso del comentario de su hermano mayor. Se volvió hacia Honey—. Esa forma de mirar todas las cosas de tu sala de estar. ¡Uf! ¡Si hasta preguntó si el cuadro era un Renoir de verdad!

—¡Bah, Trixie! —dijo Honey muy tranquila—. Todo el mundo pregunta eso.

—Ya lo sé —dijo Trixie pensativa—, pero él no paró ni un segundo, mirándolo todo con interés. ¿No te pareció un poco raro?

—Por una vez en tu vida, Trixie, tienes la oportunidad de trabajar en un misterio con un valor social reconocido —empezó Mart, siempre tan pomposo—. Vas a ahondar en el misterio de la prehistoria. ¡Eh, qué os parece! ¡Si soy un poeta! El misterio de la prehistoria.

—¡Oh, Mart! —protestó Trixie, enfadada—. Sé serio, por una vez en tu vida.

—Pero si lo digo en serio —respondió Mart, algo dolido—. Podría escribir mi nombre junto a los nombres más grandes… Imagínate… ¡Shakespeare, Wordsworth… yo!

Disfrutando de su propio ingenio, Mart rio alegremente; luego volvió a la cocina.

—Necesito comer algo más —anunció antes—. El Arte con mayúscula no florece en el vacío.

Y ahora fue Honey la que por poco se muere de risa. También Trixie reía.

—Bueno, puede que estuviera haciendo una montaña de un grano de arena —dijo Trixie al fin—. Pero no pienso abandonar el caso.

—Ahora me siento mucho mejor —apuntó Brian, siguiendo a Mart a la cocina—. El saber que Trixie desvaría me da apetito.

A Trixie no le hacía ninguna gracia que le tomaran el pelo sus hermanos mayores, y sólo con gran esfuerzo consiguió controlarse y

no tirarle el almohadón que estaba sujetando.

—Vente a casa para cenar —dijo Honey—. Por lo menos nosotros, los Wheeler, te queremos.

—Iré a preguntarle a mamá.

Cuando las dos amigas fueron al patio de atrás, en busca de los padres de Trixie, tropezaron con Bobby. Tenía la cara llena de barro, y les enseñaba algo que tenía en la mano, triunfalmente.

—Yo también soy «arpiólogo» —dijo, feliz—. Mira, Trixie, he encontrado una punta de flecha india, de verdad. Es auténtica. ¡Me lo ha dicho papá!

Trixie estudió la pequeña piedra afilada que Bobby tenía en la mano.

—¡Pero Bobby! ¡Es verdad! ¡Has encontrado una punta de flecha! —balbuceó maravillada—. Honey, echa una ojeada a esto.

Honey examinó la hermosa piedra, tomándola en sus manos, asombrada de su belleza.

—Deberíamos enseñarle al profesor Conroy esta punta de flecha —dijo.

Bobby alargó una mano, y le quitó su tesoro a Honey.

—¡No! —dijo—. ¡No se la deis a nadie!

—No te preocupes, cariño —le tranquilizó la señora Belden—. Ellas no van a darle a nadie tu punta de flecha. Estoy segura de que el profesor Conroy conseguirá encontrar alguna para él. Pero es interesante.

—El hecho de que Bobby haya encontrado una punta de flecha en el patio de la casa demuestra que debió haber indios en esta región, hace muchos años —dijo el señor Belden.

—El profesor Conroy es un genio —dijo Trixie a su padre—. Obviamente, ha elegido el lugar correcto para sus excavaciones.

—Yo voy a guardar mi punta de flecha en un lugar secreto —dijo Bobby, y se metió corriendo en la casa.

—¿Vas a trabajar en la excavación? —preguntó el padre de Trixie.

—Sí, papá. Ya he hablado con la señora Beales, del hospital.

—¿No es fantástico? —dijo Honey muy contenta—. Todo un cementerio indio en pleno bosque.

—En efecto —dijo Trixie. Luego se estremeció—. Fantástico… pero a la vez me pone los pelos de punta. ¿Y si hay fantasmas?

—¿Fantasmas? —rio Honey—. No seas tonta. ¡Esas cosas no existen!

—Buuuu —aulló Trixie—. Pronto lo sabremos, ¿no?

Las dos muchachas se echaron a reír; luego Trixie pidió permiso a su madre para ir a cenar a casa de los Wheeler. Sus padres consintieron y vieron a las dos amigas alejarse a toda prisa por el sendero que unía Crabapple Farm y Manor House.

—Bien, desde luego me alegro de que tengan algo interesante que hacer este verano —dijo Helen Belden, cuando ya las chicas no podían oírla.

—A lo mejor conseguimos tener dos meses de paz, sin misterios —bromeó el señor Belden.

—No cuentes con eso, cielo. Después de todo, ya conoces a Trixie. ¡Si no hay ningún misterio hoy, ella se encargará de que haya uno mañana!

La excavación • 3

LOS ÚLTIMOS DÍAS de colegio pasaron volando, y Trixie, finalmente, aprobó el examen final de matemáticas. El lunes por la mañana, la señora Belden dejó a las chicas en el hospital para que recogieran sus uniformes a rayas y asistieran a la reunión del primer día, orientativa. Nada de cuanto se dijo era nuevo para Trixie, pero las nuevas caras que vio en el grupo le hicieron darse cuenta de lo importante que era saber exactamente lo que un ayudante debía o no debía hacer.

—Muy bien, chicas —concluyó la señora Beales—, mañana por la mañana, os quiero frescas y temprano. Si alguna de vosotras tiene alguna pregunta sobre el trabajo, adelante; yo procuraré resolver todas las dudas.

—Deprisa —le susurró Trixie a Honey, al oído—. Vamos a la reserva. Apuesto a que ya nos hemos perdido lo mejor.

—No seas boba, Trixie —dijo Honey riéndose, tratando de seguir a su impetuosa amiga, que salía del hospital como si la persiguiera el diablo—. ¿Cómo podemos habernos perdido lo mejor si han empezado a montarlo todo esta mañana?

—Porque —dijo Trixie— ni siquiera estamos allí aún. Tenemos que cambiarnos de ropa, almorzar… ¡Ay, ay! ¡No quisiera perderme nada! ¿A ti no te pasa lo mismo?

—Supongo que sí —respondió Honey—. Pero tampoco es como para volverse loca.

La señora Belden estaba esperándolas en la puerta del hospital, en la furgoneta de los Belden. Bobby tenía puesto el cinturón de seguridad, en el asiento de atrás, y sus quejas eran notorias.

—Yo quiero sentarme más atrás —aullaba Bobby—, en el sitio donde ponéis los paquetes. ¡Es más divertido! Nadie va a detener a un tipo de seis años por no llevar puesto el cinturón de seguridad. Es una tontería. ¿O no?

—No es ninguna tontería, Bobby —dijo Honey con dulzura—. Mira, yo me he puesto mi cinturón de seguridad, y Trixie también, y tu mamá. Los listos siempre nos ponemos el cinturón de seguridad, y tú eres de los más listos que conozco.

Bobby agradeció el cumplido a Honey con una sonrisa. Luego, apaciguado, se acomodó en su asiento. El vehículo se deslizó suavemente por Glen Road. La señora Belden dejó a Honey al pie del camino que llevaba a Manor House y giró hacia Crabapple Farm. En cuanto la furgoneta paró, Trixie abrió la puerta y se metió corriendo en la casa.

—Hay sándwiches en la mesa de la cocina —le dijo la señora Belden. No había sacado los paquetes de la compra de la furgoneta, ni se había deshecho Bobby de su cinturón, cuando ya Trixie aparecía en el porche con un sándwich de tomate y queso en cada mano; se había puesto pantalones cortos y una blusa muy fresca.

—Hasta luego, mamá —dijo alegremente, montándose en su bici.

Trixie cruzó el patio pedaleando, y luego se metió por el sendero que llevaba a Manor House. Honey estaba allí, esperándola en los escalones del mirador con su bici y un bocadillo. Rápidamente, atravesaron el camino de tierra que conducía hasta la parte de la reserva forestal donde estaba localizada la excavación. Un camión las adelantó, rugiendo y levantando una nube de polvo.

—Seguro que son los materiales —dijo Trixie—. Date prisa.

Acaloradas y jadeantes, Honey y Trixie llegaron al fin al claro. Era un hervidero de actividad. Vieron montar las tiendas de campaña en los límites del pequeño prado. Unos jóvenes, que lucían camisas de colores chillones y pantalones cortos, llevaban de un lado a otro sillas, cajas y pilas de libros. El profesor Conroy movía mesas y abría las cajas.



—¡Brian! —le llamó Trixie—. ¿Nos hemos perdido algo?

Brian se volvió hacia ella. Junto a él estaba Charles Miller. Los dos parecían relajados, contentos. Trixie se preguntó de pronto por qué Charles parecía tan buen chico cuando hablaba con su hermano, y en cambio con ella resultaba tan antipático.

Brian se acercó.

—No te preocupes, Trix —dijo—. El profesor Conroy pronunciará el discurso de inauguración dentro de un cuarto de hora. Sólo os habéis perdido la parte más dura.

—Bien —dijeron las muchachas, más tranquilas.

—Oye —preguntó Trixie a Brian—, ¿qué te ha parecido Charles Miller? Es un poco raro, ¿no?

—De ninguna manera —replicó Brian—. Charles es muy inteligente, un arqueólogo de pies a cabeza. Parece increíble todo lo que ese chico sabe de esta región. Al enterarse de que yo trabajaba de ayudante en la Sociedad Histórica, me pidió inmediatamente que le enseñara los archivos. Según Charles, esos archivos son una mina… los diarios, las cartas, todo eso tiene un valor incalculable.

Voy a llevarle en cuanto él disponga de tiempo libre.

—Qué bien —comentó Honey—. Dime, Brian, ¿dónde va a pronunciar su discurso el profesor Conroy?

—Ah, sí —dijo Trixie, y le brillaron los ojos de la emoción—. ¡Hay que ponerse en primera fila!

—No hay ninguna primera fila, tonta —dijo Brian, reprimiendo una carcajada—. Lo más seguro es que nos sentemos todos en círculo, debajo de algún árbol.

En eso, los tres oyeron un ruido agudo. Al volverse, vieron al profesor Conroy tocando un silbato de plata; tenía un aspecto graciosísimo. Llevaba un fajo de papeles en una mano.

Con un gesto, indicó a todo el mundo que fueran con él a la sombra de unos árboles, en el límite del claro, cerca de donde estaban Trixie, Honey y Brian. Los cuatro se unieron enseguida al grupo de estudiantes. Trixie escuchó con gran interés cuando el profesor Conroy se puso a hablar.

—La gente cree que el arqueólogo se pasa todo el tiempo en las regiones más remotas del mundo, rodeado de jeroglíficos, esqueletos que se balancean, y civilizaciones antiguas, llenas de misterios. Pues bien, los emplazamientos arqueológicos no son tan emocionantes como se piensa, aunque lo que allí se encuentra puede llenar a muchos de asombro. Hay que elegir un lugar donde vivió algún pueblo hace cientos o miles de años. La arqueología, en realidad, es la ciencia de los desperdicios… sí, sí, de los desperdicios. Rebuscando entre los desperdicios de las civilizaciones antiguas es como averiguamos un montón de cosas sobre ellas. Nos enteramos de la vida que llevaban nuestros antecesores, de cómo trabajaban, de cómo se divertían.

Trixie miró en torno suyo. Súbitamente, el bosque que ella conocía como la palma de su mano cobró vida. Casi podía ver a los indios que en otro tiempo habían vivido allí.

El profesor continuó.

—Las tribus de los algonquines y de los iroquíes poblaron el valle del río Hudson durante cientos de años. Ahora mismo estamos encima de lo que creemos que era un cementerio algonquín. Los cementerios son importantes porque, en la mayoría de las tribus, los objetos rituales se enterraban con su dueño, al morir éste. La mayoría de estas cosas, como cestas, ropas de piel de ciervo,

etcétera, se han descompuesto con el paso de los años. Pero otras se han conservado mejor. Por ejemplo, cuchillos, cuencos y pipas. La mayor parte estaban hechas con materiales que aguantan el paso del tiempo, como el hueso, la piedra o la arcilla cocida. Son estos objetos los que más nos interesan. Cada tribu tiene un estilo propio con el que decoraban sus pertenencias. Comparando los estilos, podremos determinar las migraciones de las tribus. En esta excavación, nos ocuparemos de las tribus que habitaban en la costa oriental.

«En esta región del país, se cultivaba tabaco y se comerciaba con él. El tabaco, y su consumo, tenían un significado religioso especial, de modo que los adornos de las cazoletas de las pipas tienen un sentido formal y simbólico especiales».

El profesor Conroy siguió hablando de los rituales indios; Trixie escuchaba fascinada. Cuando aquél terminó y empezó a asignar a cada uno su tarea, Trixie apenas podía contener su entusiasmo.

—¡Uf! —suspiró—. Esto va a ser más emocionante de lo que yo creía.

—Pues no te emociones tanto —le aconsejó Brian, intentando calmarla—. Dudo que vayan a dejar que nosotros hagamos nada importante, siendo todavía unos colegiales. Al fin y al cabo, esta excavación se supone que está destinada a los doctorandos; lo más probable es que nos toque lo más aburrido.

—En arqueología, no hay nada aburrido —se apresuró a decir Trixie—. ¡Pero si es igual que una investigación policial! A veces la más pequeña pista, el indicio más insignificante, puede resolver todo un misterio. Me parece que me voy a dedicar a esto. ¿Es que habrá algo más emocionante que resolver los misterios de la antigüedad? —concluyó.

—Bueno, desde luego la gente que conoces en esto es mejor —opinó Mart. Estaban delante de una mesa plegable, esperando a que les asignaran alguna tarea—. Ni bandidos, ni ladrones, ni locos. Después de la vida tan agitada que has llevado, ¿tú crees que soportarías tanto aburrimiento?

—Bah, Mart —dijo Trixie—. Tú sabes lo que quiero decir.

Entonces desvió su atención hacia el profesor Conroy. Estaba asignando a sus estudiantes secciones de un mapa que había desplegado sobre la mesa. En el mapa, el prado en el que se

hallaban aparecía dividido en varios cuadrados. Con tinta roja se leía un título: CEMENTERIO. Al este del prado se veía otra área más pequeña, titulada POBLADO. Mientras el profesor asignaba las secciones, un grupo de estudiantes clavaban estacas en el suelo y las unían con cuerdas, marcando los cuadrados de forma que coincidieran con los del mapa.

Los cinco Bob-Whites se pusieron a la cola, esperando órdenes. Di, que al fin les consiguió encontrar, también estaba con ellos. Los gemelos la habían retrasado, negándose a almorzar, pero se las arregló para llegar apenas unos minutos después de que el profesor empezara su discurso.

—¿Verdad que esto es divertido, Trixie? —murmuró Di—. Ay, ojalá encuentre alguna maravilla.

De pronto, Trixie tuvo un presentimiento. Llamó a la muchacha que tenía delante y le dijo:

—Perdona, pero ¿por qué hay dos secciones separadas en la excavación? En el mapa pone «cementerio» y «poblado».

La muchacha sonrió amablemente y con un gesto señaló un sendero, al otro lado del prado, que se extendía hacia el este, hacia el corazón del bosque.

—Allí, en el bosque, es donde el profesor Conroy cree que estaba el poblado indio —explicó—. En este prado enterraban a sus muertos. Él confía en dar con los hallazgos más importantes aquí.

—Caramba —exclamó Trixie, y se puso a saltar a la pata coja, algo asustada—. ¡Estamos pisando las tumbas!

—No, Trixie —dijo Brian con calma.

—¿Cómo que no? —se sorprendió, elevando la voz—. Todo este prado es un cementerio indio. ¿Y si los espíritus de esos indios se enojan y salen para matarnos?

—Te encantaría, Trixie —replicó Honey, aguantándose la risa. Pero antes de que pudiera acabar, el profesor Conroy ya les estaba dando la bienvenida a la excavación y destinándoles secciones y tareas. A Honey y a Trixie les tocó excavar en el poblado, en el interior del bosque. También les pidió que ayudaran en la tienda de la limpieza, que estaba en el cementerio. Todo lo que se encontrase había que limpiarlo con muchísimo cuidado, con unos cepillos muy suaves, y luego colocarlo en las cajas correspondientes. A Di la asignaron al grupo de dibujantes, porque era una buena artista. Ella

tendría que hacer un dibujo en una ficha, de cada objeto encontrado. Luego, los estudiantes del doctorado intentarían datar los hallazgos basándose en la profundidad del lugar donde hubieran sido encontrados. Mart y Brian ayudarían a empaquetarlo todo. Cada objeto debía ser guardado y llevado a la universidad, donde lo estudiarían con más detalle durante el invierno. Todos tenían que ser identificados por su forma y elementos decorativos, y entonces se haría un catálogo, a partir de las fichas.

—¡Caramba! —exclamó Trixie—. Esto es más complicado de lo que me imaginaba.

Aparentemente, ya se había olvidado de los espíritus, aunque no andaba ella muy tranquila por el extremo del prado, ni tampoco cuando ella y Honey fueron hacia donde se suponía que estaba el poblado. Ya habían montado todas las tiendas y descargado los camiones.

Las dos muchachas se quedaron sorprendidas al llegar a la sección del bosque en la que tenían que excavar. Estaba desierta, oscura, y les pareció siniestra.

—¿A quién se le iba a ocurrir montar un poblado aquí? —dijo Honey con voz trémula—. Da miedo. Yo creo que a los indios no debía gustarles nada.

—Honey —le susurró Trixie a su amiga—, mira allí. ¿Qué está haciendo ese hombre?

Al volverse, Honey vio a un hombre delgaducho y desastrado yendo de un lado a otro, y murmurando algo. De cuando en cuando, se paraba y anotaba algo en un cuaderno.

Honey creyó reconocerle.

—¿No era uno de los transportistas? Me pregunto qué estará haciendo aquí, en pleno bosque…

De repente, Trixie vio a Charles Miller, que iba corriendo hacia el hombre. Trixie y Honey, a unos siete metros de ellos, ocultas por la maleza, sólo alcanzaban a oír fragmentos de su conversación. Charles llamó Harry al otro, y parecían conocerse. Trixie se llevó un dedo a los labios, advirtiendo a Honey que permaneciera callada.

Los dos hombres hablaron poco, y Trixie distinguió palabras como «un verdadero tesoro», «mapa» y «sociedad histórica». Luego Charles le dio la mano a Harry y dijo:

—No te preocupes por esa chiquillería de entrometidos. Déjame

a mí ese asunto.

Cuando las dos muchachas se quedaron solas de nuevo, estaban pálidas.

—¿Has oído eso? —Gruñó con los ojos abiertos como platos—. ¡Nos ha llamado entrometidos!

—¿Y cómo sabes que estaba hablando de nosotros? —preguntó Honey, con cierta lógica.

—Bueno, puede que de nosotros no haya hablado, pero de la Sociedad Histórica, seguro —dijo Trixie con firmeza—. ¡Se referiría a Brian! Acuérdate de que Brian nos dijo que Charles estaba interesado en la Sociedad Histórica. Más vale que le advierta de que ese Charles Miller es un poco extraño.

—¡Trixie! —gritó Honey, pero ya era tarde; su amiga había desaparecido.

Trixie, en efecto, no la oyó. Volvió corriendo a la zona principal de la excavación, en busca de su hermano. Honey la siguió tan deprisa como pudo.

Y Trixie le contó a Brian cuanto había oído, pero éste dijo que estaba siendo demasiado suspicaz.

—Charles Miller es un chico simpático, además de brillante —dijo—. Tienes el cerebro tan lleno de criminales que pareces haber perdido la capacidad para distinguir ninguna otra cosa.

—A ti te cae bien porque te ha hecho la pelota, Brian —repuso Trixie—. ¿No ves que lo que quiere es utilizarte para tener acceso a la Sociedad Histórica?

—¿Y qué tiene de malo lo de la Sociedad Histórica? —preguntó Brian, procurando seguir un razonamiento sensato. Era el tono que normalmente sacaba a Trixie de sus casillas—. Al fin y al cabo, él es un investigador, y eso es lo que hacen ellos… investigar en las sociedades históricas.

—Pero no para averiguar cosas sobre indios o sobre arqueología, ¿o sí? —replicó Trixie. Tenía las manos en las caderas; el gesto desafiante—. ¡En estos sitios la gente puede buscar el mapa de algún tesoro… por ejemplo, del tesoro del que estaban hablando!

—Trixie —le advirtió Brian—, por favor, cálmate. Creo que esta vez te equivocas. Ahora, si resulta que tienes razón, te invito a una cena de cinco platos en el restaurante más caro de la ciudad.

Dicho esto, volvió a su trabajo. Honey, que había estado

escuchándolo todo, tomó gentilmente a su amiga por el brazo.

—Ven, Trixie —dijo—. Son las cinco en punto. Tenemos que ir a casa. A lo mejor convencemos a la señorita Trask para que nos prepare una limonada.

—Me da igual que no me crea —murmuró Trixie acaloradamente—. ¡Yo sé investigar solita!

—Solita, no —dijo Honey—. Recuerda que yo también les he oído. Te ayudaré. Pero entretanto, creamos que hablaban de algún tesoro arqueológico sepultado, y de un mapa del sitio donde han localizado la excavación.

—Lo dudo —dijo Trixie—. Lo dudo muchísimo.

Las chicas fueron al lugar en el que habían dejado sus bicicletas y luego se marcharon a Manor House.

Sospechas • 4

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Trixie salió de casa para el hospital diez minutos tarde. Las chicas habían resuelto ir y volver del trabajo en bici, para que la señora Belden no tuviera que llevarlas todos los días. Pero Trixie se retrasó, y tuvo que ir en bici hasta la ciudad, sola. No encontró a su amiga hasta las diez, cuando cambiaron de turno.

—Honey —dijo al pasar a su lado—. ¡Tengo que hablar contigo!

Las dos estaban empujando carritos por el pasillo. Parte de su trabajo como ayudantes consistía en llevar las pequeñas «bibliotecas rodantes» a cada paciente. Había revistas, periódicos, y libros entre los cuales podían elegir.



—Ahora tengo prisa —dijo Honey—. ¿Es importante?

—Claro que es importante —dijo Trixie—, pero supongo que puede esperar.

—Te veré a la una —dijo Honey, y volvió a empujar el carrito—. Espero que te valga con eso. ¡Es que cuidado que hay pisos en este

hospital!

—¡Uf! ¡No me lo recuerdes! —replicó Trixie con una sonrisa—. Me figuro que a los pacientes les alegra vernos, porque se ponen a charlar y tardan siglos en escoger un libro.

—Tres pacientes me han pedido que les compre algo en la tienda de regalos —dijo Honey—. ¡Voy a ir de ala toda la mañana!

—Mira —dijo Trixie—. Te veré a la salida. ¡Es importante!

La noche anterior, cuando ya Trixie se estaba quedando dormida, tuvo una idea terrible. Tal vez los mismos que habían estado robando mansiones en la región de Westchester… aquello que había leído en el diario… planeaban asaltar Manor House. Esta idea la asustó, porque Honey y la señorita Trask iban a pasar un mes solas. El señor y la señora Wheeler se habían ido de viaje, y Jim estaba en un campamento, de monitor.

Ciertamente, Regan seguía en la casa, pero él vivía en un piso, encima del garaje, a unos veinte metros de la casa. Si algún ladrón entrara, en plena noche, puede que Regan no se enterase.

A la una, las dos amigas se encontraron en la escalera de la entrada principal del hospital.

Mientras iban al sitio donde habían dejado las bicicletas, Trixie reveló a Honey sus temores.

—Ya ves —concluyó—, por aquí hay gente muy rara, y una de esas personas es Harry… y encima posee un camión. Lo tiene todo calculado… ¿no lo ves? Oímos hablar a Charles Miller y a Harry sobre «un tesoro». Y te acordarás de que Charles se pasó un buen rato examinando las obras de arte de vuestra sala de estar. Todo coincide.

—Sí y no —razonó Honey—. No creo que Charles Miller sea un ladrón… Después de todo, está estudiando todo un doctorado. Eso sí, la verdad es que la señorita Trask y yo estamos solas en casa, y también es verdad que están entrando a robar en muchas casas. Quizá deba enseñarle a la señorita Trask ese artículo que viste. Ella siempre sabe lo que conviene hacer.

Honey y Trixie pedaleaban por Glen Road tan rápidamente como podían. En casa de Trixie, se separaron y quedaron en verse en el camino de tierra al cabo de un cuarto de hora.

Trixie fue a su casa, se puso unos pantalones cortos y una camiseta, se comió un bocadillo de fiambre, se bebió un vaso de

leche, y volvió a montarse en su bici. Después de darle a los pedales con fuerza, se encontró con Honey, y se marcharon juntas a las excavaciones.

Los estudiantes y el profesor Conroy estaban acabando de almorzar. El profesor Conroy, después de limpiarse cuidadosamente las manos y los labios, inició otro de sus breves discursos, antes de que volvieran a sus tareas.

—Esto me encanta —le susurró Trixie a Honey, al sentarse junto a los demás—. Apuesto a que la vida en la universidad se parece mucho a esto.

—Ahora, antes de empezar en serio —dijo el profesor Conroy frotándose las manos ante lo que veía venir—, quiero refrescaros la memoria sobre lo que es una excavación. Nosotros no cavamos… repito, no cavamos. ¡Nosotros rascamos! El pico o la pala son demasiado toscos. Marcaos una pequeña sección, y después id apartando tierra con cuidado. Podríais tropezar con el casco de alguna pieza de cerámica valiosa, ¡y no querréis romperla! Tampoco querréis dejar pasar por alto nada, ¿verdad? Pues entonces id con cuidado, muy despacio. Si encontráis algo, anotad dónde lo encontrasteis, y a qué profundidad, antes de continuar. Y no tiréis nada. Veréis algo que os parecerá una piedra; pues bien, ¿y si es alguna herramienta, o la cazoleta de alguna pipa llena de tierra? Ésa será la parte más difícil para vosotros, como lo es para todos nosotros; decidir si esto o lo otro es basura o hay algún hallazgo metido entre la basura; ésa es la pesadilla de todos los arqueólogos.

«Os voy a enseñar fotos de las cazoletas de pipas más típicas, para que sepáis cómo son más o menos. Los indios de las tribus orientales eran los que más fumaban, y tenían varios tipos de pipas. Una de ellas, como veis aquí, tiene una base plana, oblonga, en la que se asienta una cazoleta redonda. Por el parecido de estas pipas con los navíos de guerra de la Guerra Civil, se ha dado en llamar a estas pipas “monitores”. Hay otras con las cazoletas muy altas, dispuestas en diversos ángulos cerca de unas bases largas y barrocas».

«En general, las pipas tienen la forma de la letra L. Ésta es una forma que no suele encontrarse en la naturaleza. Si dais con algo que tenga esa forma, mostrádselo al jefe de la excavación antes de tirarla. Éste será Charles Miller».

—¡Oh, no! ¡Él no! —Gruñó Trixie, mientras el profesor Conroy señalaba a Charles. Charles inclinó la cabeza, sonriendo.

—Y ahora, manos a la obra —concluyó el profesor Conroy—. Ya sabe cada uno lo que tiene que hacer, y dónde. ¡Que cavéis bien… o mejor dicho, que rasquéis bien!

Trixie y Honey se apartaron del avispero de actividad concentrado en el emplazamiento del cementerio y siguieron el sendero que les llevaba hacia el este; se metieron en el bosque, lejos del prado y de los animados estudiantes, hasta encontrar su sección. Algo decepcionadas, miraron a su alrededor. Los árboles eran altos y crecían muy juntos. Una espesa mata de viñas y zarzas les dificultaba el paso. Unos cuantos árboles caídos, grandísimos, atravesaban el poco espacio libre de la zona.

—Todavía no lo entiendo —murmuró Trixie—. Menudo sitio tan raro para fundar un poblado.

—Puede que hace quinientos años estuviera mucho mejor —dijo Honey—. En geografía aprendimos lo deprisa que cambia todo. Lo que era en otros tiempos un prado se transforma en bosque; lo que fue un lago, ahora es un prado. Quién sabe, a lo mejor este sitio era entonces la zona del bosque más agradable.

—Bueno, lo que está clarísimo es que ahora esto no es ninguna maravilla —murmuró Trixie. Desconsolada, se sentó en una roca—. ¿Y qué vamos a encontrar aquí? Lo más probable es que nada, a no ser latas de refrescos.

—¡Calla! ¡Hace quinientos años no había refrescos!

—¡Pero Honey! —saltó Trixie riéndose—. Ya sabes lo que quiero decir.

Las dos muchachas estaban tan ocupadas riéndose, que no oyeron las pisadas que se acercaban. Cuando Trixie logró apartar las lágrimas que le habían invadido los ojos de tanto reírse, vio que Charles Miller estaba frente a ella.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó de muy mal humor.

—¿Nosotras? Pues… nada, nos ha tocado aquí —tartamudeó Honey.

—Lo siento, pero no hace falta que trabajéis aquí —dijo Charles, mirando en torno suyo, muy nervioso.

—¡Oye, oye! —exclamó Trixie, dando rienda suelta a su temperamento—. El profesor Conroy nos ha dicho que trabajemos

en esta sección, y eso es lo que vamos a hacer.

Honey miró a su amiga, sorprendida. Trixie no había parado de quejarse del sitio que les había asignado, y ahora estaba defendiendo su derecho a quedarse en él como si para ella fuera el rincón más fabuloso del mundo.

—Mira, yo soy el jefe de esta excavación, y te digo que no podéis trabajar aquí —repuso Charles. Mientras hablaba, se le fueron subiendo los colores, y se frotaba las manos contra sus pantalones cortos.

Sí que se está poniendo nervioso —pensó Honey.

—Eso lo veremos —replicó Trixie—. Lo consultaré primero con el profesor Conroy. Ven, Honey.

Ahora Charles, más furioso todavía, empezó a seguir a Trixie. Luego se detuvo y dijo:

—Yo que tú no le molestaría. Sois unas chiquillas, y en esta excavación no hacéis más que estorbar. No nos hacéis ninguna falta.

Honey apretó el paso hasta alcanzar a Trixie. Alargando una mano, tocó suavemente a su amiga en el hombro.

—Para un segundo, no te vayas a ahogar —dijo Honey—. No te conviene presentarte así, echando chispas, ante el profesor. Procura tranquilizarte.

Trixie comprendió que su amiga tenía razón.

—De hecho —prosiguió Honey—, hasta puede que nos pongan en un sitio mejor. A veces estas cosas acaban resultando buenas, ¿no?

Trixie aspiró profundamente.

—Ya lo sé, Honey, pero es que no soporto a ese Charles. No tiene ningún derecho a tratarnos así.

—No —coincidió Honey—, pero por alguna razón no quiere que trabajemos allí. Una vez que el profesor Conroy nos asigne otro lugar, verás como conocemos a otros estudiantes, y hacemos nuevos amigos. Es lo mejor que nos podría haber pasado.

—Quizás —dijo Trixie muy despacio—. Pero he estado pensándolo, y prefiero trabajar en el poblado que en el antiguo cementerio. ¿Y si vemos fantasmas?

—¡Trixie! Tú no crees en fantasmas, lo sé muy bien.

Trixie se llevó una mano a la boca.

—¡Oh, no! —protestó, dando un pisotón—. Me he dejado el pico

y el cedazo. Ahora vuelvo.

—Pero Trixie… —balbuceó Honey.

—Te veré en el prado —respondió, volviendo la cabeza, y luego echó a correr por el bosque.

Ya estaba casi en el poblado cuando oyó unas voces, que se filtraban por entre los árboles. Paró en seco, y avanzó con gran sigilo, tratando de ver quiénes conversaban… y procurando que no la vieran a ella.

Era Charles Miller, hablando, una vez más, con Harry.

—Queda con ese chico de la Sociedad Histórica —decía Harry, y su voz recordaba al aullido de algún animal—. Necesitamos ese mapa, y lo antes posible.

—No entiendo a qué viene tanta pri… —empezó Charles, pero Harry le cortó.

—Lo que yo te diga, chaval. No nos queda mucho tiempo. No querrás pasarte la vida con un pico y una pala en las manos, de gorra…

En ese momento, Trixie, que estaba intentando acercarse para oír mejor, tropezó con la raíz de un árbol. Dio un grito y cayó de bruces cerca de los dos hombres.

—¿Pero qué…? —saltó Harry, ante la intromisión—. ¿Quién es ésta?

—Una pesada, ni más ni menos —dijo Charles, mirando a la muchacha, que estaba muy despeinada—. ¿No te he dicho que te pierdas lo más lejos posible?

—Me olvidé de coger el pico —se disculpó Trixie, sin mucha convicción. Sabía que se estaba poniendo más roja que un tomate.

—Bueno, pues date prisa, cógelo y lárgate de aquí —dijo Charles, frunciendo el ceño.

Trixie se puso en pie y recorrió muy despacio el corto espacio que la separaba de Charles. Tuvo que pasar por encima de un tronco de árbol caído para llegar adonde había dejado sus cosas.

—Sí, señor. Sus deseos son órdenes para mí.

Ya hablo igual que Mart —pensó, mientras recogía el pico y lo demás. Luego, al levantarse, miró desafiante a Charles Miller.

—Yo en tu caso —dijo con insolencia—, aprendería a ser más simpático con la gente. ¡A nadie le gustan los cascarrabias!

—Pero serás… —empezó Charles.

—Oye, ¿tú crees que nos habrá oído? —dijo Harry, mirándola de arriba abajo.

—Lo dudo —contestó Charles, aunque parecía algo preocupado —. Pero qué más da. No es más que una cría, una colegiala. Además, ya me ocuparé de apartarla de la excavación.

Echando los hombros hacia atrás, y con la cabeza bien alta, Trixie se alejó de los dos hombres.

—Eso lo veremos —murmuró para sí—. Y espera hasta que les cuente a mis hermanos lo que acabo de oír. Si de mí depende, estos tipos no pisarán la Sociedad Histórica.

Y así de resuelta, Trixie se abrió paso por entre la maleza para ver a Honey… y al profesor Conroy.

Charlando sobre tesoros • 5

—Y ENTONCES Charles dijo que no se nos permitía trabajar allí —estaba diciendo Trixie al profesor Conroy, tratando de contener su cólera—. Y nosotras no hacíamos más que trabajar en el lugar que usted nos había encargado.

El profesor Conroy parecía perplejo. Se puso a darle vueltas con las manos a una pequeña paleta, y luego miró a la muchacha que tenía delante, cuyo rostro congestionado delataba su furia.

—En realidad, da lo mismo dónde trabaja cada uno —dijo al fin—. Hablaré con Charles por si existe alguna razón que justifique su actitud. Mientras tanto, ¿por qué no vais a la tienda de la limpieza y veis si los estudiantes necesitan ayuda?

Algo molesta, al ver que el profesor Conroy no se ponía del todo de su parte, Trixie se levantó, procurando ocultar su enfado. Aunque el profesor Conroy había estado diplomático, Trixie pudo detectar una expresión de enojo en su rostro. Le habría gustado añadir algo que pudiera hacerle saltar y decirle unas palabras a Charles Miller. Luego, pensándoselo mejor, Trixie se marchó. Buscó a Honey, y las dos pasaron la tarde en la tienda de la limpieza.

Aquella noche, después de la cena, los Bob-Whites celebraron una reunión en el cobertizo. El cobertizo, en otros tiempos, había sido la casa del guardabosques de la finca de los Wheeler. Los Bob-Whites la repararon, pusieron cortinas y llevaron algunos muebles. Hasta habían conseguido una estufa de leña que les regaló la señora De Keyser, que vivía más abajo, en Glen Road. Gracias a esa estufa, podían utilizar el cobertizo la mayor parte del año.

Trixie estaba acurrucada en un sillón que habían tapizado recientemente. Terminaba de contar a Di, Mart, Dan y Brian lo de su desafortunado encuentro con Charles Miller y Harry en el bosque.

—Puede que haya un tesoro de verdad enterrado en la reserva

—concluyó Trixie, muy nerviosa.

—Yo sigo diciendo, señorita detective —dijo Brian firmemente —, que Charles Miller se refería a un tesoro arqueológico. Estás perdiendo el tiempo.

—De ninguna manera —repuso Trixie—. Yo creo que Charles Miller y Harry saben algo de un tesoro de verdad, y que están aprovechando esta excavación para encontrarlo. Quizás anden detrás del tesoro del capitán Kidd.

—Lo único que la gente consigue cuando busca el tesoro del capitán Kidd —dijo Mart con altanería— es que se pongan más personas a buscar el tesoro del capitán Kidd.

—¿Y qué me dices de lo del mapa? —preguntó Trixie—. ¿De qué mapa estaban hablando, si no?

—Probablemente, un viejo mapa del campamento indio —opinó Brian—. Y, por favor, no te calientes los cascos por nada.

—¡Por nada! —saltó Trixie, hecha una furia; y es que, en el fondo le molestaba que Brian no estuviera de acuerdo con ella. Él solía ponerse de su parte, cosa que Trixie le agradecía.

—Hablando de nada —les interrumpió Mart—. Yo no he probado nada desde la cena. Lo que nos hace falta, en este cobertizo, es una nevera rebosante de comida.

—Sólo ha transcurrido una hora desde la cena, pero si queréis podemos ir a Manor House —sugirió Honey—. Allí siempre tenemos la nevera a rebosar, y la señorita Trask dice que últimamente os echa de menos.

—Yo también la echo de menos —dijo Di dulcemente—. He estado tan ocupada con la excavación y los gemelos, que no he podido verla.

—Vamos —Mart saltó de la silla y fue corriendo a la puerta—. Esto de quedarnos aquí, hablando de comida, es una tortura. ¡Hay que buscar alguna cocina y solucionar el problema lo mejor que podamos!

Mientras los seis muchachos se encaminaban a casa de Honey, oyeron risas y música, provenientes de más allá de los árboles.

—Debe de ser en la excavación —opinó Trixie.

—Se oyen guitarras, y canciones —observó Di.

—¡Una fiesta! —dijo Brian—. Vamos a ver.

—¿Y la comida? —se lamentó Mart dramáticamente, llevándose

las manos al estómago.

—Olvídate de la comida un ratito —protestó Dan—. A lo mejor conseguimos un poco de diversión, a cambio.

—¿Y qué puede haber más divertido que comer? —murmuró Mart, siguiendo a los otros Bob-Whites a regañadientes por el sendero de tierra que llevaba al emplazamiento de la excavación.

Al llegar al claro, vieron que habían encendido un fuego de campamento. Los estudiantes estaban sentados alrededor de la hoguera, encima de leños o piedras, charlando o cantando. También el profesor Conroy estaba allí, y todo hacía pensar que la fiesta estaba en su mejor momento.

—Venid —les llamó, al ver a los Bob-Whites—. Necesitamos un tenor. ¿Alguno de vosotros tiene buena voz?

—A su servicio —respondió Mart, y entonó—: ¡Do-re-mi-fa-sol-la-si-do!

Los chicos se acomodaron donde pudieron, en el círculo, y reanudaron las canciones.

—¿Y Charles? —preguntó Brian, mirando en torno suyo.

—Está en la ciudad —contestó una de las estudiantes—. Va todas las noches.

—¿Para qué? —preguntó Trixie, muy interesada.

La otra muchacha respondió agitando sus largos cabellos dorados.

—Él se paga el curso de su bolsillo, conque tiene que trabajar todos los veranos para ganar dinero. Pero tampoco quería perderse la excavación, así que decidió hacer las dos cosas.

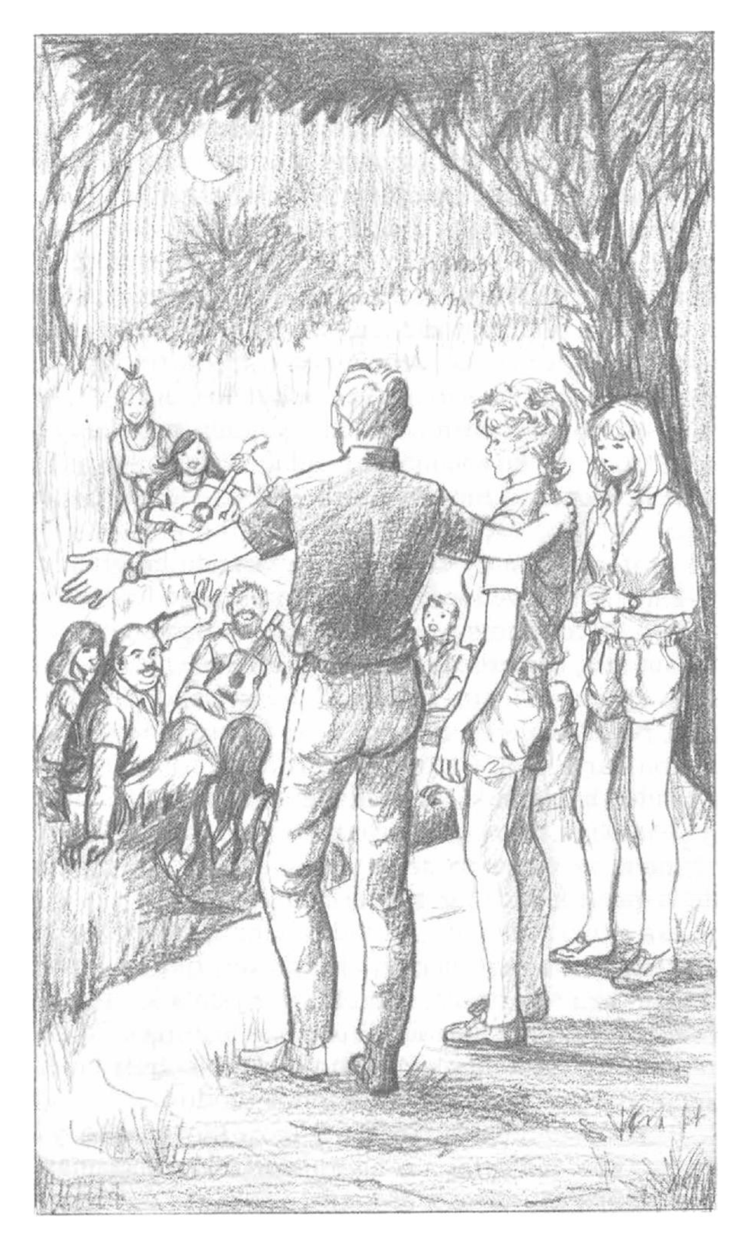
—¿Y cómo se las arregla para hacer las dos cosas a la vez? —preguntó Di.

—Trabaja en la excavación durante el día, y luego ha encontrado un empleo nocturno. De esa forma gana dinero y no se pierde los créditos del curso.

—¡Caramba! —exclamó Brian—. Eso debe ser muy duro.

Trixie tuvo un presentimiento, de repente. El hablar de Charles había vuelto a despertar sus inquietudes. Como todavía no había hecho amistad con los otros estudiantes, resolvió hablar con el profesor Conroy. Tal vez él pudiera explicarle de qué estaban hablando Charles y Harry en el bosque. Se levantó, y encontró un sitio al lado del profesor, en el círculo.

—¿No conocerá usted, por casualidad, ninguna leyenda sobre tesoros en esta zona? —preguntó Trixie entre canción y canción.



—Ah, sí —respondió el profesor Conroy. Sus ojos tenían el mismo brillo que cuando se disponía a dar alguno de sus breves

discursos—. Pero en regiones como ésta, de una relevancia histórica tan importante, lo que sobran son leyendas. ¡Uf! Yo podría pasarme la noche contándotelas. Ejem —se aclaró la garganta, estaba clarísimo que el contar cosas le hacía feliz—. Por ejemplo, se dice que el capitán Kidd (a quien vosotros conoceréis sin duda) enterró muchos tesoros a la orilla del río Hudson. Se supone que hay una cueva en alguna parte, en el Nido del Cuervo (muy cerca de aquí), en la que escondió parte de ese tesoro. También cuentan que enterró algo en la isla de Gardiners, que está en la bahía del mismo nombre, y también en Long Island. Pero nadie ha encontrado nada. Me imagino que en realidad no enterró ningún tesoro, y que se lo gastó todo. Ja, ja.

El profesor Conroy se lo estaba pasando en grande.

—También conozco leyendas de tesoros holandeses —prosiguió—. ¡Y con fantasmas! Hace mucho tiempo, una nave holandesa, cargada de tesoros, se hundió en el río Hudson. Los supervivientes sabían dónde había ido a parar el tesoro, pero las fuertes corrientes del canal y del río les impidieron dar con él. Claro que ellos habían jurado seguir buscando. Y, según la leyenda, en la marea baja, cuando hay luna llena, sus espíritus recorren el río en busca del oro, mientras un perro de caza blanco aúlla de espanto, ante la presencia de tan sombríos espectros.

A esa altura del relato, ya todos habían dejado de cantar y escuchaban en silencio al profesor, que lo contaba todo con una voz hueca, extraña, que ponía los pelos de punta, porque daba verosimilitud a sus historias. Trixie se arrepintió de haberle preguntado nada. No creía en fantasmas, naturalmente, pero de todos modos…

—Auuuú, Auuuú —aulló Mart; Trixie dio un salto, y los demás rieron—. Vamos a contar historias de fantasmas en torno al fuego —dijo.

—No, por favor, ya hemos tenido bastante por hoy —protestó Honey, asustada—. Además, se está haciendo tarde. Debo volver a casa. Todos nos levantamos temprano mañana.

—Tienes toda la razón, señorita Wheeler —dijo el profesor—. Habrá que irse a la cama. Mañana será un día muy largo, chicos.

Y se levantaron, pero, mientras se desperezaban, metían las guitarras en sus fundas o echaban tierra al fuego, Trixie buscó una

ocasión para preguntarle al profesor Conroy algo sobre Charles Miller.

—Ah, sí, señorita Belden —contestó con cautela—. Hablé con Charles Miller esta mañana sobre ese pequeño contratiempo. He decidido que Charles supervise el trabajo del cementerio indio solamente. Como jefe de la excavación entre los estudiantes, le conviene concentrarse en el área más importante. La zona del poblado tiene mucha menos importancia… pero no tan poca como para que vosotras dos os sintáis relegadas a un segundo plano, porque yo os haya asignado esa zona.

—Pero ¿qué hay de…? —empezó Trixie.

El profesor Conroy continuó:

—Charles es un estudiante excepcional… uno de los mejores que he tenido. Pero tiene problemas de dinero, y eso le pone a veces de mal humor. No creo que tengáis que preocuparos por él, chicas. Estoy seguro de que mañana os pedirá perdón.

Trixie asintió con la cabeza, pero se mostraba escéptica. *¿Disculparse? Lo creeré cuando lo vea* —pensó tristemente.

Al ver que los Bob-Whites se estaban despidiendo de la gente, Trixie dijo adiós al profesor y acudió al lado de sus amigos.

—Vaya una reunión, sin probar bocado —refunfuñó Mart, camino de casa—. Supongo que es demasiado tarde para hacer una pequeña visita a la nevera, ¿eh, Honey?

—Eso me temo, Mart —rio Honey—. ¿Sobrevivirás?

—Lo dudo.

El grupo se separó al llegar al cobertizo, y Honey se marchó a su casa corriendo. Dan acompañó a Di a la suya, para después ir a la del señor Maypenny, que era donde él vivía. Los tres Belden se encaminaron a Crabapple Farm.

Durante el trayecto, Trixie caviló sobre todo lo que había averiguado esa noche. Una idea la acosaba… Charles Miller necesitaba dinero desesperadamente. En lugar de calmar sus sospechas, ese hecho sólo subrayaba que Charles era culpable. *Los estudiantes de doctorado no tienen fama de ladrones, ni mucho menos* —pensó Trixie—. *Pero la mayoría no son tan pobres como Charles Miller. Y encima esa conversación tan rara con Harry en el bosque, el artículo del periódico, y la hostilidad que Charles sentía hacia ella y Honey. Todo era muy extraño… y, además,*

bastante difícil de entender.

Para cuando llegaron a casa, Trixie estaba demasiado cansada como para seguir pensando en Charles Miller. Subió despacio las escaleras, hasta su dormitorio, y agradeció que fuera hora de ir a la cama. Al día siguiente tenía mucho trabajo.

Un accidente misterioso • 6

AL DÍA SIGUIENTE, Trixie descubrió algo, en el segundo piso del hospital, que la asombró.

Cuando iba a meter su biblioteca rodante en la habitación 204, la puerta se cerró, dando contra un lado del carrito. Unas cuantas revistas cayeron al suelo. No vio quién era el paciente hasta que se incorporó con las revistas… y, del susto, casi volvió a dejarlas caer de nuevo.

—¡Profesor Conroy! —exclamó Trixie—. ¿Qué está haciendo usted aquí?

—Pues la verdad es que ni yo lo sé —respondió el profesor. Quiso forzar una sonrisa, pero se le quebró la voz—. Un golpe en la cabeza, aparentemente.

—¿Y cómo ocurrió?

—Eso es lo más extraño. Anoche me levanté, para ir al cuarto de baño, y ya no me acuerdo de nada más; aparecí aquí, en el hospital.

—¿Y qué opina el doctor? —preguntó Trixie, preocupada.

—Debo de haber tropezado con alguna rama o algo así. Hay peligro de conmoción. Tendré que quedarme aquí diez días, bajo observación. No puedo ni levantarme. ¡Terrible!

—¿Y la excavación? —balbuceó Trixie—. ¿Quién va a ocuparse de todo?

—Por suerte tengo a Charles —suspiró el profesor Conroy—. No sé qué haría sin él.

Trixie reflexionó un momento. Una idea cobró forma en su mente, y la idea no le gustaba en absoluto. *Por suerte, dice* —pensó—. *¡Tengo que ver a Honey… y enseguida!*

—¿Quiere alguna revista… algún libro? —preguntó Trixie, que tenía prisa—. ¿Necesita alguna cosa?

—No, gracias, Trixie —contestó débilmente—. Prefiero

permanecer amodorrado. No sé si puedo leer. El médico dijo que pasaría por aquí esta tarde y veríamos cómo me encuentro.

Trixie dijo al profesor Conroy que volvería a verle al día siguiente. Luego sacó el carrito rápidamente de la habitación y lo dejó en el pasillo. Entonces buscó a Honey.

Era casi la una cuando al fin encontró a su amiga, sentada junto a la cama de un anciano, leyéndole el periódico. Trixie controló su impulso de interrumpirles, y salió de la habitación. Dentro de unos minutos Honey habría terminado, y podría contárselo todo en el camino de vuelta a casa.

—¿No lo entiendes? —dijo Trixie; subían con sus bicis por Glen Road—. A Charles no le hizo gracia que el profesor Conroy le apartara del emplazamiento del poblado y le dio un golpe en la cabeza, de modo que pareciera un accidente. Ahora está a cargo de la excavación, ¡y hará lo que le dé la gana!



—Pues yo sigo sin entender por qué Charles quería que nos

fuésemos de allí. ¿Qué conexión hay entre el lugar que nos asignaron en la excavación y el tesoro? Además, Charles estuvo anoche trabajando.

—Pudo haber regresado en cualquier momento. O quizás haya sido Harry.

—¿Pues no decías que Charles era un ladrón? Los ladrones no atacan a nadie a menos que les pillen con las manos en la masa.

—Es una lástima que no veas las cosas como yo, Honey. Pero yo sé que algo pasa, y voy a averiguar qué es.

Las dos muchachas siguieron pedaleando. Como el profesor Conroy les había dicho que siguieran trabajando en la zona del poblado, fueron hacia allí. Sin embargo, al llegar, se encontraron con el arisco Charles sentado encima de un tronco.

—¿No os dije que os fuerais a trabajar a otra parte? —preguntó furioso—. Os pegáis como lapas.

—¿No te lo dijo él? —preguntó a su vez Trixie, levantando la barbilla—. Anoche lo consultamos con el profesor Conroy, y él dijo que te concentraras en el cementerio.

—Él no me dijo nada de eso —replicó Charles.

—¿Qué? —preguntó Trixie, perpleja.

—Escuchad —continuó Charles—. Yo soy el jefe de estas excavaciones, y os ordeno que os vayáis a otra parte.

Trixie se puso hecha una furia. Honey estaba confundida. Las dos habían oído al profesor Conroy decir que había hablado del tema con Charles. Uno de los dos mentía, y lo más seguro era que fuese Charles. Pero ¿cómo demostrarlo? ¿Y qué motivo tendría Charles para negarlo?

De pronto, Trixie tuvo una idea.

—De acuerdo —dijo Trixie en tono conciliador—. Lo que tú digas. Pero estamos preocupados por el profesor Conroy. ¿Cómo se habrá dado ese golpe, en plena noche…? Lo dejó inconsciente…

—¿Inconsciente? —Charles no pudo ocultar su sorpresa—. El golpe no le dejó inconsciente. Esta mañana se quejó, dijo encontrarse enfermo, una alergia o algo así. Se fue a ver al doctor. ¿Por qué dices que estuvo inconsciente?

—Porque me lo dijo en el hospital, esta mañana —dijo Trixie, observando cuidadosamente la expresión de Charles—. Los médicos creen que puede sufrir una conmoción.

Charles parecía confundido; luego murmuró que más tarde trataría de enterarse mejor, o algo por el estilo. Se apartó de las muchachas y consultó un mapa de los aspectos geológicos de la reserva, así como de sus accidentes geográficos.

Las chicas se despidieron sin más y fueron en busca de Brian.

—Obviamente, está mintiendo —murmuró Trixie. Trató de alejar a manotazos a una mosca que zumbaba a su alrededor, y luego no pudo evitar hacer un chiste al respecto—. ¿Sabes, Honey? Este bosque está lleno de insectos asquerosos… de los de seis patas, y de los de dos patas… ¡no sé si me entiendes!

No resultaba sencillo abrirse paso por entre los árboles. Era un día bochornoso, y amenazaba tormenta. Las dos amigas estaban tan perplejas como malhumoradas. Cuando encontraron por fin a Brian, él no les fue de mucha ayuda.

—Yo sigo pensando lo mismo sobre Charles Miller —dijo Brian a su hermana—. Charles es un tío estupendo. He pasado la mañana con él, en el archivo de la Sociedad Histórica. Pude observarle y hablar con él. Y no veo que tenga nada de raro, podéis creerme.

—¿Y qué estaba buscando Charles en el archivo? —preguntó Trixie, intrigada.

—Documentos y libros sobre la Revolución, para que lo sepas —repuso Brian. Pero había un brillo especial en sus ojos—. Ni un mapa, Trix, sólo diarios, cartas y esas cosas.

—Se supone que él está interesado en los indios, no en la Revolución Americana —dijo Trixie, y había ironía en su voz—. Eso es historia, no arqueología.

—No es cierto —dijo Brian, desarreglándole los cabellos—. ¿Acaso piensas que los indios desaparecieron en cuanto llegaron los primeros colonos? ¿Qué te crees? ¿Que les invitaron a la cena del Día de Acción de Gracias como emocionante despedida?

—No, supongo que no —concedió Trixie.

—Resulta que se produjo una mezcla —continuó Brian—. Muchas de las cartas y diarios de entonces mencionan las costumbres, la ciencia y las leyendas indias. ¿Te parece sospechoso?

—Puede que no —reconoció Trixie, pero tampoco estaba dispuesta a rendirse—. Tendré que llevar a cabo mis propias investigaciones. Y yo sigo diciendo que al profesor Conroy le golpearon anoche en la cabeza. Y Charles estaba enfadado con él,

¿o no?

—Quizás estuviera enfadado con él —dijo Brian, cuya paciencia estaba llegando al límite—. Pero eso no significa que le atacara de ese modo. Somos gente civilizada, no una pandilla de locos agresivos. Yo me enfado contigo de vez en cuando, pero no por eso voy a darte una paliza, ¿o sí?

—Brian, ojalá me tomaras más en serio —dijo Trixie, exasperada —. Yo no acusaría a nadie sin una buena razón. Y tú lo sabes.

—Esta vez creo que estás equivocada.

—Ya lo veremos —dijo Trixie—. Si pensaras en lo que te he dicho, verías que tengo razón.

A Honey le sorprendió ver a Brian y a Trixie discutir de ese modo. Normalmente los dos estaban muy unidos. Pero ahora ninguno de ellos parecía dispuesto a ceder. Trixie levantó la cabeza y se marchó hecha una furia. Brian se encogió de hombros y volvió a su trabajo.

Honey fue corriendo hasta alcanzar a Trixie.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Pronto lo verás —respondió Trixie—. Tengo un plan.

Trixie sacó su bici, que había dejado apoyada contra unas ramas, y se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Me voy a consultar ese archivo.

—¿Para qué? —preguntó Honey.

—Quiero ver si puedo encontrar lo mismo que Charles Miller estaba buscando en realidad —dijo Trixie—. Puede que al bobo de mi hermano le engañe, pero conmigo será distinto. Seguro que estaba buscando algo en concreto… el mapa de un tesoro enterrado. El guarda me dejará entrar, por ser hermana de Brian.

—¿Y no te vas a cambiar de ropa antes? —dijo Honey, mirándola de arriba abajo.

—No —dijo Trixie, un poco cansada—. Hace tanto calor que, para cuando llegue a la ciudad, estaré tan empapada de sudor como ahora. ¿Vienes conmigo?

—Por supuesto —respondió Honey—. De todos modos tenía que ir a la ciudad. La señorita Trask me pidió que le sacara un libro de la Biblioteca. Tenía que haberlo hecho al salir del hospital, pero se me olvidó. Mientras tú estés en el archivo, yo iré a la Biblioteca y cogeré el libro.

Las dos muchachas recorrieron Glen Road, procurando ir por la sombra. Esa tarde el calor era insoportable. Había un poco de brisa, pero caliente.

Finalmente llegaron a la Biblioteca, que estaba muy cerca de la Sociedad Histórica. Eran dos de los edificios más antiguos de Sleepyside. Rodeados de robles, se estaba bien en su interior aun en los días de más calor.

—La que acabe antes, que pase a por la otra —propuso Trixie; ella y Honey dejaron las bicis a la sombra de unos árboles.

—¿Tú vas a tardar? —le preguntó Honey.

—¿Y quién sabe? —respondió Trixie enigmáticamente—. Esto podría llevarme horas.

Cada una tomó una dirección; Trixie subió los peldaños de la Sociedad Histórica, restaurada recientemente. En el interior, encontró a Jake Hanson, el guarda. A él le encantó acompañarla a la sala de archivos.

—Estos días a la gente le ha dado por la historia —dijo mientras bajaban por la escalera de madera hasta el sótano, que estaba cerrado con llave—. Pero en fin, es estupendo que la gente joven saque tiempo para estudiar estas cosas.

Trixie asintió, y fue detrás del señor Hanson, un hombre pequeño, frágil, encorvado.

Hasta donde le alcanzaba la memoria, Trixie le recordaba de guarda en la Sociedad Histórica. Cuando ella era pequeña, hasta creía que el señor Hanson vivía en estas salas amplias, silenciosas, antiguas… una antigüedad más, entre tantas otras.

—Sí, señorita —continuó él abriéndole la puerta—. Es importante que conozcáis la historia. Bueno, cuando quieras marcharte, me avisas para cerrar la puerta.

Dentro de la sala de archivos había filas y filas de estantes acristalados repletos de libros, además de unos cuantos revisteros. En el centro de la sala destacaba una mesita de madera con dos sillas enfrentadas. Encima de la mesa había un libro abierto, con las tapas de cuero, con un gancho para cerrarlo.

Acomodándose en una de las dos sillas, Trixie se acercó el libro y echó una ojeada. Parecía un diario, y estaba abierto en la fecha del 3 de enero de 1777. Trixie leyó en silencio; la escritura a mano estaba medio borrada, y resultaba casi indescifrable. Decía:

> «Pese a haber trabajado con gran celo para establecer la falsedad de las pruebas que me acusan de haber participado en este infame levantamiento, tengo razones para temer que pronto seré desenmascarado. La reciente declaración, o resolución, del nuevo gobierno ilegítimo me hace temer lo peor. Se castigará con la pena de muerte a todo aquél que haya ayudado, aun indirectamente, a cualquier aliado del legítimo rey Jorge».

> «Quiero enterrar todo el oro que poseo en cierta cueva que sólo yo conozco. De este modo, caso de ser apresado, estos patriotas de pacotilla no pondrán la mano en la fortuna de mi familia; no quisiera que la utilizaran para sostener su desgraciada guerra contra nuestro soberano. Caso de que yo sobreviva, reclamaré el oro. Mi único miedo estriba en que las privaciones de esta guerra transformen el paisaje hasta tal punto que ni yo mismo consiga encontrar jamás el tesoro. Dios dirá».

A Trixie se le formó un nudo en la garganta. Quienquiera que hubiera escrito aquello estaba hablando de un tesoro enterrado. Y quienquiera que lo hubiera estado leyendo antes de que ella entrara en la sala estaba, lógicamente, buscando ese tesoro. Trixie cogió el libro y lo hojeó rápidamente, para ver a quién pertenecía. Azarosamente, el diario quedó abierto, mostrando una página amarillenta, con un dibujo.

Al inclinarse para ver mejor, Trixie se dio cuenta de que era un mapa.

—¡Ay, ay, ay! —Trixie soltó un grito de sorpresa.

En el mapa, toscamente trazado, aparecían varias carreteras, un bosque, tres colinas, un nombre «Depew», y una X muy grande, junto a algo parecido a la entrada de una caverna.

—¡Aquí está! —balbuceó Trixie—. Pero yo no puedo sacar el libro de la sala de archivos. ¡Oh, no! ¿Qué hacer?

Trixie trató de aprenderse el mapa de memoria, pero en vano. No había más remedio que hacer una copia, pero ¿cómo? Buscó desesperadamente una hoja de papel, pero en esa sala no había ni papel ni lápiz. Al cerrar el libro, leyó el nombre en la tapa: «Edward Palmer».

Entonces recordó quién era Edward Palmer. Había oído hablar de él en clase de historia. Fue un espía que trabajaba para el partido conservador inglés, y lo ahorcaron en la Colina del Patíbulo, muy

cerca de Sleepyside, en 1777. Sabiendo que la fecha del diario databa del 3 de enero de 1777, era fácil suponer que a Palmer le detuvieron y colgaron poco tiempo después. Era imposible saber si había tenido tiempo de regresar a la cueva, para coger su oro. Lo que significaba que ese oro seguía enterrado… ¡y que alguien, aparte de Trixie Belden, lo sabía!

Llamaré al señor Hanson —pensó Trixie—. *Estoy segura de que el bibliotecario me dejará papel y lápiz. En un minuto lo tendré todo listo*.

Apartó la silla, que hizo un ruido muy desagradable. Luego abrió la puerta de la sala de archivos y subió corriendo la oscura escalera que, en tinieblas, llevaba al piso principal.

La pista robada • 7

TRIXIE consiguió llegar a la puerta principal sin que Jake Hanson la viera. Sabía que, caso de que el señor Hanson la sorprendiese marchándose, cerraría la puerta con llave, y luego ella tendría que perder un tiempo precioso convenciéndole para que le dejara entrar de nuevo. Peor aún, como ya era casi la hora de cerrar, tal vez no le permitiese volver a entrar. Y entonces el mapa y el diario habrían de esperar hasta mañana, y mañana podría ser demasiado tarde.

Trixie salió corriendo del edificio. Después de las tinieblas de la sala de archivos, tuvo que acostumbrar sus ojos a la luz del sol. Fue entonces cuando vio un Volkswagen amarillo aparcado junto al bordillo, delante del edificio.

Al oír los pasos de Trixie, el hombre levantó la vista. ¡Era Harry!

Trixie se quedó boquiabierta. ¿Qué estaría haciendo Harry en la Sociedad Histórica? Ella creía que era Charles quien estaba interesado en los archivos. Entonces recordó algo… los dos hombres estaban igualmente interesados por los materiales históricos. ¿Acaso no había tratado de un mapa la conversación que ella entreoyó en el bosque? Y todo apuntaba al mapa de algún tesoro.

El sol de la tarde caía de plano sobre la luna del auto, y el hombre no pudo verla. Forzó la vista, y pareció reconocerla. Harry lanzó una maldición, arrancó el coche y se perdió de vista al doblar la esquina.

¿Qué le pasará? —pensó Trixie—. *¿Por qué le ha dado tanta rabia verme? ¡El mapa! ¡Puede que sepa que he encontrado el mapa! Ay, ay, ay. Más vale que haga una copia de ese mapa cuanto antes. Luego esconderé el libro en donde sea, en uno de los estantes.*

Trixie fue corriendo hasta la Biblioteca y se llevó a Honey casi a rastras.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Honey, murmurando una protesta.

—¡Deprisa! —le urgió Trixie, tratando de recobrar el aliento—. ¿Tienes lápiz y papel?

—No —dijo Honey—. ¿Qué ocurre? ¡Me haces daño!

—Lo verás enseguida, pero ahora no tengo tiempo para explicártelo. Pídele al bibliotecario papel y lápiz, por favor. Te espero en el archivo.

Honey hizo prontamente lo que Trixie le había pedido, pero estaba hecha un lío.

En la acera, Trixie se puso a correr, y Honey hubo de imitarla para no perderla de vista.

—Espero que todo este jaleo valga la pena —le advirtió Honey mientras las dos muchachas bajaban por las escaleras a la sala de los archivos.

—No lo dudes —respondió Trixie con una sonrisa enigmática—. Pero quiero que sea una sorpresa.

¡Y menuda sorpresa le esperaba a Trixie al abrir la puerta de la sala! No había nada encima de la mesa… El libro forrado en cuero había desaparecido.

—¡Pero si estaba aquí mismo! —gritó Trixie—. Lo dejé hace menos de cinco minutos.

—¿Qué estaba aquí, Trixie? —preguntó Honey, exasperada—. Venga, ¿quieres decirme qué está pasando?

—El diario y el mapa —se lamentó Trixie—. ¡Espera! Puede que alguien lo volviera a colocar en el estante…

—¿Qué diario? ¿Qué mapa? —insistió Honey, observando a Trixie, que registraba frenéticamente los estantes.

—El diario del espía Edward Palmer, naturalmente —respondió Trixie, algo distraída—. Y el mapa en el que indica dónde escondió su tesoro.

—Repítemelo, Trixie Belden —dijo Honey—. ¿Que has encontrado un diario y el mapa de un tesoro?

—Eso es exactamente lo que encontré —confirmó Trixie, volviendo la cabeza para mirar a su amiga—. ¡Eh, un momento! Esta carpeta amarilla no estaba en esa silla antes. Alguien debe de haber bajado mientras yo estaba en la Biblioteca.

Súbitamente, se produjo un golpetazo en la sala. Trixie y Honey

saltaron del susto.

—Sólo es esa ventana —susurró Trixie, lanzando un suspiro de alivio—. El viento la habrá forzado.

Yen efecto, había una ventanita en lo alto, colgando. Se le había caído alguna bisagra. La cerradura de la ventana golpeaba una y otra vez contra el marco de metal.

—Esa ventana no estaba abierta antes —aseguró Trixie con desconfianza.

Y entonces, Trixie se dio cuenta de que habían acercado una de las sillas a la pared, bajo la ventana. Rápidamente, se subió a la silla. Se cogió con las dos manos de la parte inferior de la ventana, y mediante una flexión logró subir hasta poder ver el exterior.

—¡Mira! —gritó—. Hay alguien corriendo por el césped.

Honey se acercó a ella, encima de la silla.

Y sí, un hombre de cabellos oscuros se alejaba corriendo por el césped, en dirección a los altos matorrales que rodeaban el edificio. Trixie vio que llevaba algo pequeño, rectangular, marrón, en la mano.

—¡Eh, usted! —aulló Trixie—. ¡Vuelva con eso!

Pero el hombre ni se paró ni se volvió.

—¡Ya está claro! —Gruñó ella—. ¡Apuesto a que fue Charles! Él robó el diario. Harry tenía aparcado el coche ahí afuera cuando yo salí. Lo más probable es que avisara a Charles de que el terreno estaba despejado, para que pudiera seguir trabajando en el libro. Al oírnos volver, sólo le quedaba una opción: salir por la ventana. Por eso acercaron la silla.

—Vamos a seguirle —dijo Honey enseguida.

Y las dos muchachas subieron a toda prisa la escalera, llegaron corriendo hasta la puerta, y atravesaron hasta la parte de atrás del edificio. Pero el hombre había desaparecido.

—Estoy segura de que era Charles Miller —dijo Trixie, con más calma esta vez—. Ese diario era justo lo que él andaba buscando. Habrá dado con el mapa esta mañana, cuando estuvo en la sala del archivo con Brian. Pero claro, no iba a llevárselo ante los propios ojos de Brian, así que tuvo que regresar a por él.

—Volvamos a registrar el archivo —razonó Honey—. Es posible que el diario o el mapa sigan allí. Quizás no fuera eso lo que tenía en la mano.

—Puede que tengas razón —dijo Trixie.

Volvieron a entrar en el edificio, pasando por delante de Jake Hanson, que les dedicó una sonrisa y las saludó inclinando ligeramente la cabeza.

—Cuando hayáis terminado, me lo decís —les dijo—. Ya es casi hora de cerrar, ¡pero disfrutad de la historia, entretanto!

De nuevo en la sala, enfrentada a todos aquellos libros, Trixie entendió que la tarea era imposible.

Pensó que tal vez Jake Hanson hubiera guardado el libro, y temió perder el tiempo buscándolo. Luego, al ver la carpeta amarilla, en la silla, Trixie tuvo una idea. *Me pregunto…* —pensó.

Colocó una hoja de papel encima de la carpeta y, con la punta del lápiz, se puso a frotar ligeramente. Una vez que tuvo cubierta de grafito toda la hoja, aparecieron unas leves líneas blancas. ¡Era una copia hecha a mano del mapa!

—Mira esto, Honey —dijo Trixie—. ¡Es el mapa! Quienquiera que haya bajado aquí, hizo una copia igual que la que iba a hacer yo. Seguro que al oír que volvíamos, cogió su copia del mapa y el libro, para que no pudiéramos calcarlo nosotras.



—¿Y es eso? —preguntó Honey, contemplando el vago bosquejo que Trixie había conseguido al frotar con la punta del lápiz.

—¡Sí! —asintió Trixie, muy orgullosa—. Charles no sabía que yo podría obtener una impresión frotando con la punta del lápiz en el trazo invisible del dibujo que él hizo a mano. ¡Un viejo truco de detectives!

—¿Y esa palabra? —preguntó Honey, estudiando el dibujo—. La X y los caminos están muy claros, pero podrían estar en cualquier parte.

Trixie caviló un momento, procurando recordar.

—Ya lo tengo. En el mapa sólo había una palabra… «Depew». Ahora lo que tenemos que hacer es averiguar si ese nombre corresponde a algún lugar de esta región.

—A mí no me suena nada —dijo Honey—. Puede que el mapa no sea de esta zona.

—No —replicó Trixie—. El mapa es de algún sitio de por aquí.

Por eso a Charles y Harry les interesa tanto.

—¿Por qué no volvemos a la Biblioteca? A lo mejor el bibliotecario puede ayudarnos.

—Buena idea —dijo Trixie—. Mejor será que cerremos la ventana. Parece que va a llover.

Las dos muchachas cerraron la ventana, y volvieron a colocar la silla en su lugar.

—Yo me llevo la carpeta —dijo Trixie, cerrando la puerta a sus espaldas—. Necesito una prueba de que este dibujo lo obtuve frotando.

—Sí, y lo usaremos para tomar nota de lo que pase —sugirió Honey.

Trixie y Honey subieron despacio las escaleras. Jake Hanson estaba sentado a su mesa, cerca de la entrada.

—¿Y qué, chicas? —dijo—. ¿Habéis encontrado algo interesante?

—Sí, señor —contestó Trixie—. Interesantísimo. Pero ya hemos terminado, así que ya puede echar el cerrojo.

El señor Hanson apartó la silla lentamente y fue hacia la escalera.

—Sí, señorita —dijo riéndose—. Da gusto ver a unas jovencitas tan entusiastas. Estos archivos interesan a muchos jóvenes, de lo cual me alegro. Siempre se aprende de los errores de la historia, ja, ja. Casi todo el mundo espera, para leer la historia, a la vejez, y para entonces ya han cometido todos sus errores.

—Muchas gracias, señor Hanson —le dijo Honey.

—De nada, damita —replicó desde la escalera—. Pasaos por aquí siempre que queráis.

Trixie y Honey volvieron andando a la Biblioteca. En el interior se estaba fresco, y reinaba un silencio solemne. Trixie tenía calor, se acercó a una fuente, y dejó un buen rato que le corriera el agua fría por las muñecas. Honey estaba tan fresca como una rosa. Cuando se sintieron bien del todo, fueron a Información.

—Pues no lo sé —murmuró la señora Field, la bibliotecaria—. Depew… no me suena. Pero tengo unos cuantos libros que tal vez os sirvan de ayuda. Están en la colección municipal, conque me temo que no podréis sacarlos de la Biblioteca.

—Da lo mismo, señora Field —repuso Trixie—. Lo estudiaremos

en una de las mesas.

—Entonces esperadme aquí —dijo la encargada con gesto amable—. Volveré enseguida.

Trixie y Honey se dejaron caer en las cómodas sillas de madera, metiendo los pies debajo de la mesa.

La señora Field regresó muy pronto con varios volúmenes antiguos.

—Bueno, no sé cuál de éstos os servirá —dijo, poniéndolos encima de la mesa—. Yo empezaría por La Historia de la Provincia de Nueva York. La escribió William Smith en 1757, y puede que incluya una lista de las antiguas familias.

—También están las Cartas de un Granjero Americano, de St. John de Crévecoeur. Ah, y este libro de arquitectura a lo mejor os sirve, porque describe algunas de las casas más importantes del periodo prerrevolucionario. Tal vez la familia en la que estáis pensando aparezca mencionada aquí.

—Ay, gracias —dijo Trixie. Forzó una sonrisa, que le salió falsa. Todos aquellos librotes con sus letras diminutas la habían asustado.

—De nada, Trixie —dijo la mujer—. Y si necesitas alguna otra cosa, me avisas. Estaré en mi mesa.

—¡Uf! —suspiró Trixie cuando la señora Field se alejó—. ¡Vaya tochos! Nos vamos a pasar toda la semana buscando.

—No, tonta —dijo Honey, abriendo uno—. Para algo están los índices. Si no vemos el nombre en el índice, no hace falta que miremos el resto. Así iremos mucho más rápido.

—Puede que sea fácil para ti —murmuró Trixie—. A ti te va esta clase de cosas.

—Deja de llorar y lee —repuso Honey riéndose—. Tendremos la respuesta enseguida.

Pero dos horas más tarde, a la hora de cerrar, las chicas no habían averiguado nada de ninguna familia llamada Depew. De hecho, ese nombre no aparecía por ninguna parte. Al final estaban desesperadas.

—¿Y ahora qué? —murmuraron después de devolverle los libros a la señora Field y darle las gracias.

—Ahora, a casa —dijo Honey—. Nos merecemos un descanso.

—A mí no me apetece descansar —replicó Trixie tristemente—. ¿Por qué no salimos a pasear a caballo? No parece que vaya a

llover.

—¡Qué buena idea! —respondió Honey—. Regan va detrás de mí, para que saque a los caballos. No he tenido ni un minuto libre desde que empezamos a trabajar en la excavación.



—Puede que el paseo nos aclare las ideas —dijo Trixie, montándose en la bici.

Los Wheeler tenían una cuadra con varios caballos, y eran los Bob-Whites los encargados de sacarlos a pasear. El caballo de la señora Wheeler, Lady, era el favorito de Trixie. Era una yegua gris que se movía como loca mientras la ensillaban.

Normalmente, había que volver a ajustar las cinchas al cabo de un rato, porque la silla de montar se caía. Susie era una hermosa yegua negra que Trixie y Honey le habían regalado a la señorita Trask con el dinero de la recompensa obtenida al resolver un caso. Pese a que Honey tenía su propio caballo, a menudo salía a pasear a lomos de Susie, que era tan agradecida.

A Regan le alegró ver a las muchachas, y ensilló a Susie y a Lady en un santiamén.

—No conviene que pasen demasiado calor —les advirtió, mientras salían de las cuadras—. Y volved pronto; luego las cepilláis y las devolvéis a su sitio. Y tened cuidado.

—Lo tendremos —dijo Honey, y ella y Trixie salieron al trote. Bill Regan se tomaba su trabajo muy en serio. Si alguien no ponía cuidado al cabalgar, o al limpiar a los animales, se ponía hecho una furia.

—¡Hasta luego! —le gritó Trixie sobre la montura—. Y no te preocupes por nosotras. Siempre tenemos cuidado.

El trote se transformó en galope, y las dos muchachas tomaron uno de los caminos de tierra que se adentraban en el bosque.

Más información • 8

EL CAMINO SOMBRÍO que Susie y Lady siguieron, pronto llegó al cruce de Glen Road. Las dos muchachas miraron a un lado y al otro, comprobaron que no venía ningún vehículo, y espolearon a los caballos para cruzar la carretera y meterse por otro sendero. Siguieron uno un rato, y luego tomaron otro de los muchos que se metían hasta el corazón del bosque. Éste pasaba por las excavaciones, pero a las chicas no les importó.

—Es tarde —dijo Trixie—. Charles, seguramente, ya se ha marchado a la ciudad. ¿Por qué no nos pasamos por la zona del poblado indio para ver si hay algún parecido con el mapa?

No tardaron los caballos en llegar a la parte del bosque infestada de insectos, que era donde se creía que estuvo el poblado. No había nadie, conque Trixie se bajó del caballo y se puso a examinar el terreno. De repente se detuvo.

El pequeño claro subía gradualmente formando una pendiente. Trixie estaba junto a un árbol caído. A pocos metros, delante de ella, habían cavado un agujero tremendo, y se veía tierra fresca alrededor del hoyo.

—¡Huy! —dijo Honey, soltando un silbido de admiración al llegar al lado de Trixie para ver el hoyo—. Alguien ha estado muy ocupado esta tarde.

—Desde luego —coincidió Trixie—. Y no parece que haya seguido unos métodos demasiado arqueológicos, ¿eh?

—No, esto lo han hecho con un pico y una pala —dijo Honey—. Se tardaría un año en conseguir un hoyo así con la herramienta que nos dio el profesor Conroy.

—Desde luego —dijo Trixie—. ¡Aquí no se han andado con pies de plomo! Puedes apostar a que el que hizo este hoyo no estaba buscando ningún objeto indio. ¡Estaba buscando otra cosa!

—A menos, por supuesto, de que no haya sido un arqueólogo —

dijo Honey con una sonrisa irónica.

—Ah, no, yo creo que este hoyo es obra de un arqueólogo —murmuró Trixie—. Y sólo se me ocurre uno que pueda haberlo hecho.

—Cierto. ¡El mismo que cree haber encontrado el mapa de un tesoro en la sala de archivos de la Sociedad Histórica!

—Puede que tenga el mapa del tesoro —dijo Trixie sonriendo—, pero, por el aspecto del hoyo, no creo que haya dado con ningún tesoro todavía. ¿Y tú?

—No.

—Se habrán equivocado de lugar —dijo Trixie con una carcajada mientras volvía a montarse en su caballo—. Bueno, ojalá le divierta hacer hoyos.

Honey también se echó a reír.

—¡Pues parece que aún les queda bastante terreno que cavar!

Se alejaron cabalgando del poblado. Había refrescado, así que decidieron seguir paseando un rato más antes de volver a las cuadras. Escogieron una senda que corría entre zarzamoras. Pararon un momento; arrancaron las moras más maduras y se las comieron. Trixie decidió que deberían regresar a los pocos días para recoger las demás, antes de que se las comieran los pájaros. Sabía que su madre haría con ellas su inimitable mermelada de moras.

Siguieron cabalgando hasta llegar al límite de la finca de la señora Vanderpoel, y después dieron media vuelta. Al pasar junto al huerto, Trixie tiró de las riendas. Allí estaba el viejo Brom. Era un anciano gordinflón, con unas patillas larguísimas, blancas, y vivía en una cabaña, en un terreno que había pertenecido a su familia desde el siglo diecisiete. Ahora el terreno quedaba dentro de la reserva forestal de los Wheeler. Orgulloso, y también tímido, cuando el viejo Brom hablaba era como si se abriese un libro de las leyendas más fabulosas de fantasmas; él disfrutaba de lo lindo contándoselas a los niños de por allí.

—Vamos a preguntarle a Brom si conoce ese nombre, «Depew» —sugirió Trixie—. Al fin y al cabo, él conoce esta región mejor que nadie.

Las chicas desmontaron, ataron las riendas a la valla, y se acercaron al viejo Brom.

—Hace un buen día, ¿eh? —murmuró; la barba le ocultaba los

labios—. ¿Os apetece una manzana?

—No, Brom, gracias —dijo Trixie—. Tenemos una duda, y pensamos que a lo mejor tú podrías ayudarnos.

—No sé —replicó Brom, algo nervioso. Entonces le brillaron los ojos—. Tal vez.

—¿Alguna vez has oído el nombre de «Depew» por estos lares? —preguntó Honey—. Nosotras creemos que se trata de alguna antigua familia de esta región.

—Depew —dijo Brom muy despacio—. Naturalmente que he oído hablar de los Depew. Eso sí, hace muchísimo tiempo. Es una vieja historia.

—¿En serio? —balbuceó Trixie—. ¿Dónde vivían?

—Aquí mismo —dijo Brom con una sonrisa tímida—. Bueno, no exactamente aquí. Allí atrás, Glen Road abajo. Al otro lado de tu casa, Honey. Allí se levantaba una mansión magnífica, pero un misterioso incendio, que quedó sin aclarar, la destruyó en tiempos de la Revolución. Nadie la ha vuelto a reconstruir.

—Todas estas tierras eras suyas, de los Depew. Hay quien dice que el hijo se volvió loco a causa del incendio. Yo no os lo puedo asegurar, claro, pero el caso es que jamás volvió. Desapareció. Luego compraría las tierras la familia que construyó tu casa, Honey.

Trixie lanzó a Honey una mirada de advertencia.

—Todo esto es interesantísimo, Brom —dijo Honey muy despacio. Entendió que probablemente fuera mejor no hablar de por qué querían saber la historia de los Depew.

—Ha sido un placer —comentó Brom—. De hecho, conozco una historia estupenda que trata de fantasmas y los Depew, pero ya os la contaré la próxima vez que os vea. Ahora he de ir a ver a la señora Vanderpoel. Prometí llevarle unas manzanas. Va a hacer una tarta.

—Y te dará a probar, ¿eh? —preguntó Trixie alegremente—. Ella hace las tartas más sabrosas del mundo.

—Así es —contestó Brom—. Yo me pasaría la vida llevándole manzanas si supiera que me iba a invitar a probar su tarta.

—Gracias por tu ayuda —dijo Trixie—. Nosotras también tenemos que volver. Regan se enfadará si cansamos a los caballos más de la cuenta.

Trixie y Honey se despidieron del viejo Brom y regresaron al trote a Glen Road. Sabían que llegarían antes por la carretera que

por los caminos de tierra; además, estaba oscureciendo.

—¡Vaya una sorpresa! —suspiró Trixie—. Los Depew tenían la mansión justo aquí, en el bosque. Apuesto a que la cueva estaba donde Charles cree haberla localizado.

—Sí —opinó Honey—. Habrá que estudiar mejor el mapa. Si Charles va por el buen camino, nosotras también.

—Yo preferiría que todos los Bob-Whites investigásemos juntos este asunto —dijo Trixie—. Convocaremos una reunión para esta noche, después de la cena.

Aquella noche, en el cobertizo, Trixie explicó lo sucedido a los Bob-Whites presentes. Di y Dan se acomodaron en el suelo, mientras Mart iba de un lado a otro comiendo galletas que había traído en una caja gigantesca. También estaba Reddy, que observaba a Mart como quien ve un partido de tenis. Adelante y atrás, adelante y atrás iba la cabeza de Reddy. Brian parecía aburrido.

—Cuando Charles se llevó el diario, hice una copia de lo que había dibujado en la carpeta —dijo Trixie—. Aquí mismo tengo la copia del mapa. El único problema era averiguar dónde estaba la casa de los Depew. Por suerte, nos encontramos con el viejo Brom, y él nos dijo que toda la reserva forestal de los Wheeler perteneció hace mucho tiempo a la familia Depew. La casa estaba al otro lado de la carretera, enfrente de Manor House, es decir, muy cerca de las excavaciones.

—Muy interesante, señorita Belden —murmuró Mart, que tenía la boca llena de galletas—. ¿De dónde te llega la inspiración?

Trixie hizo caso omiso del comentario de Mart y continuó hablando.

—Mi teoría es la siguiente: Charles Miller supo, de alguna forma, que en esta región había un tesoro, y decidió buscarlo. Pero el profesor Conroy le estropeó los planes, primero nombrándole jefe de la excavación, y luego encargándonos a nosotras el lugar exacto en el que Charles creía que estaba enterrado el tesoro. El problema fue que Honey y yo nos entrometimos. Primero aparecimos en el emplazamiento del poblado; luego encontramos el diario que él había dejado en la mesa de la sala de archivos.

—Yo creo que deberíamos echar un vistazo todos juntos a la zona del poblado indio antes de que Charles vuelva de la ciudad, mañana por la mañana —dijo Honey—. Sabemos que ya ha

empezado a buscar el tesoro, porque vimos con nuestros propios ojos un hoyo gigantesco esta tarde, al pasar por allí con los caballos.

—Enséñame el mapa en cuestión —dijo Mart—. Esta teoría no me parece demasiado convincente por ahora.

Trixie metió la mano en el bolsillo de sus pantalones cortos y sacó la copia que había hecho y otro papel.

—La volví a copiar, para que fuera más fácil de ver —dijo, pasándole a su escéptico hermano las dos hojas.

Mart examinó el mapa, y luego dijo, encogiéndose de hombros:

—Bueno, ¿y por qué no? Ir en busca de un tesoro siempre es divertido. Y si no damos con ninguno, al menos podremos cazar luciérnagas.

—Bah, yo no estoy dispuesto a dejarme llevar al huerto por semejante locura —dijo Brian en tono despectivo—. No creo ni una palabra de todo ese rollo del tesoro, y, lo que es más, me parece que respecto a Charles os equivocáis de cabo a rabo.

A Trixie le sentó muy mal que Brian no la tomara en serio, pero eso no bastó para detenerla.

—Lo siento. Tu ayuda nos habría venido muy bien —dijo a su hermano—. Pero sé que necesitas más pruebas; daré con ellas tarde o temprano.

Brian fue a la puerta.

—Yo también lo siento, Trix. Pero en este misterio no estoy nada interesado. Me borro.

Y la puerta se cerró tras él.

Hubo un silencio breve después de que Brian se hubo marchado. Luego Dan preguntó:

—¿Tenemos linternas aquí? Sería absurdo meterse en el bosque sin ver ni torta; sólo conseguiríamos tropezar entre nosotros.

—Aquí hay dos —señaló Di—. Lo que significa que nos hacen falta tres más.

—Iré al garaje a por ellas —dijo Honey, yendo hacia la puerta—. Sé dónde las guardan.

Honey regresó momentos después, y los cinco salieron a investigar.

—¡Qué emoción! —dijo Mart—. Tenemos que hallar el tesoro antes de que los mosquitos nos coman vivos.

Caminando a buen paso, los Bob-Whites llegaron al lugar del

poblado indio siguiendo una de las sendas más apartadas. No querían que ninguno de los estudiantes descubriera su presencia. Reddy iba de un matorral a otro, haciendo un ruido de mil demonios. Trixie trató de hacerle callar, y le ordenó que fuera a su lado, pero todo en vano. A Reddy le excitaba el olor de los animalillos del bosque, y no se dejaría domar. Risas y canciones les llegaban de más allá de los árboles. ¡Ah! Estaba clarísimo que ni la traca más explosiva delataría a los Bob-Whites; los estudiantes se divertían, tenían fiesta; para qué preocuparse de otra cosa.

Cuando llegaron al poblado, Trixie se puso a cavar con las manos en el pequeño saliente en que Charles había iniciado su búsqueda. A su espalda salieron volando puñados de tierra. Dan se dedicó a hundir un palo que había encontrado aquí y allá, por ver si había alguna parte de terreno más blanda. Mart iba de un lado a otro, dando sabios consejos que nadie escuchaba.

—Mart, ya que eres tan listo —dijo Trixie, un poco harta, levantando la vista del hoyo—, ¿por qué no te acordaste de traer una pala? No es nada fácil cavar con las manos.

—Muy hábil —dijo Mart, rascándose la barbilla—. Eres muy hábil… para ser una novata.

—¡Y tan novata! —bufó Trixie.

Reddy, inspirado por Trixie, empezó a cavar su propio hoyo, al lado de su amita. A los pocos segundos, Trixie estaba toda llena de tierra, desde los pies a la cabeza.

—¡Para, Reddy! —le riñó.

Reddy se puso a dar saltos, besuqueando a Trixie, y luego volvió, contentísimo, a su faena.

—Deja que el perro haga el trabajo más sucio y duro —ironizó Mart.

Entre tanto, Dan y Di habían estado estudiando el mapa, a la luz de sus linternas.

—Si existe una cueva por aquí, tendría que estar hecha de arcilla —señaló Dan pensativo—. Por esta zona no hay ninguna formación rocosa, así que la caverna tiene que ser subterránea. Desde luego, no la encontraremos en ese montecillo. Creo que Charles no escogió el lugar correcto.

—¿Aquello no es un árbol? —preguntó Di, señalando un punto en el mapa—. Me figuro que ahora el árbol debe de ser enorme,

pues han pasado más de dos siglos.

—¡Un momento! —exclamó Trixie—. Puede que este tronco sea parte de aquel viejo árbol. Desde luego, por el tamaño, debe de tener más de doscientos años. Los otros árboles de por aquí parecen mucho más jóvenes, como si los hubieran repoblado. No son muy altos, y tienen los troncos delgados. Puede que esta zona fuera un prado en otros tiempos.

—Todo eso no es más que una conjetura ridícula e incomprobable sin tener una pala —dijo Mart pomposamente—. Me alegro de haber pensado en ello.

—¿Tú qué vas a pensar? —protestó Trixie.

Honey le dio un codazo cariñoso a Trixie.

—Claro que sí —dijo Honey con una sonrisa irónica—. Y como la idea ha sido suya, tendrá que ser él quien vaya a por la pala.

—Bien dicho, Honey —dijo Trixie riéndose—. Y ya que vas, trae dos… no pesan tanto.

—Mejor será que te acompañe —se ofreció Dan—. No queremos que te pierdas en el bosque.

—Yo jamás me perdería en el bosque —repuso Mart mientras los dos salían del claro—. Pero me alegra que vengas conmigo. ¡Alguien tiene que llevar las palas!

Las chicas oyeron las risas de Dan.

—Por eso te llevo a ti, Mart —bromeó.

Reddy salió disparado detrás de los muchachos.

—Allá va nuestra máquina excavadora —dijo Trixie—. Vamos a sentarnos a esperar a que traigan las palas.

Honey se rio y se arregló los cabellos.

—Tienes razón —dijo—. No tendría sentido destrozarnos las uñas por algo tan vulgar como un tesoro.

—¿Las uñas? —replicó Di—. Más fácil es que nos torzamos el tobillo, no se ve ni castaña. Esto de descansar no sólo es un placer; también es lo más sabio, en mi opinión.

Y las tres muchachas se sentaron a esperar.

El fantasma • 9

TRIXIE, HONEY Y DI se sentaron muy juntas sobre el tronco del árbol caído y escucharon. El crujir de las pisadas de Mart y Dan fue perdiéndose. Pronto sobrevino el silencio, y a Trixie le recorrió un escalofrío la espina dorsal.

—Sí que está oscuro este bosque —comentó Honey, asustada.

—No tanto —respondió Trixie, queriendo parecer despreocupada. Entonces miró a su alrededor. El sol ya se había hundido en el horizonte—. Bueno, un poco oscuro sí que está —reconoció.

—A mí el bosque, de noche, me pone la carne de gallina —protestó Di—. Con lo bien que estaría en casa.

—¿A qué viene eso? —atajó Trixie en voz alta. Confiaba en que sus palabras animaran a sus amigas… y a ella misma—. Esto va a ser increíblemente emocionante. Los chicos volverán enseguida, ¡y entonces empezaremos de verdad a buscar el tesoro!

Pero sonaba falsa la voz de Trixie. El optimismo resultaba forzado.

Al cabo de unos segundos, como si se hubieran puesto de acuerdo, las tres amigas se arrimaron aún más sobre el tronco. Ya estaban hombro con hombro.

—¿Vosotras… vosotras creéis que habrá fantasmas en el bosque? —tartamudeó Di.

—No seas boba —saltó Honey—. Los fantasmas no existen.

Esto no convenció a Di.

—¿Y cómo puedes estar tan segura?

—Honey tiene razón —dijo Trixie débilmente—. Aquí no hay fantasmas.

—¿Y entonces por qué no dejas de mirar a todas partes de esa forma? —preguntó Di a Trixie.

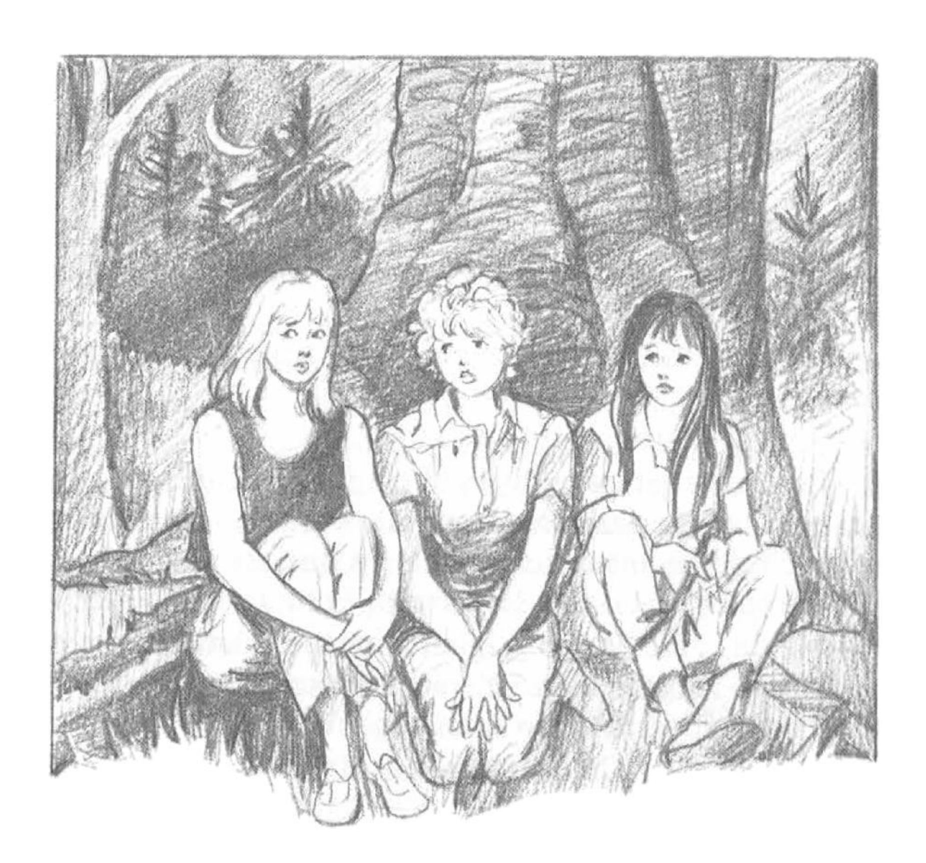
Trixie no tenía respuesta para la pregunta de Di. A ninguna de

las chicas se les ocurría nada que decir. Di se puso a silbar. Honey a tararear una canción. Las cigarras dirigían la orquesta nocturna de los insectos. De pronto, las muchachas oyeron un ruido distinto, un ruido más intenso que el de los insectos.

Trixie volvió la cabeza justo a tiempo para ver una aparición extraña, brillante, flotar por entre los árboles y cruzar el claro del bosque hasta el límite. Sin darles tiempo a reaccionar, esa cosa tan horrible empezó a gemir. Era una voz aguda, temblorosa, como de otro mundo.

—¡Un fantasma! —chilló Di. Su voz también resultó siniestra, tan aguda como la de la extraña criatura.

Entonces, tan repentinamente como había aparecido, la figura se perdió flotando en el espesor del bosque; se atisbaba un resplandor, luego nada. Trixie soltó la linterna, que cayó en el tronco con un golpe hueco. Tanteó a ciegas hasta encontrarla; era un consuelo tener entre las manos esa fuente de luz. Agarrándola con fuerza, se puso en pie. Honey y Di se levantaron al mismo tiempo.



Con una velocidad propiciada por el terror, las tres muchachas salieron disparadas por el sendero situado en dirección opuesta al monstruo de pesadilla. Fueron corriendo hacia el cobertizo.

—Te lo dije —jadeó Trixie mientras cruzaban Glen Road—. ¡Los espíritus de esos indios muertos se han enfadado con nosotros! ¡Les hemos puesto patas arriba la tierra sagrada de sus antepasados!

Por fin las chicas llegaron al cobertizo. Di lamentó su suerte; las tres estaban apoyadas contra la pared del cobertizo.

—Esto me pasa por meterme donde no me llaman.

—No es posible que fuera un fantasma —dijo Honey, respirando con dificultad—. Yo no creo en fantasmas, y vosotras tampoco deberíais creer. Tiene que haber otra explicación, seguro.

Trixie ya había recobrado el pulso, y con él la capacidad para razonar.

—Me pregunto… —empezó—. ¿Te acuerdas del jinete decapitado, Honey?

—¡Uf! ¡Y tanto! —dijo Honey.

—Esa vez, alguien se disfrazó de jinete, y cabalgaba con la cabeza oculta para darnos miedo y que no siguiéramos investigando un misterio. Apuesto a que ese fantasma estúpido estaba haciendo lo mismo. Pero ¿quién sería?

—Me da… me da igu… igual —tartamudeó Di con voz trémula —. Tengo miedo. ¿Y qué ha pasado con Dan y con Mart? ¿Cómo es que no están aquí?

Con todo el follón del fantasma, Trixie se había olvidado por completo de los chicos.

Pero ahora, sacudiéndose el terror de encima, oyó un golpe, cerca de Manor House.

—¿Qué pasa en Manor House? —preguntó Trixie. Sin aguardar la respuesta, empezó a correr hacia allí. Honey y Di salieron tras ella. Al doblar la curva, vieron que todas las luces estaban encendidas. El portón de la entrada aparecía abierto de par en par, y la luz del interior inundaba el mirador y el camino circular. Había gente dentro, y las chicas oyeron la débil sirena de la policía, acercándose.

—¿Pero qué…? —empezó Trixie. Pero antes de que pudiera formular la pregunta, Mart bajó los peldaños de la escalera para recibirlas.

—Os lo habéis perdido todo —dijo—. Vosotras en el bosque, en busca de un tesoro de película, mientras que nosotros estábamos aquí, ¡en plena acción!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Honey, y a su voz asomó el miedo. Luego entró en la casa—. Voy a ver si la señorita Trask está bien.

Los tres siguieron a Honey rápidamente. Allí estaba la señorita Trask, plantada en medio de un montón de objetos de plata y de cuadros tirados por el suelo.

—Honey —dijo con una débil sonrisa—. ¡Gracias al cielo que estás aquí!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Honey con dulzura, mientras observaba lo que parecían restos de un naufragio—. ¿Qué hace todo esto tirado en el suelo?

—Han entrado a robar —dijo la señorita Trask con voz temblorosa—. Yo descansaba arriba, en mi cuarto, leyendo, y la

casa estaba a oscuras. Me imagino que creyeron que no había nadie. Oí pasos aquí abajo, y pensé que serías tú, así que abrí la puerta y te llamé… para que supieras que estaba despierta.

—Entonces oí todos esos golpes, y el ruido del motor de un coche, arrancando. Bajé a ver si te había pasado algo pero, al encender la luz, me encontré con este lío. Me puse a chillar y en eso oí otro golpe metálico, como si el coche hubiera chocado con algo.

—Sí —dijo Regan. Iba en pijama, y venía de la sala de estar—. Entonces fue cuando me desperté.

—Oí el choque y el chillido de la señorita Trask, así que vine corriendo hasta la casa. Yo creo que los gritos asustaron a los ladrones. No les dio tiempo a llevarse esto.

—Y en eso llegamos nosotros —dijo Dan, mirando en torno suyo con el ceño fruncido—. Estábamos saliendo del bosque cuando casi nos atropella un coche.

—Probablemente, el coche de los ladrones —añadió Mart.

—Espero que no falte nada —dijo la señorita Trask. Parecía tan preocupada como asustada, y señalaba con un gesto vago todos los objetos desparramados por el suelo—. Pero ahora no voy a ponerme a comprobarlo. ¡He pasado un miedo atroz!

Las sirenas sonaron en la misma puerta de la casa, hasta que alguien las apagó de repente. Luego vino el ruido de los portazos de los coches patrulla, y las pisadas rápidas del sargento Molinson y otros dos policías, que irrumpieron en la casa.

—Parece que no les han dado tiempo ustedes a que se llevaran mucho —observó el sargento Molinson, mirando a su alrededor—. ¿Han tocado algo?

—No, sargento —contestó Regan, el más tranquilo—. Todo nos lo encontramos tal y como está.

La señorita Trask había estudiado atentamente los objetos del suelo; una sonrisa de alivio le cruzó el rostro.

—Bueno, al menos el Renoir no estaba entre los cuadros que pensaban llevarse —dijo—. Puede que no lo vieran. Es tan pequeño…

—¿Quién estaba en casa cuando entraron? —preguntó el sargento, mirando alternativamente a los presentes.

—Yo sola —dijo la señorita Trask—. Regan y los chicos me oyeron gritar y llegaron los primeros. Luego vinieron Trixie, Honey

y Di, después de llamarles a ustedes. Parece que Mart y Dan vieron el coche.

El sargento Molinson dirigió su atención a los dos muchachos.

—¿Es verdad lo que dice la señorita Trask? ¿Visteis el coche?

—Bueno, sí y no —dijo Mart, avergonzado—. Vimos que un coche salía de aquí a toda velocidad, pero no sabemos qué clase de coche era. Estaba demasiado oscuro.

—Y conducían sin luces, señor —añadió Dan.

El sargento Molinson lanzó un gruñido. Luego se volvió a sus hombres:

—Apuesto a que son los mismos. Echad un vistazo por aquí, ¿vale?

Los dos policías salieron, uno hacia la sala de estar, y el otro hacia la puerta principal.

—Los hombres intentarán encontrar alguna pista por la casa —dijo malhumorado—. Comprobaremos si han dejado huellas dactilares pero, si es la banda que sospecho, no encontraremos ni una. Ahora, señorita Trask, ¿podría venir conmigo a la sala de estar? Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

La señorita Trask abandonó el cuarto. Cuando el sargento Molinson llegó a la puerta doble, se volvió hacia los muchachos.

—Por favor, no os vayáis todavía —les dijo—. También quiero hablar con vosotros.

Honey se hundió en una silla de Damasco y se puso una mano sobre la frente.

—Es increíble —dijo débilmente—. Más vale que llame a mis padres. Esto tienen que saberlo.

Di se sentó en el brazo del sillón y le acarició la nuca. Trixie volvió a concentrarse en sus pensamientos. Cogiendo la linterna, dio la vuelta y salió por la puerta principal.

—¡Eh, Trixie! —La llamó Mart—. El sargento Molinson ha dicho…

—Ya sé lo que ha dicho; volveré enseguida —se apresuró a contestar—. Antes tengo que comprobar una cosa. Puede ser una pista.

Trixie bajó de dos en dos los peldaños de la entrada de Manor House. Allí, en la puerta, se paró, sin saber qué dirección tomar. Enfocó con la linterna a su alrededor, hacia el camino de gravilla. El

amplio haz de luz recorrió nerviosamente el suelo. Por fin, a la derecha, encontró lo que andaba buscando… unas huellas profundas en la gravilla, las de las ruedas del coche.

Se quedó mirándolas pensativa, hasta ver qué dirección tomaban. Luego Trixie siguió el camino circular hasta el punto en que nacía la carretera que iba hasta el límite de la finca, entre dos filas de árboles. Allí, en la esquina de un parterre bien cuidado, había un roble grande. Trixie fue hasta él y enfocó con la linterna la base del tronco.

Lo que vio confirmó sus sospechas.

El golpe había arrancado trozos de la corteza del árbol. *Aquí chocó el coche* —se dijo Trixie—. *La señorita Trask dijo haber oído un ruido metálico después de que el coche se puso en marcha. Si los ladrones salieron a toda velocidad, y sin luces, seguramente no vieron la curva*. Agachándose, Trixie examinó minuciosamente el árbol dañado y encontró restos de pintura amarilla en el tronco.

—Justo lo que sospechaba —murmuró.

Y allá que volvió Trixie corriendo a la casa. Mart y Dan estaban con el sargento Molinson, y Honey hablaba por teléfono, entre lágrimas, con su padre. La señorita Trask permanecía a su lado, abrazándola con afecto.

No queriendo interrumpir, Trixie fue con Di, que miraba, muy nerviosa, todos los objetos desparramados por el suelo.

—¿Por qué llora Honey? —preguntó Trixie en voz baja.

—Es el Renoir —le respondió Di en un susurro—. Cuando la señorita Trask fue a la sala con el sargento, vio que no estaba colgado en la pared. Y como tampoco está aquí, no hay duda de que se lo han llevado.

—¡Oh, no! —se lamentó Trixie—. ¿Y qué van a hacer?

—Tratar de capturar a los bandidos, supongo —respondió Di tristemente—. Pero si las historias de los periódicos son ciertas, eso no va a ser fácil. El sargento Molinson cree que son los mismos ladrones, y hasta ahora nadie ha podido cogerlos.

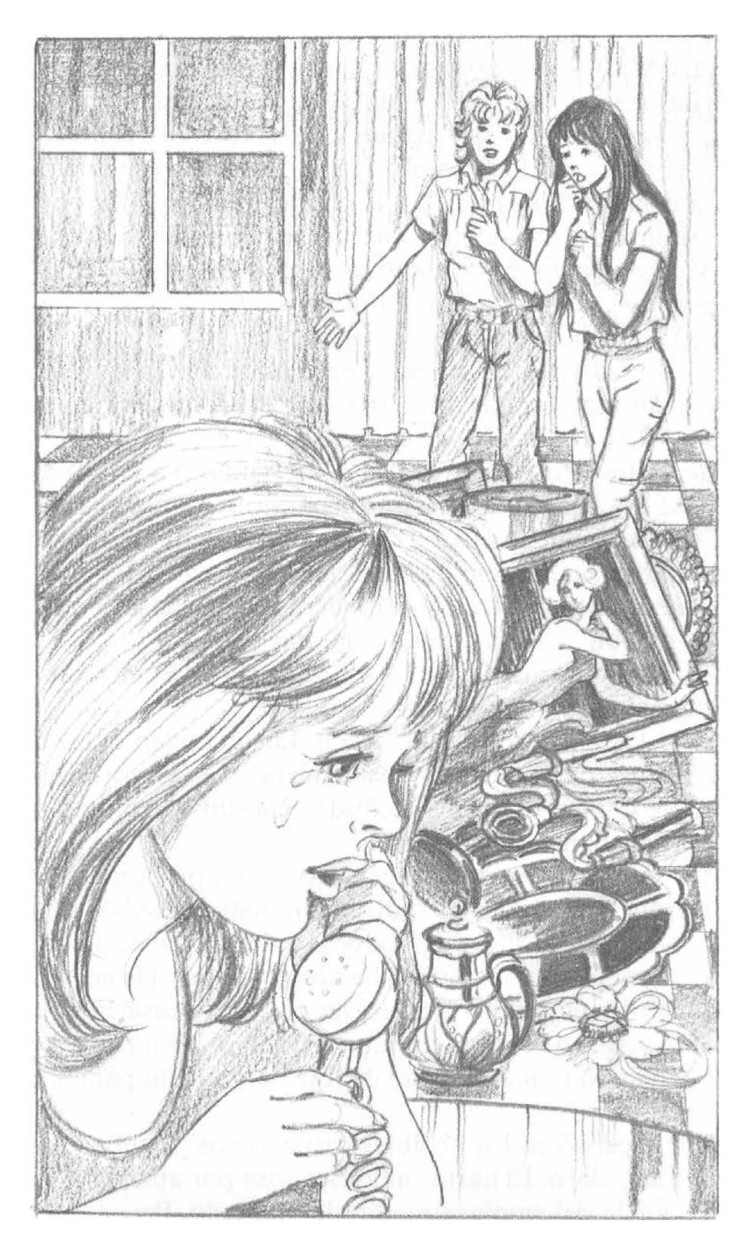
Las puertas dobles de la sala de estar se abrieron, y Dan y Mart salieron.

—Lamento no haber sido de mucha ayuda —se disculpó Dan.

—No te preocupes —dijo el sargento Molinson—. Me parece que, por ahora, eso es todo. Más vale que os vayáis a casa, chicos.

—¿Y nosotras? —preguntó Trixie—. ¿A nosotras no tiene que interrogarnos? Creo que tengo una pista.

—Me extraña… si ni siquiera estabais aquí cuando ocurrió todo —repuso el sargento secamente. Se volvió hacia Dan y Mart—. A vosotros os encargo que llevéis a las señoritas a sus casas, ¿eh? Todavía tenemos mucho que hacer, y ya hace rato que teníais que estar en la cama.



—¡En la cama! —explotó Trixie, furiosa. Pero una mirada de advertencia de Dan la calmó, y en sus ojos podía leerse una determinación que nadie conseguiría borrar.

Si al sargento no le interesa lo que tengo que decirle —pensó—, *tampoco voy a obligarle.*

—Más vale que no metáis las narices en este caso, chicos —les advirtió el sargento, pero miraba a Trixie. No le hacía ninguna gracia que Trixie se entrometiera en sus casos—. Y ahora, a casa todos.

Se despidieron. Dan y Mart acompañaron a Di y a Trixie. Al llegar a Glen Road, se separaron. Dan acompañó a Di a casa, que le pillaba de camino. Los Belden fueron caminando en silencio hasta Crabapple Farm. Había sido un día intenso, y Trixie estaba demasiado cansada como para hablar. Además, tenía que atar cabos.

—¿Sois vosotros, hijos? —dijo la señora Belden desde el dormitorio.

—Sí, mamá —respondió Trixie. Luego apagó la luz del recibidor y subió despacio las escaleras. La señora Belden siempre dejaba la luz del recibidor encendida cuando sus hijos llegaban a casa tarde.

Tras cerrar la puerta de su cuarto, Trixie procuró recomponer de un modo lógico todo cuanto había sucedido aquel día. Vio que, con el lío del robo, se le había olvidado decir lo del fantasma a los otros. Se alegró de que Honey y Di también lo hubieran visto; así no podrían acusarla de inventar cosas. ¿Pero quién habría sido? ¿Quién iba a perder el tiempo poniéndose un disfraz tan ridículo para asustarlas?

Trixie pensó en los posibles sospechosos. Estaba Charles Miller, claro. Él haría cualquier cosa por apartar a Honey y a ella del emplazamiento del poblado. Pero Charles Miller no había pisado Sleepyside: trabajaba en Nueva York todas las noches.

Acaso Harry. Pero Harry llevaba un Volkswagen amarillo, y Trixie creía que esa noche tenía un negocio más lucrativo que el de asustar a tres chiquillas en el bosque.

Era extraño. Si Trixie no se equivocaba, los dos hombres habían estado en dos sitios a la vez. Y eso resultaba imposible.

Trixie resolvió consultarlo con la almohada, y confió en que la mañana trajera las respuestas que estaba buscando. En cuanto se metió entre las sábanas, cayó en un profundo sueño.

En la cueva • 10

A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando bajó a desayunar, Trixie vio a su madre muy preocupada.

—Buenos días, mamá —dijo mirándola con perplejidad.

—Ay, Trixie, estoy que no vivo. ¿Has visto a Reddy? —La ansiedad arrugaba la frente de la señora Belden—. Esta mañana no estaba dentro de casa, y tampoco fuera. ¿Anoche vino con vosotros?

Trixie se llevó la mano a la boca, horrorizada.

—¡Oh, no! —balbuceó—. Estuvo con nosotros en el bosque, pero luego se fue con Mart y Dan, cuando éstos fueron a por las palas. Después ya no lo vi. Ni pensé en él… ya sabes, con lo del robo y todo lo demás…

—¿El robo? —Ahora le tocaba a la señora Belden asombrarse—. ¿Qué robo?

Mientras se tomaba sus cereales, contó a su madre lo que había ocurrido en Manor House la noche anterior.

—Conque ya ves —concluyó apenada—. Me olvidé por completo de Reddy. Lo lógico es que hubiera vuelto a casa mientras hablábamos con el sargento Molinson.

—Es terrible —dijo la señora Belden—. Ojalá cojan a esa banda de malhechores. Pero lo de Reddy me tiene preocupada. Es muy raro en él desaparecer toda una noche.

—¿Empiezo a buscarlo ahora mismo? —se ofreció Trixie—. Si no voy al hospital hoy…

—Ah, no, cariño —dijo la señora Belden, quitando la mesa distraídamente—. Prefiero que vayas a trabajar. Yo lo buscaré esta mañana. Estoy convencida de que aparecerá en cualquier momento. Lo que no quiero es que Bobby se entere. Ya sabes cómo se pone.

—Si esta tarde no ha llegado aún —dijo Trixie—, iré a ver si lo encuentro, en lugar de trabajar en la excavación.

—Cielo, son las siete y media —advirtió la señora Belden—.

Tendrás que salir ya. Haré un par de llamadas antes de que Bobby se despierte, por si algún vecino ha visto al perro.

Trixie cogió su gorra y fue hacia la puerta.

—Hasta luego, mamá —dijo, cerrando la puerta por fuera.

Trixie estuvo atareadísima toda la mañana en el hospital. Lo de Reddy le tenía tan intranquila que a la hora del almuerzo llamó a casa. Sin embargo, nadie cogió el teléfono. Ya eran cerca de las doce cuando pudo, al fin, ir a ver al profesor Conroy.

Trixie abrió la puerta que daba a la escalera del segundo piso pero, cuando enfiló el pasillo, la puerta de la habitación del profesor Conroy se abrió, y salió de allí Harry. La chica se quedó paralizada. Él miró a Trixie un segundo y luego dobló la esquina, en dirección a los ascensores.

A Trixie se le formó un nudo en la garganta. Luego se tranquilizó. *Me figuro que no me habrá reconocido, vestida con este uniforme* —pensó—. *Me pregunto qué estaría haciendo aquí, y para qué habrá venido a ver al profesor Conroy*.

Trixie echó a correr, y abrió de par en par la puerta del profesor.

—Ah, hola, Trixie —dijo el profesor al verla entrar con tanta prisa—. Huy, huy, aquí el que no corre vuela.

Aliviada, al ver que el profesor estaba bien, Trixie se ruborizó por su intempestiva entrada en la habitación. Quiso disculparse.

—Lo… lo siento, profesor Conroy —tartamudeó—. Espero no haberle asustado.

—Oh, no. No te preocupes —replicó, obsequiándole con una sonrisa franca—. Esto de estar todo el día en la cama, sin hablar con nadie, es de lo más aburrido.

Trixie se acercó a la cama. El profesor Conroy estaba de muy buen humor, pero parecía bastante más enfermo que el día anterior. Tenía unas ojeras profundas, oscuras, y el rostro muy pálido.

—Acabo de ver a una persona salir de su habitación —dijo Trixie angustiada—. ¿Se encuentra usted bien? ¿No le molestan las visitas?

El profesor Conroy compuso una mirada tensa.

—Yo no he tenido ninguna visita —afirmó—. Te equivocas.

—¿Cómo? Pues yo habría jurado que vi a Harry saliendo de… —empezó Trixie pero, al ver que la furia desdibujaba el rostro del profesor Conroy, calló.

—Señorita Belden —dijo—, puede que quienquiera que fuera el que crees haber visto, haya salido de otra habitación.

Sin saber qué decir, Trixie miró al suelo. *Yo sé lo que he visto* —pensó—. *Al fin y al cabo, en esta parte del pasillo sólo hay un cuartucho en el que guardan los materiales y una habitación libre. ¿Qué iba a hacer Harry en el cuartucho de los materiales?*

Su mirada fue a posarse en un par de zapatos dispuestos con todo esmero a un lado de la cama. Tenían las suelas llenas de barro. *El profesor no debería andar con zapatos por aquí* —pensó. Entonces Trixie recordó que el profesor había ingresado en el hospital de improviso—. *Puede que no tenga zapatillas, y que a nadie se le haya ocurrido traérselas*.

—¿Cómo es que no tiene zapatillas? —dijo Trixie preocupada—. ¿Quiere que le traiga un par? Estará mucho más cómodo que con esos zapatos.

El profesor Conroy sonrió.

—Es muy amable de tu parte, pero no me hacen falta ni zapatillas ni zapatos. El doctor me dijo que no podía levantarme, ni siquiera para ir a la cafetería. Es un engorro.

—Oh. Entonces, ¿quiere que le guarde los zapatos?

—Como quieras. Te lo agradezco mucho.

Pensando en limpiarlos más tarde, cuando tuviera tiempo, Trixie los metió en el armario. Luego le arregló la almohada al enfermo.

Antes de salir de la habitación, dijo:

—No dude en llamarme en cuanto me necesite, profesor Conroy. Yo le ayudaré encantada.

Y fue hacia la puerta.

—Muchas gracias —murmuró el profesor, medio dormido. Cerró los ojos y echó a un lado la cabeza.

—Pobre profesor —dijo Trixie a Honey aquella tarde, mientras se dirigían a la excavación—. Hoy estaba peor aún que ayer.

—¡Menudo golpe debió darse en la cabeza! —se lamentó Honey.

—Tal vez Charles le haya golpeado con más fuerza de lo previsto —dijo Trixie con mala intención—. Lo que me recuerda que Reddy no volvió a casa anoche. Si mamá no lo ha encontrado todavía, deberíamos buscarlo en el bosque, o preguntar a los estudiantes si lo han visto.

—Reddy estará seguramente en la excavación en este momento

—dijo Honey, procurando tranquilizar a su amiga—. Acuérdate de que hacen unos asados riquísimos. Lo más probable es que el olor de los perritos calientes y de las hamburguesas fueran una tentación demasiado fuerte para él.

—Ojalá tengas razón —dijo Trixie suspirando—. Mamá está muy preocupada.

—Yo también lo estoy —confesó Honey—. Qué bien que tu madre nos haya preparado este almuerzo, ¿no?

—Bueno, es que quería que nos pusiéramos a buscar a Reddy enseguida —dijo Trixie—. Pensó que si íbamos a comer a casa perderíamos mucho tiempo.

Trixie y Honey se marcharon por la carretera. Al llegar al sector principal de las excavaciones, vieron que había un camión aparcado cerca de las tiendas. Charles Miller y un hombre bajito y fortachón estaban discutiendo airadamente. Unos cuantos estudiantes formaban círculo alrededor de ambos, escuchando con interés. Las chicas, al acercarse, pudieron oír mejor.

—Lo que tus papeles digan me importa un pimiento —decía Charles al otro—. Yo tengo aquí una copia de nuestro pedido, y pone «Sesenta cajas de tarjetas de tres por cinco pulgadas, diez de sobres grandes de papel de prueba, dos cajas de etiquetas adhesivas, y una docena de cajas planas y acolchadas». ¡No pienso aceptar este envío, es mi última palabra!

—Mira, pollo —repuso el hombre con rabia—, aquí pone que entregue cien cajas de sobres impresos al profesor Conroy, en la reserva forestal de los Wheeler, y eso es lo que voy a hacer. Lo tomas o lo dejas.

—Lo dejo —atajó Charles—. Me niego a firmar este recibo; es más, voy a ir a la Oficina de Correos para aclarar este follón con el responsable.

Dicho esto, Charles se marchó de las excavaciones. El otro hombre volvió a su camión y se fue, dejando tras de sí una nube de polvo.

Charles se metió de un salto en el jeep del profesor Conroy y salió detrás de él.

—Bueno, nos hemos librado de Charles Miller por esta tarde —dijo Trixie con una sonrisa de satisfacción—. Vamos al poblado indio, para ver si podemos averiguar algo más sobre quién estaba

haciendo ese hoyo y por qué. Anoche salimos espantadas, pero esta tarde no nos detendrá nadie.

Las dos muchachas siguieron a buen paso el sendero del bosque. A medio camino del claro, Trixie se paró.

—¡Mira! —exclamó señalando entre la maleza.

Vieron el Volkswagen amarillo de Harry aparcado en el bosque, a un lado del sendero. El parachoques frontal estaba abollado, en la parte izquierda, y había perdido pintura.

—¿Lo ves? —dijo Trixie—. Y el golpe parece reciente; no está oxidado.

—¿Qué significa eso de «lo ves»? —preguntó Honey—. ¿Sabes? A veces hablas con adivinanzas, Trixie Belden.

Trixie estaba a punto de contestarle cuando oyó un ladrido apagado, a poca distancia.

—¡Reddy! —gritó, y echó a correr.

En el claro no se veía a Reddy, pero el caso es que el ladrido se había vuelto ahora más audible.

—¿Dónde se ha metido ese perro estúpido? —murmuró Trixie, yendo hacia un extremo del claro—. Puedo oírle, pero no tengo ni la menor idea de dónde estará.

Guiándose por los ladridos, Trixie se alejó un poco más. Entonces resbaló. Antes de que pudiera agarrarse a nada, se encontró cayendo por una pendiente de barro, hasta la base de un viejo árbol.

Al llegar al fondo, sonó un golpe hueco. Afortunadamente, la linterna que llevaba en el cinturón no se había roto. Luego notó que algo le saltaba encima… era Reddy, delirante. Abrazó al perro con cariño y miró a su alrededor. Todo era oscuridad; sólo había un pequeño círculo de luz, arriba.

¡Estaba en una cueva!

—¡Trixie! —La voz de Honey, llena de ansiedad, se filtraba a través de la negrura.

—¡Por aquí! —La guio Trixie. Pero antes de que tuviera ocasión de avisarla del peligro, Honey cayó por la pendiente, a su lado.

Reddy estaba encantado con la compañía, pero ellas estaban aterradas.

—Tiene que haber un modo de salir de aquí —se lamentó Trixie. Al tratar de escalar la resbaladiza pendiente, se llenó la cabeza de

barro. Perdía pie una y otra vez—. A lo mejor, si me aúpas, llego al borde.

Pero, por mucho empeño que ponían, no había forma. Trixie y Honey estaban atrapadas.

—¿Y si gritamos? —sugirió Honey—. Puede que nos oiga alguno de los estudiantes y nos saque de aquí.

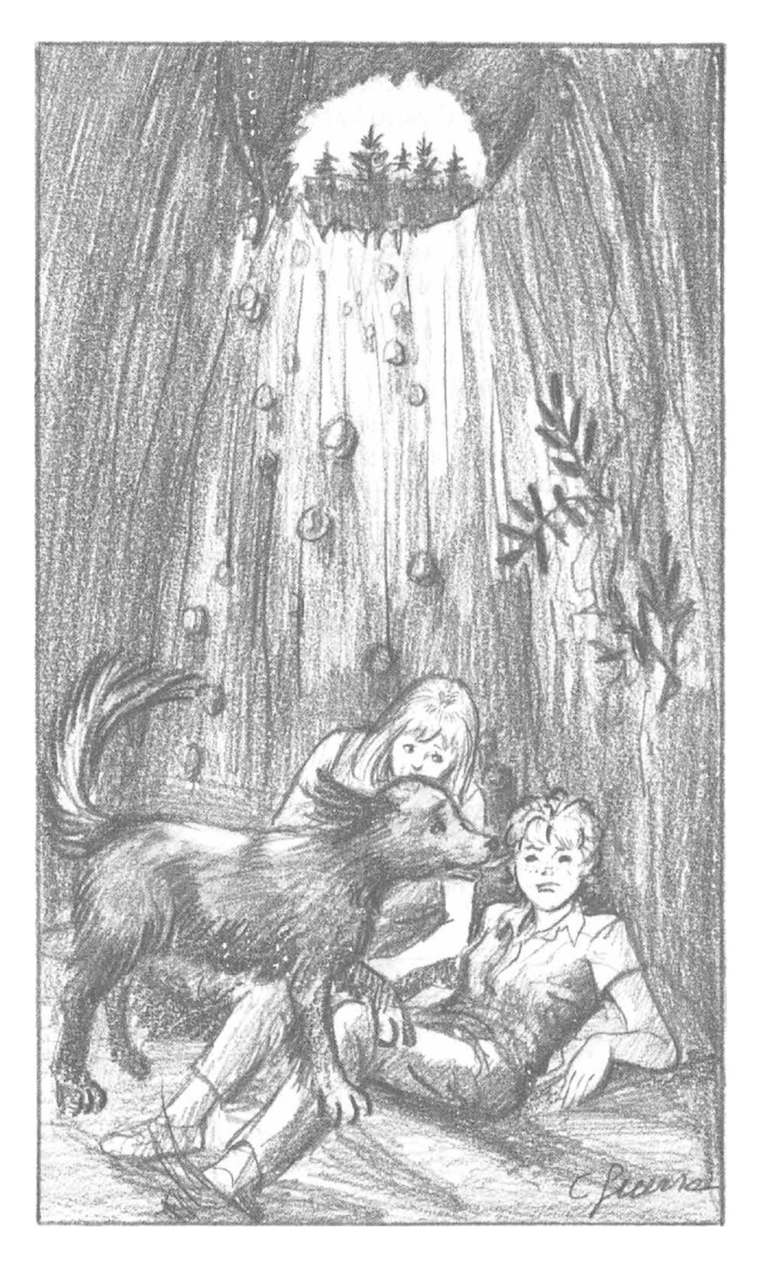
—Buena idea —dijo Trixie—. Vamos a gritar a la vez. Una, dos, y tres…

—¡Socorro! ¡Socorro!

A los pocos minutos las chicas quedaron exhaustas, y dejaron de gritar. Obviamente, se encontraban demasiado lejos del sector más concurrido como para que nadie las oyera. La cueva estaba húmeda y fría. Olía a setas podridas, a hierbas muertas. A Trixie no le gustaba nada. Finalmente, las dos se sentaron sobre la tierra, apoyando la espalda contra la pendiente.

Trixie cerró los ojos y lanzó un suspiro. Se estaba haciendo tarde. Sólo les llegaba un tenue rayo de luz, a través del agujero de arriba. Cuando se hiciera de noche, ¡entonces sí que estaría oscuro! Trixie era consciente de que se le acabarían las pilas de la linterna muy pronto.

—Será mejor que intentemos descansar —dijo a Honey.



Pero su descanso no duró mucho. Un crujido lo interrumpió.

Trixie se puso en pie de un salto. Era Reddy. Tenía el hocico metido en la bolsa del almuerzo que la señora Belden les había preparado.

—¡Oh! —dijo Trixie, acariciándole la cabeza—. ¡Pobrecito! ¡Si

no has probado bocado desde ayer!

—Muy bien, Trixie —rio Honey—. Con tu acostumbrada serenidad, no soltaste el almuerzo mientras caías a la cueva. Al menos no nos moriremos de hambre.

—Igual que «Alicia en el País de las Maravillas» —dijo Trixie, mientras le daba a Reddy unas salchichas—. ¿Te acuerdas cuando ella se cayó en aquel hoyo?

Honey se echó a reír.

—Puede que venga el Conejo Blanco a salvarnos.

—Prefiero al Conejo Blanco antes que a ese asqueroso de Charles Miller —dijo Trixie. Pero ella no tenía ganas de reír.

—Pues Charles Miller es el único que viene por esta parte del bosque —dijo Honey muy seria—. Tal vez sea él nuestra única esperanza.

—Eso es lo que me da miedo —respondió Trixie con voz temblorosa—. ¿Y si nos encuentra y se niega a ayudarnos a salir?

Trixie sabía que Charles Miller estaba buscando una cueva. Y todo parecía indicar que Trixie y Honey la habían encontrado. Si realmente atacó al profesor Conroy de forma tan salvaje para que no le estorbara, ¿qué no haría para impedir que Trixie y Honey se llevaran el tesoro? Trixie se estremeció. Nadie sabía dónde se hallaban. Confió en que Charles Miller tampoco lo sospechara. ¡Quizás no salieran de la cueva con vida!

¡Atrapadas! • 11

TRIXIE no tenía ni idea del tiempo que llevaba en la cueva pero, por el ángulo de la luz del sol que caía por la abertura supo que ya estaba bien entrada la tarde.

—Esto es ridículo —dijo Trixie por fin—. Voy a explorar esta cueva. Tiene que haber alguna salida.

—Ay, Trixie —dijo Honey asustada—, por favor, ten cuidado. Me asaltan miles de historias de gente que se pierde explorando cavernas subterráneas. ¿No será mejor que te quedes aquí sentada, esperando que alguien venga a rescatarnos?

—Ni hablar —replicó Trixie con firmeza—. Y prometo tener cuidado, conque haz el favor de no preocuparte.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. Tú quédate aquí. Además, puede que no haya ningún sitio adonde ir —dijo Trixie, lanzando una carcajada. Se levantó y encendió la linterna. Iluminando con ella las paredes de la cueva, se puso a examinar el tenebroso lugar minuciosamente. Trixie llegó a la conclusión de que la cueva tenía unos tres metros de profundidad, y que no era grande. Se parecía más bien a una sala subterránea. Por desgracia, sus paredes resultaban muy escarpadas y resbaladizas, sin ningún saliente donde agarrarse. Las raíces de algunos árboles se habían abierto paso y colgaban hacia abajo como huesudos dedos de fúnebre aspecto.

Al estudiarla con más detenimiento, Trixie vio que las paredes eran de tierra, no de roca. Siempre había creído que las cavernas tenían paredes de roca; en cambio ésta las tenía de barro. *¡Uf!* —pensó—. *No me extraña que sea tan difícil de escalar*.

Aparentemente no había otra salida que por arriba. Pero la maraña de raíces colgantes le hizo pensar que tal vez existiera alguna abertura oculta detrás. *Espero que no haya murciélagos,*

ratas, o algo parecido —pensó, y sintió un escalofrío.

Luego se acercó a una de las paredes; las raíces se enredaban, húmedas, entre sí. Al alargar una mano para apartar las más delgadas, pegó un salto: un bicho le corría por la mano. Ahogó un grito, por no intranquilizar a Honey. Pero las raíces no ocultaban nada; sólo la resbaladiza pared de barro. Examinó con cuidado las demás paredes, pero en todas encontró lo mismo: barro.

Mientras Trixie exploraba la cueva, fue descubriendo algo raro. Precavida, dio unos pasos hacia atrás, por no llegar a conclusiones erróneas. Finalmente, no pudo callar por más tiempo.

—Para ser una cueva, este sitio tiene una forma un poco rara —dijo a Honey—. Es casi cuadrado. Dudo que a la Madre Naturaleza le diera por hacer una cueva cuadrada.

—No sé adónde quieres ir a parar —dijo Honey.

—Déjame ver… —murmuró Trixie para sí—. Me preguntó si…

Y cogiendo una piedra suelta del suelo, empezó a rascar una de las paredes de tierra.

A los pocos segundos prosiguió con frenesí. Era tal y como ella sospechaba.

—¡Eh! ¡Esto no es ninguna cueva! —exclamó Trixie—. ¡Es un viejo sótano!

—¿Un sótano? —balbuceó Honey.

—¡Mira aquí! —dijo Trixie, enfocando con la linterna al lugar en el que había estado rascando—. Son ladrillos. ¡Esto es parte de alguna casa antigua!

Honey se levantó de un salto. En efecto, tal y como Trixie había dicho, la pared estaba construida a base de piedras rectangulares, colocadas una encima de otra. Las piedras parecían de granito tallado.

Antes de que Trixie y Honey pudieran pensar en el siguiente paso, oyeron un ruido por arriba. El ruido de una pala golpeando la piedra.

Trixie se llevó inmediatamente un dedo a los labios. Reddy, con la panza llena de salchichas, dormía plácidamente en un rincón.

—¡Seguro que es Charles Miller! —susurró Trixie—. No hagas ruido. A lo mejor no nos encuentra.

—¿Y por qué voy a callarme? —contestó Honey en un susurro, confundida—. ¿No será mejor gritar para que nos salve?

—No, porque es posible que no quiera salvarnos —dijo Trixie en voz baja—. Acuérdate de que va por ahí golpeando a la gente en la cabeza sólo porque se interpone entre él y su estúpida búsqueda del tesoro. ¡Imagínate lo que hará si nos ve aquí dentro!

—¡Me da igual! —protestó Honey—. Cualquier cosa antes que quedarme aquí abajo… hace frío y tengo miedo. Quiero irme a casa. Voy a pedir socorro.

—Como quieras —dijo Trixie resignada—. Supongo que da lo mismo. Pero que conste que te lo he advertido.

Y las dos se pusieron a gritar a pleno pulmón. Reddy se despertó de inmediato y empezó a ladrar. De pronto, el ruido de la pala desapareció, y oyeron el crujido de unas ramas; Charles estaba buscando el origen de los gritos. Y no lo hallaba.

—¡Por aquí! —chilló Trixie—. ¡Pero ten cuidado! ¡Nos hemos caído en un hoyo y no podemos salir!

Momentos después, Charles Miller metía la cabeza por la abertura y las miraba, incrédulo.

—¿Qué estáis haciendo ahí abajo? —preguntó, sin salir de su asombro.

—Por favor, ayúdanos —suplicó Honey—. ¿No tienes una cuerda o algo así? Aquí abajo se está fatal.

Charles guardó silencio un segundo. Una serie de ideas contradictorias parecieron asaltarle… sorpresa, ira, miedo. Era la expresión de miedo la que más preocupó a Trixie. Si Charles Miller tenía, verdaderamente, algo que ocultar, sus peores presentimientos se iban a cumplir.

Finalmente, habló.

—No lo sé —dijo muy despacio—. Tal vez sí, tal vez no.

—Tienes que ayudarnos —se quejó Honey.

—Quizás —dijo Charles con una sonrisa desagradable—. Pero antes tengo que hacer una cosa.

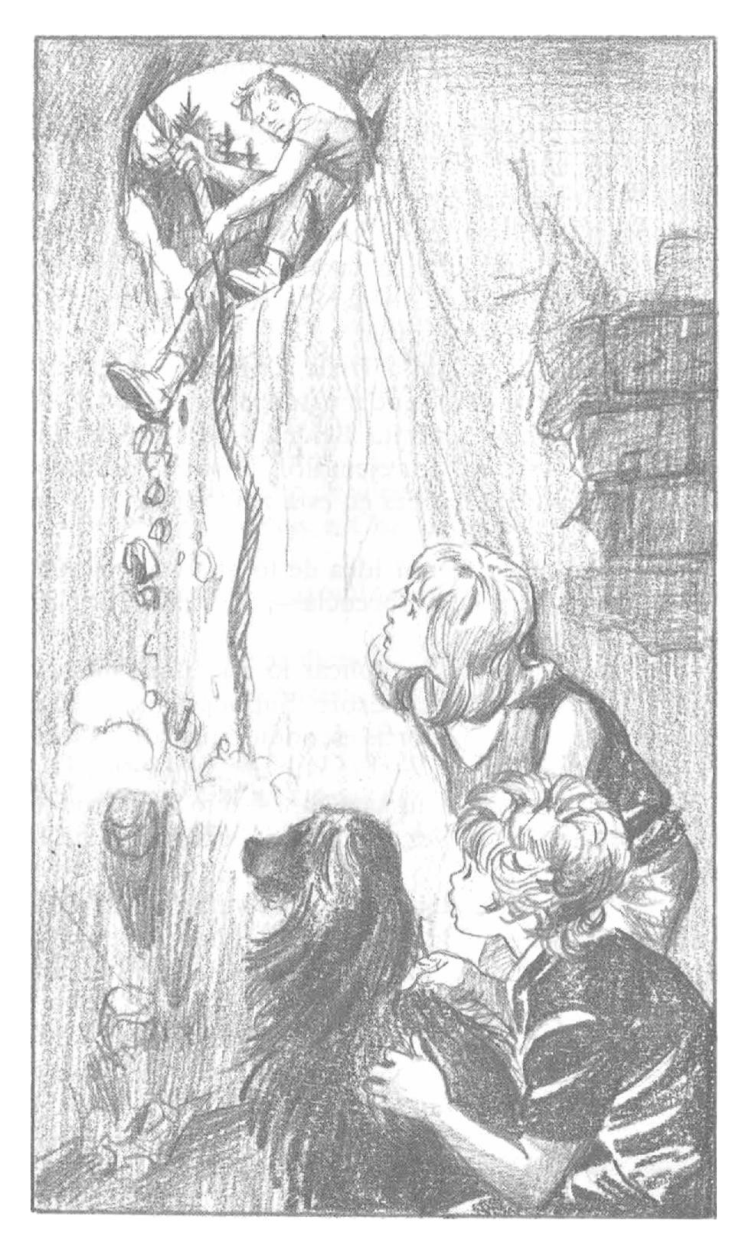
—¿Qué quieres decir con eso de «hacer una cosa»? —exclamó Trixie.

Charles sacó la cabeza de la abertura.

—¡No os vayáis de aquí! ¿Vale? —dijo con una carcajada burlona.

—Te lo avisé —murmuró Trixie—. Hay que encontrar un palo, o una piedra bien grande. Por lo menos podremos defendernos.

Trixie se agachó para coger una piedra de buen tamaño, pero, antes de que pudiera agarrarla, Charles se había metido en la cueva. Aterrizó a su lado. El extremo anudado de una cuerda gruesa le golpeó en el hombro.



—¡Ay! —gritó.

—Deprisa, Honey —ordenó Trixie— ¡coge la cuerda y salgamos de aquí!

Pero Honey actuó con demasiada lentitud.

Charles alargó una mano y cogió la cuerda, de modo que estuviera fuera del alcance de las muchachas.

—No tan deprisa, chicas —dijo—. Hay unas cuantas cosas que tenemos que discutir.

—¿De veras? —preguntó Trixie, fingiendo candidez—. No creo que haya nada que tengamos que discutir.

—Ah, sí, lo hay, señorita Belden —advirtió en tono amenazador —. Como por ejemplo… vosotras dos habéis estado metiendo las narices en esta zona desde el principio. Y yo sé por qué.

—No tengo ni la menor idea de lo que estás diciendo —dijo Trixie, fingiendo inocencia—. Y ahora, por favor, ayúdanos a salir de aquí.

—No. Antes me vais a explicar lo que estáis haciendo en mi cueva, buscando mi tesoro. Supongo que ya lo habréis encontrado, y lo habréis escondido por aquí. No saldréis sin dármelo.

—Sigo sin entender ni una palabra —dijo Trixie con dulzura, pero lanzando a Honey una mirada de advertencia—. ¿Tesoro? ¿Qué tesoro?

—Tú sabes perfectamente a qué tesoro me estoy refiriendo —dijo Charles, fuera de sí. Empezó a iluminar con su linterna las paredes de la sala subterránea, como buscando algo—. Resulta que yo sé que aquí abajo hay un buen saco de oro escondido. El que vosotras dos seáis ricas, no significa que podáis quitármelo. No lo necesitáis. Y no voy a dejar que un par de niñas bien se interpongan en mi camino.

—Para tu información —empezó Trixie—, yo no soy rica, y…

Honey, que había estado escuchando en silencio, se levantó de repente. Interrumpió a Trixie y empezó a gritarle a Charles.

—No voy a consentir que nos hables de esa forma —le gritó. Su amiga seguía siendo una caja de sorpresas para Trixie. ¡Qué pocas veces le había visto enfadarse!—. Tú no tienes la culpa de ser pobre, y yo tampoco tengo la culpa de que mis padres tengan dinero. No tienes ningún derecho a tratarnos así. Además, tu estúpido tesoro no puede estar aquí… esto no es una cueva… ¡es un sótano! ¡Mira!

Y quitándole la linterna a Trixie de la mano, Honey dirigió la luz hacia la pared que Trixie había estado rascando un rato antes.

—¿Lo ves? Ladrillos… ¡Un sótano!

Hubo un momento de silencio. Entonces, para sorpresa de las dos muchachas, a Charles se le desencajó el rostro. Rompió a llorar.

Trixie y Honey se asombraron hasta el colmo del asombro.

—¿Pero yo qué he dicho? —le preguntó Honey a Trixie.

—No lo sé —le contestó Trixie en un susurro—. ¿Y ahora qué hacemos?

Las dos muchachas observaron en silencio a Charles Miller, que sacudía los hombros; se había echado las manos a la cara, y se escuchaban entrecortados sollozos de angustia.

Por fin paró. Charles lanzó un suspiro que las hizo estremecerse, y se frotó los ojos. Las lágrimas le dejaron un rastro oscuro en las mejillas.

—¡Seré imbécil! —murmuró—. Ahora no tengo dinero, y no podré pagarme los estudios. Yo había puesto todas mis esperanzas en este oro; con él habría podido sacarme el doctorado. Y no puedo seguir así, trabajando media jornada y estudiando hasta el agotamiento. Ya no puedo siquiera seguir estudiando. No tengo tiempo. Y lo que es peor, cada vez saco peores notas, con lo cual voy a perder hasta la pequeña beca que me habían concedido. Me imagino que tendré que dejar la Universidad y olvidarme de ser arqueólogo.

Trixie vio, por la expresión de Honey, que su amiga sentía compasión por Charles Miller. Trixie no. Ella se andaría con pies de plomo. Puede que Charles Miller tratara de que ella se apiadara de él. ¿Y si todos esos lloros no eran sino teatro, para quitarse las sospechas de encima?

—Debe ser duro tener que dejar los estudios —dijo sin quitarle ojo a Charles—. Pero, si tú supieras que aquí abajo hay un tesoro, ¿por qué te dedicas a asaltar las casas de la gente y a robar cuadros y objetos de plata?

—¿Asaltar? ¿Robar? —Ahora le tocaba a Charles asombrarse.

—¡Trixie! —protestó Honey horrorizada.

—Sí, sí —continuó Trixie—. Me parece que tus lamentos no son más que lágrimas de cocodrilo. Tú formas parte de la banda de ladrones que ha estado asaltando las mansiones de Westchester… y

la casa de Honey, también. Me parece que con el dinero que has sacado de todos esos robos te sobrará para pagarte los estudios, ¿no?

Charles levantó la vista; estaba desolado.

—No sé de qué me hablas —dijo perplejo—. Yo nunca haría una cosa así… aunque viviera un millón de años. ¿Qué clase de tipo crees que soy?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Trixie a bocajarro.

Un sospechoso sorpresa • 12

TRIXIE respiró hondo y echó hacia atrás los hombros. Antes de contarle a Charles todo cuanto sabía, resolvió pedirle que las ayudara a salir del sótano.

—Tendré una idea mucho mejor sobre la clase de persona que eres si nos ayudas a subir —dijo marcando las palabras.

—Claro. Naturalmente —murmuró Charles—. No creerás que iba a dejaros aquí, ¿eh?

—Por supuesto que no —le tranquilizó Honey, lanzando una mirada furiosa a Trixie.

—Si no, ¿para qué iba a atar un extremo de la cuerda al árbol de arriba, y luego a meterme con vosotras en este hoyo? —preguntó Charles en tono sarcástico—. Si sólo quería chillaros, podría haberlo hecho de forma mucho más sencilla desde arriba.

—Que Honey salga primero —dijo Trixie—. Lo peor va a ser sacar de aquí a Reddy.

—Eso está tirado —dijo Charles con firmeza—. Yo saldré el último; y lo llevaré en brazos. Si me ato la cuerda a la cintura, vosotras dos podréis subirme, tirando de un extremo.

—Eso espero —dijo Trixie, viendo cómo subía Honey por la cuerda. Aprovechando los gruesos nudos que Charles había hecho en la cuerda, Honey, una mano primero, y otra después, llegó hasta arriba.

—Vale —dijo Charles cuando ya Honey estaba a salvo, fuera del sótano—. Ahora tú, Trixie.

—¡Uf! —dijo Trixie al agarrar la cuerda—. Me alegro de haber ensayado en el gimnasio el año pasado. ¿Quién iba a imaginarse que me resultaría útil algún día?

Al asomar la cabeza fuera del hoyo, junto al árbol, aspiró profundamente el aire fresco. Luego se limpió un poco y dijo a Charles:

—Ahora átate la cuerda a la cintura y mira a ver si puedes coger a Reddy.

Reddy no cesaba de dar saltos, excitadísimo, poniendo, con sus patas, perdido de barro a Charles. Trixie sabía que Reddy tenía miedo de que le dejaran allí solo.

—Tranquilo, bonito mío —le dijo Trixie—. A ti también vamos a sacarte de ahí.

Charles se amarró la cuerda con fuerza a la cintura y se agachó para coger en sus brazos a Reddy, que no dejaba de moverse. Se puso el perro al hombro, con cierta brusquedad, y se sujetó a la cuerda con una mano mientras sostenía con la otra al animal.

Entretanto, Trixie había comprobado que el nudo del árbol aguantaría todo ese peso. Luego las dos muchachas agarraron la cuerda y empezaron a tirar con todas sus fuerzas. No era fácil. Charles debía pesar setenta kilos por lo menos. Y Reddy era un setter irlandés de unos treinta. ¡Entre los dos, casi cien kilos!

Pero tomándoselo con calma y pasando con cuidado de un nudo a otro, las chicas, finalmente, consiguieron sacar a Charles y a Reddy del sótano.

En cuanto sus patas asomaron, Reddy saltó a la superficie. Charles subió él solo lo que le quedaba. Trixie y Honey se dejaron caer al suelo, con los brazos agotados por el esfuerzo.

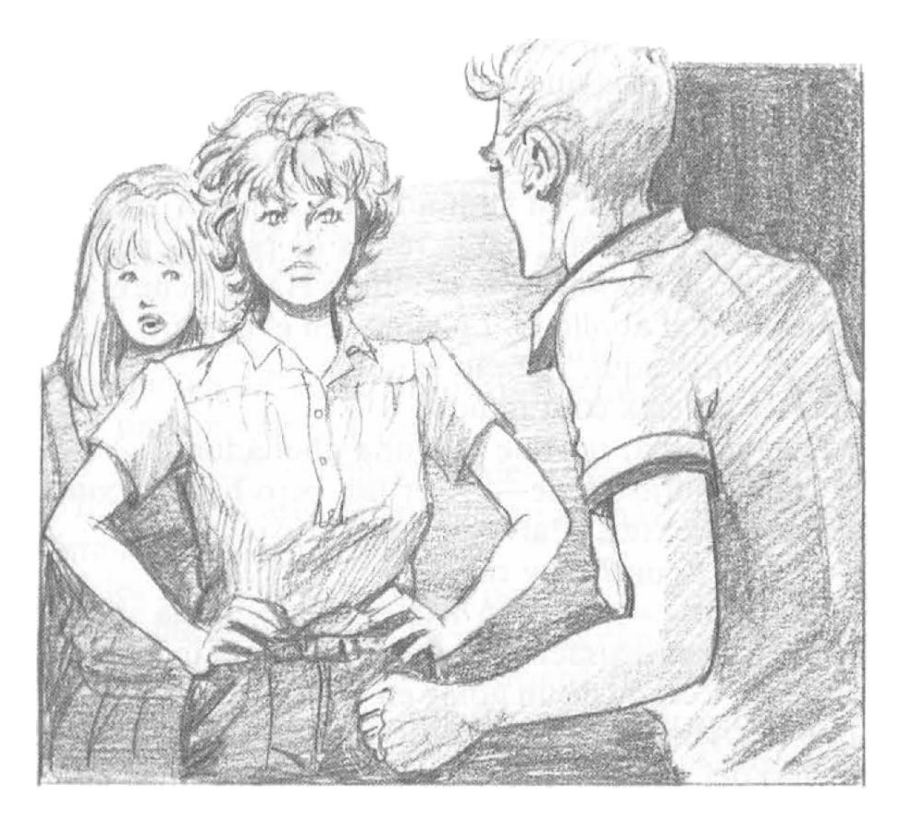
—¡Uf! —exclamó Trixie al final—. ¡Nos ha costado!

Charles se sacudió la ropa y dijo a Trixie:

—Y ahora, dime por qué crees que soy un ladrón.

Trixie, sorprendida un poco por la expresión preocupada del joven, estiró los brazos y se levantó.

—Te agradezco la ayuda, de verdad. Pero sigo sospechando de ti. Hay demasiadas cosas que no tengo claras.



—¿Como cuáles?

Trixie respiró hondo.

—En primer lugar, ha habido un aumento espectacular de los robos en esta región… un montón en las últimas semanas. Hasta ahora, no han cogido a ninguno de los ladrones. Anoche mismo, alguien intentó asaltar Manor House, pero se largaron llevándose tan sólo el pequeño cuadro de Renoir… Tal vez lo recuerdes.

Trixie vio que Charles se ofendía, pero prosiguió.

—Cuando nos conocimos, te interesaste mucho por el cuadro, y hasta preguntaste si era auténtico.

—La verdad es que me sorprendió que alguien tuviera un Renoir auténtico en su casa —dijo Charles con calma—. Yo pensaba que esos cuadros sólo estaban en los museos —luego pasó a la defensiva —. Además, yo no estaba en Sleepyside, sino en Nueva York. Trabajo por las noches, como sabes.

—Eso es lo que tú dices —replicó Trixie—, pero puede que eso no sea más que una coartada. La señorita Trask interrumpió a los

ladrones en mitad de la faena. Al huir, chocaron contra un roble que hay en la curva del camino de entrada a la casa, en su huida. La señorita Trask oyó el golpe. Yo vi el árbol; había restos de pintura amarilla. Ese pequeño Volkswagen de tu amigo Harry tiene el parachoques frontal abollado. Lo vimos en el bosque, cuando veníamos para aquí. ¿Cómo explicas eso?

Charles parecía confundido.

—Que yo sepa, no tiene ninguna abolladura.

—Claro —dijo Trixie—. Ayer no, pero hoy sí, conque el golpe es reciente. Harry es amigo tuyo, ¿no?

—¿Harry Kemp? Sí y no.

—Y otra cosa —continuó Trixie, más confiada ahora en la fuerza de sus acusaciones—. Alguien dejó inconsciente al profesor Conroy de un golpe en la cabeza poco después de que te dijera que nos permitieses trabajar en el emplazamiento del poblado indio. Él cree que se golpeó contra una rama baja. Pero yo creo que fuiste tú. Y lo hiciste para que no te estorbara mientras buscabas el tesoro, para asegurarte de que permanecería en el hospital unos diez días, como mínimo. De ese modo, como jefe de las excavaciones, tendrías libertad absoluta para buscar el tesoro. Y sabías que estaba aquí porque encontraste el mapa en la Sociedad Histórica.

—¿Y cómo sabes tú lo del mapa? —se sorprendió Charles.

—Te imité… Estuve investigando en la sala de archivos de la Sociedad Histórica. Estaba en el diario de Edward Palmer —poco a poco Trixie se estaba poniendo furiosa—. ¿Cómo te atreves a decir que eres incapaz de robar nada? ¿Y el mapa? ¿Y el diario? ¡Si yo vi a Harry con mis propios ojos esperándote a la puerta de la Sociedad Histórica, en el coche!

—¿Quieres decir que el diario ha desaparecido? —dijo Charles, horrorizado—. Yo no lo he robado. ¿Y qué estaría haciendo Harry allí?

—¿A mí me lo preguntas? —saltó Trixie—. Y si no lo has robado tú, ¿quién? Ha desaparecido, y yo te vi corriendo con él en la mano. Estaba mirando por la ventana de la sala de archivos hacia las tres y media de la tarde… ya sabes, el mismo día que fuiste con Brian. ¿No me oíste…? Yo te llamé.

—¿A las tres y media? —dijo Charles enfadado—. Yo no estaba allí a esa hora. Nosotros fuimos por la mañana. Puedes

preguntárselo a Brian.

—¿Y para qué? —repuso Trixie—. Ya me imagino que no te llevaste el diario delante de sus propios ojos. Por eso volviste a por él aquella tarde.

Charles se rascó la barbilla, pensativo.

—Yo no me llevé el libro. La pregunta clave es… ¿a quién más le interesaba el diario de Edward Palmer?

—Pero si yo te vi —insistió Trixie con firmeza.

—Estás equivocada. Déjame reflexionar un momento.

Dices que viste a Harry Kemp en la puerta de la Sociedad Histórica, así que pudo haber sido Harry el que se llevara el diario. No podemos estar seguros. Por cierto, él no es amigo mío, es amigo del profesor Conroy. Yo le conocí el día que estábamos haciendo las maletas para venir a la excavación. Y el Volkswagen amarillo es del profesor Conroy, no de Harry. Podéis comprobarlo en la Oficina de Registros, si queréis.

—Y supongo que Harry era también el fantasma, ¿no? —preguntó Trixie con agudeza.

Charles se puso colorado hasta las orejas.

—Mirad, tenéis que perdonarme por esa estupidez —dijo, mirándose las manos—. Quería asustaros para que no os acercarais más por aquí.

—¡Ajá! —exclamó Trixie—. Conque lo admites. Creía que trabajabas en Nueva York por las noches…

—Era mi noche libre —aclaró Charles—. Pero no os entró miedo. Volvisteis al día siguiente.

—Ahora que hemos descubierto que estuviste en Sleepyside la noche del robo —dijo Trixie—, reconoce que pudiste robar en la mansión de los Wheeler perfectamente.

—Podría —saltó Charles—. ¡Pero no lo hice!

—Espera un segundo, Trixie —le interrumpió Honey—. Te olvidas de un detalle. Al fantasma lo vimos a la misma hora que los ladrones estaban en mi casa.

Trixie se quedó de piedra y enmudeció; luego miró a Charles.

—Es verdad —murmuró, entornando los ojos avergonzada—. Nadie puede estar en dos sitios a la vez.

—Entonces, ¿el jurado me considera inocente? —preguntó Charles ofendido.

Trixie caviló un momento. Luego respondió:

—No. Cabe la posibilidad de que estuvieras de acuerdo con Harry, aunque no te encontrases en la casa. Además, ¿cómo se enteró de lo del oro, si no es amigo tuyo? Te preocupaba que Honey o yo pudiéramos enterarnos de lo del oro, pero… ¿por qué se lo dijiste a Harry?

—Creedme, yo no quería decirle nada a ese bestia sobre el tesoro —declaró Charles amargamente—. Él estaba cargando mis cosas en el camión el día que salimos hacia aquí —siguió explicándoles Charles—. Una de las cajas se cayó del camión, y se abrió. Él vio mis papeles, mis notas. Dijo que me ayudaría a buscar el oro, si le daba una parte. Y yo necesitaba ayuda. Sabía que estaría trabajando por las noches en Nueva York, y en la excavación durante el día. No iba a tener mucho tiempo entre unas cosas y otras. También sabía que, una vez que Harry conociera lo del tesoro, me ayudaría a buscarlo, quisiera yo o no. Así que decidí compartirlo con él antes que arriesgarme a que se lo llevara él entero.

—Pero eso no explica lo de los robos —le presionó Trixie—. Si es cierto lo que dices… que el coche amarillo es del profesor Conroy, y que Harry Kemp es amigo suyo… entonces estás acusando al profesor Conroy y a Harry de entrar a robar en Manor House anoche. ¿Cómo sé que no te estás cubriendo las espaldas acusando a otra persona?

—¡Te repito que no soy ningún ladrón!

—Según eso, un amigo íntimo de los padres de Honey… el profesor Conroy… es el ladrón.

—Espera un momento —intervino Honey—. Tal vez ni Charles ni el profesor sean los ladrones. Puede que el ladrón sea Harry Kemp, y que el profesor Conroy no sepa nada del asunto.

—Los dos son muy buenos amigos, os lo aseguro —dijo Charles, picado—. Harry se pasa la vida en la tienda del profesor, hablando de negocios, aunque no sé de qué negocios pueden hablar durante tanto rato.

—Esa es una acusación muy grave, tratándose de un amigo del señor y de la señora Wheeler, ¿sabes, Charles? —dijo Trixie, molesta—. Tú sabes que el profesor Conroy no puede ser el ladrón. Está en el hospital, con una conmoción. No puede ni salir de la

cama.

—La verdad —interrumpió Honey— es que el profesor Conroy no es tan amigo de mis padres.

Honey pareció sonrojarse, pero enseguida continuó:

—Yo no recordaba que mi padre hubiese hablado de él jamás, conque le pregunté a la señorita Trask. Ella me dijo que Conroy se había presentado a mi padre con una carta de recomendación de un profesor inglés, de la Universidad de Oxford. Mi padre conoce al profesor inglés hace años, conque supongo que no se paró a comprobar la carta, puesto que el profesor inglés se encontraba en Sudán, en una excavación; además mis padres se iban de viaje. La comprobación parecía innecesaria. El profesor Conroy era tan amable… ¡si hasta nos invitó a trabajar en su excavación!

—El que sea amigo o no de tus padres no viene al caso —insistió Trixie—. Está en el hospital. ¿Cómo va a dedicarse a asaltar casas si no puede ni moverse de la cama?

Nada más pronunciar esas palabras, Trixie abrió la boca. Un recuerdo la asaltó.

—¡Los zapatos! —exclamó—. ¿Cómo no me di cuenta de una cosa tan obvia?

—¿Qué zapatos? —preguntó Honey, perpleja—. Eres una caja de sorpresas, Trixie.

—Esta mañana fui a ver al profesor Conroy, y vi sus zapatos al lado de la cama —dijo Trixie—. Estaban manchados de barro. Lo que significa que se los había puesto para salir, y hacía bien poco… ¡anoche mismo!

—Exacto —coincidió Charles, frunciendo el ceño—. Y ésa es la parte del rompecabezas que no encajaba hasta el momento.

—¿Qué es lo que no encajaba? —preguntó Trixie, ofendida en su orgullo—. Yo creí que mi razonamiento era perfecto.

Charles sonrió.

—Lo era. Pero como no creías en nada de lo que yo te decía, no te insistí en que el profesor Conroy no estuvo inconsciente nunca. Según tú, él dijo que se golpeó en la cabeza por la noche, y que despertó en el hospital, lo que significa que estuvo inconsciente. Pero cuando yo fui a hablar esa mañana con él, se encontraba perfectamente —continuó Charles—. Dijo que se había dado un golpe en la cabeza, y que Harry le llevaría a la clínica para que le

dieran una medicina contra la alergia que padece. Pero eso fue todo. Por eso, cuando me dijiste lo de la conmoción, no entendí nada.

—De acuerdo —dijo Honey—. ¿Pero por qué se inventó Conroy toda esa historia? ¿Qué interés tenía él en quedarse en el hospital?

—Elemental —dijo Trixie—. Necesitaba una coartada. Tal vez temiera que la policía le estuviese siguiendo los pasos de cerca. Si el ladrón es él, necesitaremos ayuda.

—¿Y si vamos al cobertizo para hablar con los demás? —propuso Honey—. Tenemos que convencerlos.

—Bueno —aceptó Trixie—, aunque no los necesito para nada. Tengo un plan perfecto. Sólo falta ponerlo en práctica.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Charles.

—Vamos —dijo Trixie, cogiendo su linterna—. Os lo contaré por el camino.

—Y ahora, ¿soy inocente? —volvió a preguntar Charles, mientras salían del bosque.

—Digamos que ya no eres el sospechoso número uno —contestó Trixie riéndose.

—Siempre es un alivio —bromeó Charles—. Desde luego, tú sabes cómo acusar a alguien… ¡aunque sea inocente!

—¡Qué cosas tienes! —exclamó Trixie.

—No lo digo como un insulto —la tranquilizó Charles—. ¡Pero no quiero ni imaginarme el interrogatorio que montarías si encima el acusado es culpable!

El plan de Trixie • 13

AQUELLA NOCHE, después de la cena, los Bob-Whites celebraron una reunión en su cobertizo. Brian se había mostrado remiso a acudir pero, al saber que Charles Miller también asistiría, aceptó. Trixie le había pedido a Charles que fuera, para que le ayudase a convencer a los otros. Él se había organizado para tener la noche libre.

Trixie explicó brevemente su plan al grupo.

—¿Qué te hace pensar que funcionará? —preguntó Brian—. Podría llevarnos días y días.

—Conociendo a Conroy y a Kemp —dijo Charles—, creo que será un éxito. Además, ¿qué se pierde por probar?

Trixie disfrutó al ver el asombro en la mirada de su hermano Brian. Obviamente, le sorprendía ver las buenas migas que había hecho Charles y su hermanita.

—Supongo que tenéis razón —dijo Brian, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué no hemos de intentarlo?

A la mañana siguiente, el plan de Trixie para capturar a los ladrones se puso en marcha.

Trixie había quedado con Honey a la entrada de Manor House; se marcharon en sus bicis a Sleepyside. Trixie estaba tan emocionada que apenas podía respirar. Nada más llegar al hospital, fueron inmediatamente a ver al profesor Conroy. Después de colocarle la almohada y estirarle la manta, se pusieron manos a la obra. Honey acercó una silla y se sentó. Trixie se puso detrás de su amiga.

—Tengo algo que decirle, profesor Conroy —dijo Honey—. Voy a tener que dejar lo de las excavaciones.

—Mujer, qué lástima —se lamentó el profesor Conroy. Parecía distraído, y demostró poco interés por la noticia de Honey—. De todos modos, ha sido un placer tenerte con nosotros, querida.

—Espero que no sea ningún inconveniente, pero no hay más remedio —prosiguió Honey—. Mis padres van a quedarse en Europa más tiempo del previsto, y la señorita Trask y yo vamos a unirnos a ellos. Cerraremos la casa durante el resto del verano. Lo siento. Sé que necesita toda la ayuda del mundo, sobre todo ahora que está enfermo.

El profesor levantó la cabeza de la almohada, y Trixie vio que se le iluminaba el rostro. Sin embargo, enseguida suavizó la expresión.

—No importa —les confió en tono triste—. Lo más probable es que tengamos que cancelar las excavaciones. Este golpe me impide supervisarlas. Ya ves, no tiene nada que ver con tu decisión. Por favor; no dejes que eso te preocupe.

—Ay, me alegro de que no le importe —dijo Honey, fingiendo alivio—. Tenía miedo de darle la noticia con tan poco tiempo.

—¿Poco tiempo? —preguntó el profesor Conroy—. ¿Cuándo te marchas, querida?

—La señorita Trask está haciendo las maletas ahora, y saldremos en el vuelo de las seis de la tarde. Sé que esto puede ser un inconveniente para todos, pero…

—Nada, nada, no pasa nada, señorita Wheeler —dijo el profesor con mucha amabilidad—. Espero que te lo pases muy bien el resto del verano.

—Oh, gracias —musitó Honey afectuosamente—. De eso estoy segura, y ojalá usted se mejore muy pronto.

—Ah, muchas gracias —dijo el hombre. Luego volvió a hundir la cabeza en la almohada débilmente, mirando al techo—. Yo también lo espero. Ahora, aunque me encanta hablar con vosotras, tengo que descansar.

—Ay, cuánto lo siento, profesor Conroy —dijo Trixie, confiando en que su tono no sonara falso—. Le hemos agotado.

—Nada, chicas. Dormiré un poco y me recuperaré.

El profesor Conroy cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro. Trixie y Honey salieron de puntillas de la habitación. Cerraron con cuidado la puerta, al salir, y luego corrieron hasta el rellano de las escaleras, donde nadie pudiese oírlas.

—Oye, Honey —balbuceó Trixie—. ¿Te has fijado? ¡Ha mordido el anzuelo!

Honey ahogó la risa a duras penas.

—Pronto comprobaremos si se ha tragado el cuento.

Las chicas visitaron a varios enfermos. La mañana pasó muy despacio, pero, finalmente, llegó la una de la tarde. Entusiasmadísimas, pedalearon a toda velocidad hasta casa. Trixie entró corriendo en su casa y encontró a su madre en la cocina.

—Mamá —dijo—. Di y yo queríamos dormir hoy en casa de Honey. ¿Me dejas?

—Claro, cariño —respondió la señora Belden—. Mira, esta noche vamos a estar solos. Mart y Brian me acaban de decir que se van a ver a Jim al campamento de verano. Parece que hay una conferencia.

—Todavía te queda Bobby para hacerte compañía —dijo Trixie riéndose.

—Gracias al cielo. No sé si podré soportar tanto silencio después de todos estos años con la casa atestada de niños ruidosos.

Trixie abrazó a su madre y le dio un besazo. Luego subió corriendo a su dormitorio para coger su camisón y su cepillo de dientes.

—¿Adónde vas, Trixie? —La llamó Bobby cuando ésta se disponía a bajar las escaleras.

—A casa de Honey —respondió—. Hasta mañana.

—¿Mañana me ayudarás en mi jardín? —le gritó Bobby a Trixie —. Prometiste que lo harías.

Trixie paró un momento, algo avergonzada. La verdad es que prometió ayudarle, pero claro, con tanto jaleo se había olvidado por completo.

—Mañana no lo sé, Bobby —dijo Trixie—. Pero pasado mañana, seguro. ¿Vale?

—Vale —contestó Bobby; el rostro se le había iluminado—. ¡Pasado mañana… que no se te olvide!

—No me olvidaré —dijo Trixie—. Te lo prometo.

Trixie bajó a toda prisa las escaleras. Honey la esperaba en el porche.

—Próxima parada, la excavación —dijo Trixie, muy nerviosa. Las dos muchachas montaron en sus bicis y se dirigieron a Glen Road. Mientras pedaleaban, silbaban la melodía de alguna canción.

Por suerte, llegaron a las excavaciones durante el descanso del almuerzo. Esto alegró a Trixie. Así todo el mundo oiría lo que

Honey iba a decir. Harry Kemp también estaba allí. *Mejor que mejor* —pensó Trixie.

Honey, apesadumbrada, se despidió de los estudiantes, explicándoles que ella y la señorita Trask partían hacia Europa, donde las esperaban sus padres.

Nadie parece sentirlo demasiado —pensó Trixie—. *Me figuro que tampoco han llegado a conocernos, conque probablemente no nos echarán de menos*. Pero Harry Kemp esbozó una amplia sonrisa… mucho más amplia de lo que la ocasión requería… y deseó a Honey un buen verano.

—Otro pez que ha mordido el anzuelo —se rio Trixie mientras volvían a Manor House—. ¡A buen cebo, buen pescado!

—Todavía quedan los peces más gordos —dijo Honey—. A ojos de la señorita Trask y de Regan, el plan puede parecer una locura.

—Bah, pero no tendrán más remedio que colaborar. Y tampoco se les pide hacer nada especial, ¿no?

—No —dijo Honey, frunciendo el ceño—, pero, de todos modos, no sé, no sé. Por cierto, ¿dónde están Di y los chicos?

—Esperándonos en el cobertizo, seguro —contestó Trixie alegremente—. Justo en el sitio previsto. Esta trampa vamos a tenderla todos juntos. ¡Ay, ay, ay! ¡Me muero de ganas de que llegue la noche!

La primera parada de las chicas fue en el apartamento de Regan. Honey le contó todo lo del profesor Conroy. Luego Trixie le expuso el plan.

—Sólo tienes que apagar las luces temprano y permanecer cerca del teléfono —dijo en tono convincente.

Bill Regan miró a la excitadísima muchacha con expresión de perplejidad.

—Desde luego, Trixie, cuando te pones a hacer cosas raras, eres única.

—Pues no es tan raro, Regan. Va a funcionar.

—Conociéndote, no me extraña —replicó Regan con una sonrisa torcida—. Pero no sé cómo te las arreglas para meterme en estos líos.

Trixie sonrió.

—Gracias, Regan. Ya lo verás. El plan es a prueba de fallos.

Trixie y Honey bajaron los escalones de dos en dos, y se alejaron

del apartamento de Regan, encaminándose al edificio principal.
—Y ahora, a por la señorita Trask —dijo Trixie muy emocionada —. Espero que diga que sí.
—De no ser así —dijo Honey—, la hemos hecho buena.
—Ya lo sé —reconoció Trixie, nerviosa—. ¿Me ayudarás a convencerla? A la señorita Trask no le van esta clase de juegos.
—Has de admitir que esto no es ningún juego.
—Lo sé. Ése es el problema. Estoy convencida de que ella preferiría llamar a la policía y dejar que ellos se ocuparan de los ladrones.
—Tal vez sea por eso por lo que ella no ha cogido a tantos ladrones como tú —rio Honey.
Las dos muchachas entraron en la casa, tras subir los peldaños de la escalinata. La señorita Trask salía en ese momento de la Biblioteca.
Como de costumbre, escuchó con mucha atención lo que Trixie y Honey le propusieron. Pero la idea no le gustaba nada.
—Me parece una barbaridad —sentenció, moviendo la cabeza de un lado a otro—. ¿Y decís que Regan ha accedido?
—Y tanto —subrayó Honey.
—Sólo tienes que pasar la noche en el apartamento de Regan y espiar desde su ventana —dijo Trixie.
—¿Y cómo estáis tan seguras de que los ladrones van a volver? —preguntó la señorita Trask—. ¿Y por qué esta noche, precisamente?
—Pura intuición —replicó Trixie, que tenía una confianza ciega en sus presentimientos.
—Mmm —gruñó la señorita Trask—. Me da la impresión de que me voy a pasar la noche en vela, y todo por vuestra afición a jugar a policías y ladrones.
—No será para tanto —quitó importancia Honey—. Siempre puedes hablar con Regan.
Sacudiendo la cabeza, la señorita Trask accedió al fin.
—Estáis locas de atar… —murmuró mientras volvía a la Biblioteca.
El convencer a Bill Regan y a la señorita Trask de que colaborasen con ellos fue sólo el principio. Ahora le tocaba a Celia Delanoy, la cocinera de los Wheeler. Trixie pidió a Celia que

preparase una merienda cena para los Bob-Whites; cenarían en el cobertizo. Celia lo hizo con mucho gusto. La noche prometía ser cálida y húmeda, y agradeció la oportunidad de preparar una cena fría y salir de la cocina cuanto antes.

Ahora sí que quedaba preparado. Hacia el crepúsculo, Celia y su marido, Tom, estarían en su caravana, lejos de allí. Manor House tenía que parecer deshabitada lo antes posible.

Más tarde, la señorita Trask llegó al cobertizo, para cenar con los Bob-Whites. Cuando ya iba oscureciendo, fueron a Manor House y tomaron posiciones. La señorita Trask y Regan se apostaron en el apartamento de éste. Honey, Trixie, y Di se escondieron detrás de unas magnolias que daban a los ventanales.

Brian, Mart, Dan y Charles apagaron todas las luces de la casa y se escondieron. Brian y Charles se quedaron a ambos lados de la puerta principal. Mart se puso junto a las puertas dobles de la sala de estar. Dan se escondió detrás de la puerta de la Biblioteca.

Después, a esperar. El tiempo pasaba muy despacio, en opinión de Trixie. Con todo lo que había ocurrido esos días, estaba inquieta, y le costaba lo indecible permanecer allí sin hacer nada.

Justo cuando Trixie estaba a punto de sufrir un ataque de nervios, oyó el ruido de las ruedas contra la gravilla. Observó que un auto se acercaba muy despacio. Al tomar la curva, apagaron los faros del coche. Luego el automóvil siguió, a oscuras, a escasa velocidad.

En lugar de parar frente a la puerta principal, cruzó por el césped y se detuvo delante del mirador… a pocos pies de donde Trixie, Honey y Di estaban escondidas. Las puertas del coche se abrieron, y dos hombres llegaron con sigilo hasta el mirador y abrieron los ventanales.

Trixie dio un silbido largo y grave… el del Bob-White: bob, bob-white. Confió en que Regan lo oiría. De pronto, las muchachas escucharon un aullido y un gruñido, que provenían del interior de la casa.

Saliendo de su escondite, las tres fueron corriendo hacia los ventanales. Trixie volvió a silbar, y el silbido fue ahora agudo, más alto: bob, bob-white.

Honey encendió las luces al irrumpir en la casa. El espectáculo con que fueron recibidas las hizo reír. Brian y Mart estaban

sentados encima del profesor Conroy, doblándole los brazos a la espalda. Dan y Charles sujetaban una silla enorme, tapizada en azul satén, contra el pecho de Harry Kemp, que estaba inmovilizado en el suelo. Charles apretaba la rodilla contra el estómago de Harry. Los dos ladrones estaban furiosos.

Pocos momentos después, aparecía Regan con una llave inglesa en la mano. La señorita Trask llegó tras él.

—¿Habéis llamado a la policía? —preguntó Trixie.

—Sí —dijo Regan, amenazando con la llave inglesa al profesor Conroy—. Les llamé en cuanto vi que apagaban los faros del coche al enfilar el camino. Sólo un visitante con malas intenciones haría una cosa así.

No tardó mucho en oírse el aullido de las sirenas de los coches patrulla. Trixie soltó un suspiro de alivio. Súbitamente, se percató de lo peligroso que había sido su plan. ¡Los dos ladrones podían ir armados! ¿Y si llegaban a herir a alguno de los Bob-Whites en la pelea? Cosa rara, pero le alegró ver al sargento Molinson entrando en la casa.



Éste observó la escena y luego enfundó el revólver que había sacado.

—Parece que no os hacemos mucha falta —gruñó al ver lo bien sujetos que tenían a los dos bandidos—. Supongo que estos dos son los sospechosos.

—Supone usted bien —dijo Charles Miller, muy contento. Entonces Regan, Charles y Trixie empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Esperad un poco, tranquilos —ordenó el sargento Molinson finalmente, elevando las manos al cielo para pedir calma—. De uno en uno, y en la comisaría. Hay que llevar a estos dos pájaros, para hacerles la foto.

A Trixie la miró de muy mala manera. Luego esposó al profesor Conroy y a Harry Kemp.

El tesoro de verdad • 14

—ES INCREÍBLE —murmuró uno de los estudiantes después de que Trixie les hubo contado los sucesos de la noche anterior—. ¡Si esto no es lo más asombroso que he oído nunca, que me parta un rayo ahora mismo!

Los Bob-Whites estaban sentados a la sombra de unos árboles, en un extremo del claro donde se habían realizado las excavaciones. El sol de la tarde caía oblicuo sobre el prado. Pero ya había desaparecido todo el bullir de actividad que presidiera el lugar durante los últimos días. Ahora los estudiantes parecían perplejos, descorazonados. Escuchaban, sorprendidos, lo que Trixie les contaba de la mañana que había pasado en la comisaría de policía de Sleepyside.

—Y no sólo eso —añadió Trixie con orgullo—; resulta que el profesor Conroy y ese Kemp son los autores de todos los robos de la región.

—Lo que no entiendo —intervino Brian, pensativo—, es cómo sabías que el profesor Conroy iría a Manor House anoche.

—Eso fue lo más sencillo —respondió Trixie—. Me imaginé que, cuando Honey le anunciase que ella y la señorita Trask se iban a Europa, él aprovecharía para entrar a robar en la casa con Harry, sin ningún problema. Y tuve el presentimiento de que lo haría cuanto antes.

—Lo que más me sorprende —dijo Charles— es que Conroy ni siquiera era arqueólogo.

—Era su vocación —murmuró otro estudiante—. ¡Pero qué cara hay que tener!

—Sí, era un buen actor —admitió Charles—. Nos engañó a todos.

Un murmullo sordo recorrió el lugar: los estudiantes se avergonzaron de la facilidad con que les había tomado el pelo.

—¿Te imaginas los líos que se traería Conroy para conseguir dinero para sus investigaciones arqueológicas? —se preguntó Mart en voz alta.

—A veces la arqueología se convierte en una obsesión, más que en una vocación —dijo Charles, sonriéndole a Trixie tristemente. Trixie le devolvió la sonrisa. Entendía perfectamente a Charles.

—Y fingió ser amigo de mi familia —dijo Honey—, cuando ni siquiera conocía al profesor inglés.

—Conroy no era más que un funcionario del Departamento de Arqueología de la Universidad de Oxford —explicó Trixie—. Cogió el trabajo para poder meterse en el Departamento; de ese modo pudo escribir cartas falsas de recomendación.

—También sabía lo difícil que les sería a los Wheeler comprobar la veracidad de la carta de recomendación —añadió Charles—. Acordaos de que el profesor estaba en Sudán, ilocalizable… incluso en caso de emergencia.

Los jóvenes siguieron allí sentados un buen rato, asimilando los extraordinarios sucesos de los días pasados. Charles Miller contempló los trabajos de las excavaciones con añoranza.

—¿Y oísteis lo que dijo el profesor Conroy en la comisaría? —dijo—. Dice saber dónde se encuentra la Atlántida.

—¿Eso qué es? —preguntó Di.

—La Atlántida era una civilización antiquísima, altamente civilizada —explicó Brian—. La conocemos a través de los escritos de Platón. Se supone que fue destruida por un terremoto, y que se hundió en el mar. Mucha gente cree que en la Atlántida regía una democracia perfecta. Según Conroy, además era una tierra muy rica, pero nadie, dentro de los círculos académicos, quiso ayudarle a financiar la expedición. Así que intentó conseguir el dinero por otros métodos… robándolo.

—No me extraña lo más mínimo —dijo Charles—. ¿Quién iba a invertir dinero en el sueño de un demente? Naturalmente, de dar con lo que andaba buscando, podría haberlo devuelto todo con creces.

—Se creía un Heinrich Schliemann —dijo Brian.

—Sí —dijo Charles—. Schliemann no tenía credencial alguna como arqueólogo. Ahora sí, tenía un montón de dinero, y una idea precisa del lugar en el que se hallaba la antigua Troya. Los

académicos creyeron que Schliemann era un loco, que basaba su investigación en leyendas del pasado, en lugar de en pruebas arqueológicas. ¡Pero al final encontró Troya, y consiguió la gloria!

—Si Heinrich Schliemann pudo hacerlo —dijo Honey—, ¿por qué no Conroy? Tampoco creía nadie en Schliemann.

—En cierto modo, es una pena que no consiguiera los fondos —dijo Charles, pensativo—. Habría sido fantástico emprender una investigación en el fondo de los mares… ¡aunque nos quedáramos sin encontrar la Atlántida!

—Y ahora… ¿por qué no organizamos un debate sobre la falta de fondos para las investigaciones? —propuso en broma un estudiante—. Eso siempre da para reírse un rato.

—Ya sabes lo que dijo Mark Twain —señaló Mart—. «¡Pobre o rico, es bueno tener dinero!».

—¿Y qué hay del fantasma? —preguntó Di—. ¿A cuento de qué vino aquello?

Trixie y Charles se miraron.

—¿Un fantasma? —exclamó Mart—. ¿Cómo es que olvidaste mencionar una cosa así, Trixie?

Trixie puso cara de pocos amigos. ¡Ya estaba Mart metiéndose con ella por lo de los fantasmas!

—Bah, no fue nada. La noche del robo, Charles iba corriendo por el bosque disfrazado de no sé qué. Quería asustarnos. ¡Ja!

—Fue una broma —dijo Charles avergonzado.

—Ya sabía yo que no era un fantasma —dijo Trixie, fingiendo despreocupación—. Por eso no comenté nada del incidente.

—¡Que no era un fantasma! —balbuceó Di—. ¡Si yo por poco me desmayo!

—A mí no me dio ningún miedo —presumió Trixie.

Honey tosió; así evitaba reír.

—Hay algo que no comprendo —dijo Dan—. ¿Cómo pudo Conroy asaltar la casa de Honey, si estaba en el hospital con una conmoción?

—Muy fácil —dijo Trixie—. La conmoción era fingida. No es tan difícil. Los médicos le mantuvieron en observación durante diez días, pero eso no le impedía saltar por la ventana después del último turno de las enfermeras. Encontraron una cuerda en su habitación.

—Harry le esperaba abajo, y luego lo volvía a llevar al hospital por la mañana temprano. El resto del día se lo pasaba en cama, con aspecto enfermizo. Era una idea perfecta.

—¡Y quién no va a tener ojeras después de pasarse la noche sin pegar ojo! —bromeó Di.

—Era una buena coartada —admitió Brian.

—¿Y sabéis qué? —añadió Trixie—. Seguro que tenían pensado comprometer a Charles en caso de que la policía sospechara algo.

—¡Qué canallas! —exclamó Honey—. Lo hacían todo para que pareciese que Charles era el ladrón. ¡Vaya una faena!

—Gracias a Dios, todo ha terminado —suspiró Di—. ¡Menuda semanita!

—¡Y vaya un día! Más vale que volvamos a casa —decidió Brian, levantándose—. Se está haciendo tarde.

—Tendremos que empezar a levantar el campamento —dijo un estudiante—. Lógicamente, la excavación ha terminado.

—Sí —se quejó otro—. La excavación sí, pero el verano no. Ya no habrá modo de encontrar otro trabajo, y tampoco nos van a dar créditos por el curso.

—¡Qué mala suerte! —se lamentó Charles—. El verano se ha ido al diablo, y todo por interesarme en un anuncio, que sonaba a chollo, de la Universidad.

—Quizás no —intervino Di—. Nunca se sabe. Puede que las cosas acaben saliendo bien.

—No sé cómo —replicó él en tono pesimista.

—Charles, ¿por qué no haces las maletas más tarde? —dijo Brian, dándole una palmada en la espalda—. Mamá te ha invitado a cenar con nosotros esta noche.

—Encantado —dijo Charles—. Esa idea me gusta.

—Espera a probar la comida que hace la señora Belden —dijo Honey. A ella también la habían invitado a la cena.

—Magnífico —dijo Charles—. Hace tiempo que no pruebo una buena comida casera.

Los Bob-Whites y Charles se despidieron de los estudiantes y fueron caminando por la carretera. Trixie notó que Charles estaba triste. Hubiera querido ayudarle.

Para cenar, la señora Belden había preparado sus especialísimas hamburguesas, sus patatas a la cazuela, y una ensalada

impresionante, con aguacate. De postre había torta de fresas.

Ya estaban todos sentados a la mesa del comedor, cuando entró el señor Belden.

—¡Hola, papá! —dijo Mart, sirviéndose—. Llegas a tiempo. Te habríamos dejado en ayunas. ¡Ya nos conoces!

—Querrás decir que ya te conozco ¿no? —dijo el señor Belden, sonriendo ante el espectáculo que significaba ver comer (o devorar) a su hijo.

—¿Qué tal día has tenido, cielo? —le preguntó la señora Belden, cogiéndole la chaqueta y el maletín—. Siéntate y cuéntanos.

—Tengo una sorpresa para vosotros —dijo el señor Belden sonriendo—, pero antes quiero que me contéis vuestra aventura. Parece que ha sido bastante emocionante.

Trixie le dijo lo que habían declarado por la mañana en la comisaría, y le puso al día de todo lo que el sargento Molinson había averiguado sobre el profesor Conroy. Había tanto que decir que apenas probó bocado.

—Y encontraron el Renoir en la tienda del profesor Conroy —continuó a toda velocidad—. El resto del botín estaba en un almacén de Brooklyn. Allí guardaban lo que habían ido robando.

—En efecto —señaló Brian—. Ah, y Harry Kemp sabía que Charles iba detrás de un cofre lleno de oro. Probablemente, tenía pensado robárselo, si lo encontraba.

—Por cierto —dijo Charles—, ¿han dado con el diario de Edward Palmer?

—Ah, sí —respondió Brian—. Ya está otra vez en la sala de archivos, sano y salvo.

—Pero ¿dónde estaba? —preguntó Honey.

—Lo tenía Harry Kemp —dijo Trixie—. Al parecer, Charles le dijo a Harry que había encontrado el diario, con un mapa, en la sala de archivos.

—Tuve que hacerlo —la interrumpió Charles—. No me dejaba en paz ni un segundo.

—En fin, Harry quiso ver con sus propios ojos el mapa del tesoro —continuó Trixie—. Esa tarde, mientras Charles estaba trabajando en la excavación, Harry fue a la Sociedad Histórica. Jake Hanson le dijo que yo estaba en la sala de archivos, conque resolvió esperar a que me fuera. No le hacía gracia que yo supiera que él andaba

detrás de un tesoro. Harry me vio salir, sí, pero yo también le vi a él.

—Aún no entiendo por qué se llevó el diario —dijo Brian—. Al fin y al cabo, había hecho una copia del mapa. No necesitaba robar el diario.

—Eso fue sólo un accidente —explicó Trixie—. Cuando Harry se coló, encontró el diario y luego hizo una copia del mapa en su carpeta amarilla. Al oír que Honey y yo nos acercábamos, le entró miedo. Sólo podía salir sin ser visto, por la ventana.

—Ya veo —dijo Brian—. Y pensó que, para que Honey y tú no pudierais hacer una copia del mapa, lo mejor era llevarse el diario.

—Eso es —respondió Trixie—. Pero cometió un error. Olvidó llevarse su carpeta amarilla. Así fue como pude sacar una copia del mapa del tesoro.

—Ay, Señor —suspiró la señora Belden—. Hay tanta gente que piensa que este bosque está lleno de tesoros… Nunca he podido explicarme de dónde sacaban la idea de que el oro seguiría escondido después de tanto tiempo, y, sobre todo, con la de gente que lo habrá buscado.

Charles se sonrojó, y miró a su plato.

—Me imagino que si no vives por aquí —dijo Brian, al ver que su amigo se había puesto colorado—, no te das cuenta de lo difícil que es en realidad encontrar oro.

—Apuesto a que el profesor Conroy y Harry le habrían robado el oro a Charles… si es que llega a encontrarlo —dijo Trixie.

—Seguramente tienes razón —aseguró Honey.

—Bueno —interrumpió el señor Belden, aclarándose la garganta —. Me parece que ya es hora de que os revele la sorpresa.

Trixie se llevó una mano a la boca. Se había concentrado tanto en su relato que no se acordaba de la sorpresa.

—Esto afecta a Charles —empezó el señor Belden, dirigiendo unas palabras al silencioso joven, sentado en un extremo de la mesa —. Brian me dijo los problemas que tenías para pagarte los estudios, así que, esta mañana, después de enterarme de vuestra hazaña, resolví investigar. Como trabajo en el Banco, pensé que tal vez podría ayudarte.

Se hizo un prolongado silencio en la mesa. El señor Belden centraba la atención de todos los comensales.

—He hablado del caso con el Departamento de préstamos, y todo está arreglado —prosiguió el señor Belden—. Si te pasas por el Banco mañana, tendré los documentos listos para que los firmes. A nosotros, en el Banco, nos encantaría que nos permitieras ayudarte a terminar tus estudios… sin dolores de cabeza.

—Me está diciendo… ¿me está diciendo que me van a conceder un préstamo? —dijo Charles muy despacio—. Pues la verdad, no sé qué decir. No sé cómo darles las gracias, señor Belden. Nunca hubiera esperado tanto.

Charles se puso en pie y fue hacia el señor Belden. Éste le tendió la mano, y Charles la estrechó, agradecido.

Incapaz de contenerse por más tiempo, Trixie se puso a dar gritos.

—¡Yupiii! —aulló. Su alegría era tan contagiosa que Bobby la imitó, y pronto se les unieron los demás, incluyendo a Reddy.

—Desde luego, esto hay que celebrarlo —declaró Mart, dando buena cuenta de la ensalada—. ¡Me voy a comer otra hamburguesa en tu honor, Charles!

—¿Lo veis? —dijo Honey, más contenta que unas pascuas—, todo ha salido bien, tal y como Di nos anunció.

—Supongo que tienes razón —dijo Charles—. Yo vine aquí en busca de un tesoro y, en lugar de encontrarlo, conocí a los Bob-Whites. ¡Pero vosotros sí que sois un tesoro!

—Y, si quieres, seguiremos buscando —añadió Honey—. Si lo encontramos, para ti enterito.

A Trixie le brillaron los ojos.

—Todavía tenemos el mapa.

—Muchísimas gracias —dijo Charles—, pero creo que en la UNICEF les hará más falta. Estoy seguro de que esos niños necesitan muchísima más ayuda que yo.

—¿Sabes una cosa? —dijo Trixie, mudando de color—. De repente me he dado cuenta de lo que significa esto.

—¡Oh, no! —se quejó Mart—. ¡Otro misterio, no!

—No, tonto —repuso Trixie con una sonrisa—. Significa que ahora tendremos que trabajar en el hospital todo el santo día.



—¿Quieres decir con eso que no habrá más misterios? —preguntó Mart, mirando a su hermana con malicia.

—Yo no estaría tan seguro —le interrumpió Brian, riéndose. Luego le alborotó los rizos a Trixie—. ¡Allá donde se encuentre Trixie, surgirá un misterio!